
Ha llegado el momento de volver a encender las estrellas
Virginie Grimaldi
ESPASA

ÍNDICE

PORTADA
PORTADILLA
CITAS
DEDICATORIA
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
LILY
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY

LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
ANNA

LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
ANNA
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA
LILY
ANNA
LILY
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
ANNA

DOS MESES ANTES
ANNA

DOS MESES MÁS TARDE
LAS CRÓNICAS DE CHLOÉ
LILY
ANNA

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

VIRGINIE GRIMALDI

HA LLEGADO EL MOMENTO DE VOLVER A ENCENDER LAS ESTRELLAS

Traducción de Rosa Alapont

ESPASA

Tenía unos ojos en los que era tan grato vivir que después jamás supe adónde ir.

ROMAIN GARY, *La promesa del alba*

Hijos de madres todavía vivas, no olvidéis que vuestras madres son mortales. No habré escrito en vano si uno de vosotros, tras haber leído mi canto de muerte, se muestra más dulce con su madre. Amadla más de lo que yo supe amar a la mía. Que cada día le brindéis una nueva alegría, eso es lo que os digo amparado en mi pesar, con la gravedad del duelo que llevo a cuestas.

ALBERT COHEN, *El libro de mi madre*

Para mi madre

ANNA

—¡Anna, ven a verme al final del servicio! Tengo algo que decirte.

Me ato el delantal a la cintura y me doy una última vuelta por la sala antes de que lleguen los primeros clientes. Sé lo que Tony va a anunciarme, ayer sorprendí una conversación. Y ya era hora.

Desde hace tres meses, L'Auberge Blanche encabeza la clasificación de los mejores restaurantes de Toulouse. Ya teníamos mucha clientela, pero ahora está siempre hasta los topes. Apenas he tenido tiempo de quitar una mesa cuando alguien se instala ya en ella. Atiendo sola el servicio, Tony consiente en ayudarme cuando no tiene otra cosa que hacer.

El lunes pasado, cuando llevaba una crema quemada a la mesa seis, se me taponaron los oídos, mi visión se volvió borrosa y me fallaron las piernas. El postre aterrizó en la cabeza del cliente y yo en el despacho del jefe.

Empezó gritando, pero estoy acostumbrada, eso significa que estaba preocupado. Un día me confió que era un *situs inversus*: tiene el corazón a la derecha y el hígado a la izquierda. Obviamente, la comunicación también resulta invertida.

—¿Qué narices has hecho, Anna?

—Pues lo que he hecho es que me ha dado un vahído.

—Pero ¿por qué?

—Para animar la cosa, claro, ¡menuda pregunta! Todo estaba demasiado tranquilo esta noche, ¿no?

Dejó a un lado la cólera con un hondo suspiro y pasó a la fase empática.

—Vale, ¿y ya estás bien?

—Me encuentro mejor, ahora vuelvo a la sala.

—Deja, ya me ocupo yo por esta noche. Pero mañana te quiero aquí, ¿de acuerdo?

—¿Acaso he faltado una sola vez?

Sonrió, y yo lo aproveché.

—Estoy cansada, Tony. Me acerco a los cuarenta años, ya no puedo llevar este ritmo. Estaría muy bien que contratases a alguien.

—Lo sé, lo sé, ya me lo has dicho más de una vez. Veré lo que puedo hacer.

Cogió el teléfono y llamó a Estelle, su amante, para confiarle que le gustaría estar en sus

bragas en aquel preciso momento. Deduje que nuestra conversación había terminado.

Mi vecino Paul afirma que debería cambiar de trabajo. Él heredó el estanco de su papá, y salta a la vista que considera que los empleos los traen las cigüeñas, las cuales llevaron a cabo una reorientación laboral cuando el mercado de bebés les fue birlado por las coles y las rosas.[*]

La verdad es que carezco de otras competencias. Y eso que cursé estudios de técnico superior en contabilidad y gestión. Me enteré de que estaba embarazada el último día de los exámenes, Mathias se ganaba bien la vida y decidimos que yo me ocuparía de Chloé. Tres años más tarde, cuando entró en el parvulario, opté a docenas de ofertas de empleo en el sector de la contabilidad y la administración. Sólo conseguí una entrevista, durante la cual comprendí que era un cúmulo de defectos: no tenía ninguna experiencia, me había concedido una pausa de tres años para pasármelo pipa con un bebé y tuve la osadía de responder «no» a la pregunta «¿Alguien puede hacerse cargo de su hija en caso de urgencia?». No daba la talla frente a los numerosos candidatos avezados y cargados de títulos, cuya prioridad no había vivido en sus úteros.

De manera que acepté la propuesta de Tony, un amigo de Mathias que tenía un restaurante. Durante los siete primeros años sólo trabajé a mediodía, lo que me permitía pasar tiempo con mis hijas. Hasta que no me quedó otra opción que añadir la noche.

Justo acabo de bajar la persiana metálica cuando Tony me llama desde su despacho. Acudo y me siento frente a él.

—Sabes que te aprecio mucho, Anna.

Situs inversus. La cosa pinta mal.

—¿Cuánto llevas currando aquí? ¿Diez años?

—Catorce.

—Vaya, catorce, el tiempo vuela. Todavía recuerdo la entrevista, estabas muy...

—Ve al grano, Tony.

Se masajea las sienes con las yemas de los dedos y suspira.

—Estelle ha perdido el trabajo, querría contratarla.

—¡Ah! Eso me tranquiliza, ¡creí que ibas a anunciarme una mala noticia! Confieso que no sé si es la idea del siglo en lo que respecta a tu mujer, pero, en todo caso, es tu problema. ¿Cuándo empieza?

Niega con la cabeza.

—Querría contratarla *en tu lugar,* Anna.

La información tarda unos segundos en abrirse paso hasta mi cerebro.

—¿Cómo que en mi lugar? Pero ¡no puedes hacerme eso!

—Lo sé, no tengo ningún motivo para despedirte, aunque buscando bien siempre es posible encontrar alguno. De todos modos, no pienso jugártela, no te lo mereces. Tengo una propuesta que hacerte: nos separamos como amigos, llegamos a un acuerdo y te entrego un pequeño sobre para agradecértelo.

Ignoro cuánto tiempo me quedo así, sin reaccionar. Lo suficiente para pensar en todas las facturas que ya no consigo pagar. Lo suficiente para imaginar la nevera aún más vacía de lo que

ya está. Lo suficiente para comprender que las llamadas de los oficiales de justicia se duplicarán. Lo suficiente para visualizar la cara de mis hijas cuando les anuncie que su madre está en el paro.

—¿Y bien?, ¿qué dices?

Echo atrás la silla y me levanto.

—Que te jodan, Tony.

Las crónicas de Chloé

Ante todo, deseo daros las gracias por vuestros comentarios. Hace un año, cuando abrí este blog, no imaginaba que seríais tantos los que leeríais los pensamientos de una adolescente de diecisiete años que no se siente a gusto consigo misma. Gracias. ♥

Chloé

Me ajusté el gorro y me eché un último vistazo en el espejo. Perfecto. Protegida por el maquillaje y el lápiz de labios, estaba lista para afrontar la jornada.

Bajé corriendo los tres pisos mientras me ponía los auriculares. Abajo, la puerta seguía rota y el viento frío se colaba en la escalera. Si al menos pudiera llevarse el olor a pis...

Lily estaba ya en la parada del autobús. Me hizo una seña con la mano, pero la ignoré y proseguí mi camino. Tampoco esta mañana he subido con ella.

¿Qué sentido tiene ir al instituto? Mi futuro está completamente trazado. Dentro de tres meses me sacaré el bachillerato con mención honorífica y me matricularé en la Facultad de Letras. Jamás pondré los pies en ella.

Los estudios, en el peor de los casos, se pagan; en el mejor, no se pagan.

Ayer por la mañana mamá recibió una nueva carta certificada. La escondió debajo de sus pantalones, junto con las demás, pero no soy idiota. Además de su trabajo en el restaurante, hace planchados para los vecinos. No puedo seguir viviendo a su costa. El año que viene me pondré a trabajar.

Crucé el barrio viendo cómo se animaba. Por las mañanas huele a esperanza. Tal vez iba a ser el día en que todo cambiara. Un encuentro. Una idea. Una solución. Una partida.

Todas las mañanas me escribo en la mente mis sueños con lápiz. Todas las noches los borro.

Fui saludando con un gesto de la mano a aquellos con quienes me cruzaba. Tras los cinco años que llevamos viviendo aquí, conozco a todo el mundo. Leïla, que llevaba a Assia y a Elias a la escuela. La señora López, que se tomaba el café en la ventana. Ahmed, que se dirigía a su

coche. Marcel, que paseaba a sus dos chihuahuas. Nina, que corría para no perder el autobús. Jordan, que no conseguía arrancar su escúter. Ludmila, que echaba un cigarrillo a la entrada del edificio D.

—Te estaba esperando —me dijo abriendo la puerta.

Vive en el séptimo, en un estudio. Era la primera vez que la visitaba. Me hizo una señal para que tomara asiento en el sofá clic-clac.

—Malik me ha jurado que eres de fiar —me soltó recuperando un paquete del estante de la mesita de centro—. ¿Lo confirmas?

—Soy de fiar.

—¿Normalmente a quién le compras?

—Nunca he comprado, es la primera vez. Fumo los canutos de los amigos.

—Vale. Enséñame la sortija.

Le tendí el anillo de oro y lo inspeccionó como si entendiera.

—Vale un diez, ¿estás de acuerdo?

Asentí con la cabeza para ocultar que ignoraba lo que significaba «un diez». Me enseñó un cubito marrón, lo envolvió con papel de aluminio y me lo puso en la mano.

—Si te preguntan, di que ha sido Jo quien te lo ha vendido.

Me guardé el paquete en la mochila, entre los cuadernos y los libros escolares, y acto seguido me dirigí a la puerta. Me disponía a cerrarla cuando Ludmila me soltó:

—Oye, por cierto, ¿no eres tú la tía que ganó el concurso de escritura el año pasado?

Hice como si no la hubiera oído y cerré la puerta.

Lily

3 de marzo

Querido Marcel:

El sábado, por mis doce años, mi madrina me regaló un diario íntimo: tú. Es maja, sin duda para compensar sus dientes de nutria, pero ahí se pasó veinte pueblos. De entrada, nunca he entendido la utilidad de un diario íntimo, y ya tengo bastantes deberes. Pero, encima, te eligió con una tapa rosa de corazoncitos. Sólo faltaban las lentejuelas.

No tenía previsto tocarte, te dejé en la cocina a la espera de que mi madre o Chloé te tiraran a la basura junto con los folletos publicitarios, pero hace un rato me ha pasado algo que he de contar a toda costa a alguien y no puedo contarle a nadie. De manera que he coloreado la cubierta con un rotulador rojo, he añadido un candado (más valen dos precauciones en mano que ciento volando) y te he encontrado un escondite perfecto, pero no diré dónde. (Chloé, si lees esto, ya puedes dejarlo enseguida o le diré a mamá que le birlas los sujes.)

Por cierto, te llamas Marcel, confío en que te guste. Es porque eres rojo, como Marcel Musson, el calvo del primero.

No sé si escribiré a menudo: si pasa como con la loción antiacné, seguro que me olvido dos de cada tres noches, pero al menos lo intentaré.

Vale, pues te cuento.

Esta mañana me dolía la barriga en el autobús. Ni siquiera había podido acabarme los cereales del desayuno, cosa rara, pero creía que se debía a lo del examen de inglés, no me sabía todos los verbos irregulares y eso me estresaba. Lo que pasa es que después del examen seguía doliéndome. Entonces me he dicho que era por la cena de anoche. Chloé y yo nos recalentamos el estofado que mi madre había traído del restaurante, el cual hace honor a su nombre en argot de porquería, qué te voy a contar.

En clase de educación física hemos hecho baloncesto. Me he pasado diez minutos gritando a Théo que me hiciera un pase y me ha obedecido justo en el momento en que me estaba recogiendo el pelo. He parado el balón con la nariz, que ha empezado a gotear sangre, así que el profesor me ha hecho salir.

Me encontraba al borde de la cancha, con la cabeza hacia atrás y papel higiénico en las ventanas de la nariz (no había algodón), cuando de pronto he oído risitas ahogadas a mi espalda. Eran dos tíos y una chica de 4.º C que estaban sentados en las gradas. Todos me miraban. Un morenito con cara de bobalicón me ha preguntado si el balón me había dado en el culo. He respondido que no, que sólo en la nariz. Se han echado a reír clavando la vista en mi pompis y de repente lo he entendido. Eso explica el dolor de barriga, mi madre me ha contado varias veces cómo funciona lo de la regla. Tenía que venirme precisamente el día en que llevaba el chándal blanco.

He retrocedido hasta la puerta y bordeado la pared hasta el vestuario. Tenía sangre por todas partes, no sabía que se perdiera tanta, mis bragas parecían la escena de un crimen. Lo he limpiado como he podido y me he puesto unas tiras de papel higiénico a modo de protección, pero enseguida he visto que no bastaba con eso, así

que he aplastado el rollo y me lo he metido entero en las bragas.

He caminado como un cangrejo todo el día, con el abrigo atado alrededor de la cintura, y aparentemente nadie ha visto nada. Tengo que decirle a mi madre que necesito compresas.

Besos, Marcel.

LILY

P. D. Puede que no sea la regla, sino una hemorragia cerebral que sale por los bajos, debido al balonazo en la cabeza, y que mañana ya esté muerta.

ANNA

Todos nuestros desayunos siguen un esquema similar: empiezo por prohibir la tele, intento entablar una conversación que se estrella contra el silencio y acabo por convencerme de que dirigir la vista a la misma pantalla constituye una manera como cualquier otra de mirar en la misma dirección.

Lily, cautivada por unos dibujos animados, vierte leche en su bol.

—Mamá, la próxima vez, ¿podrás comprar cereales de verdad?

—Baja el volumen de la tele, por favor. ¿Por qué?, ¿acaso éstos no lo son?

Se despega un instante de la pantalla y me mira fijamente con sus canicas verdes.

—Lo sabes muy bien, no son de marca, ¡parecen de porexpán! Hay que coger los del estante del medio, todo lo de abajo es asqueroso.

No tengo tiempo de responder, Chloé asoma la cabeza por el vano de la puerta, nos suelta un «*bye, bye!*» y desaparece. La pillo en el momento en que se adentra en la escalera.

—Chloé, ¿no te sientas unos minutos con nosotras?

Se vuelve con un suspiro. Se ha aplicado el maquillaje con pistola.

—No tengo hambre.

—Lo sé, como todas las mañanas. Pero al menos puedes pasar un ratito con tu madre y tu hermana, ¿no? Es el único momento que tenemos para vernos.

—¿Y de quién es la culpa? —me suelta fulminándome con la mirada antes de bajar a todo trapo los escalones.

Todavía sigo plantada en medio del rellano cuando de repente suena el interfono. No contesto, no espero a nadie y, nueve de cada diez veces, se trata de alguien que intenta venderme persianas enrollables o un encuentro con Jehová.

Dos minutos más tarde llaman a la puerta. Me acerco sigilosamente a la mirilla. Al otro lado, un hombre con un aspecto tan atractivo como una colonoscopia. Ya sé cómo sigue la escena, pero no me queda otra opción. Abro.

—¿Señora Moulineau? Buenos días, soy el señor Renard, oficial de justicia, ¿puedo pasar?

La pregunta es retórica, ya se encuentra dentro del piso antes del signo de interrogación. Consulta un dosier y extrae de él una hoja. Cierro la puerta del salón para que Lily no nos oiga.

—Me alegro de verla, supongo que no ha recibido mis numerosos mensajes.

—Sí, me han llegado. Lo siento mucho, es que...

—Entonces ya sabe por qué estoy aquí —me corta—. Le entrego en propia mano la orden de pagar la suma de cinco mil doscientos veinticinco euros al crédito de la Cefitis.

Me apodero del documento y del bolígrafo que me tiende, leo en diagonal y, tras apoyarme en la pared, estampo mi firma.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Renard? —le digo al devolverle el papel.

—Hágala.

—Si no he conseguido abonar diversas mensualidades, ¿de verdad cree que voy a poder pagar cinco mil doscientos veinticinco euros de golpe?

Se encoge de hombros y esboza una sonrisa compasiva.

—Lo lamento, el acreedor ha sido paciente, pero no ha respetado usted sus compromisos.

—¡Le juro que hago lo que puedo! Llevo años abonando ciento diez euros al mes para reembolsar ese crédito, salvo en tres ocasiones, porque no me fue posible. *Realmente* no me fue posible. ¡No pueden pedir el pago completo por eso!

—Sí que pueden. La Cefitis le propuso un calendario de vencimientos para ponerse al día en los pagos, pero sólo se atuvo a él durante un tiempo. Yo podría haberle ofrecido algún acuerdo, pero no respondió. Lamentablemente, es demasiado tarde para hablarlo.

Me entran ganas de protestar, de suplicar. De jurar que no voy de mala fe, que trato de respetar el maldito calendario, ése y el de los demás acreedores, que destino cuanto gano al pago de mis deudas, que a veces logro mantener la cabeza fuera del agua durante meses, pero que fatalmente llega una ola que me hace dar un gran trago. La transmisión del coche que se casca, o bien la lavadora, una excursión escolar para Lily o una nueva talla de sujetador para Chloé. A algunas personas les gustan las sorpresas, yo sueño con no volver a recibir ninguna. Tengo ganas de decirle que no he utilizado ese dinero para regalarme una semana al sol, ni para comprarme joyas. Que si no me hubiera visto realmente acorralada, jamás habría pedido prestado a un interés tan delirante. Me gustaría decirle todo eso, pero lo único que consigo hacer es soltar un breve gemido y prorrumpir en sollozos.

El oficial se muestra incómodo, yo me siento incómoda por hacer que se sienta incómodo. Mientras trato de dominarme, él carraspea y avanza la mano hacia mi hombro antes de recordar que no soy su amiga, y acto seguido hojea sus documentos.

—Lo lamento —acaba por repetir.

—Y si no puedo pagar, ¿qué va a ocurrir?

Suspira.

—Tendremos que recurrir al tribunal a fin de cobrar la deuda por todos los medios a nuestro alcance. Confíe en mi experiencia, el recurso será aceptado.

—¿Un embargo?

—Por ejemplo.

—¡Perfecto, entonces tenemos la solución! Mi coche pronto cumplirá veinte años, las ventanillas ya no se pueden bajar y la tercera marcha no funciona, podremos sacar por él treinta euros, así sólo faltarán cinco mil ciento noventa y cinco. O también puedo realquilar mi vivienda, un piso de tres habitaciones en un edificio de renta limitada con un ascensor caprichoso, eso debe

de dar dinero, ¿a usted qué le...?

No tengo tiempo de acabar la frase, la puerta del salón se abre y aparece Lily con un bigote de leche. Frunce el ceño al reparar en las lágrimas que me surcan las mejillas.

—¿Qué te pasa?

—No es nada —respondo secándome con el dorso de la mano.

Señala al oficial de justicia con la barbilla. Al parecer, lo ha entendido todo.

—¿Por qué lloras? ¿Es a causa de maese Cuervo?

—Señor Renard —la corrige él—. Ya me iba, les deseo muy buenos días.

Abre la puerta, me dirige una última mirada y se encamina a la escalera. Antes de que yo haya cerrado del todo, Lily asoma la cabeza por el vano y le suelta:

—¡Su plumaje no está mal, pero su canto apesta a queso![*]

A continuación, se pone la parka y la mochila y desaparece a su vez.

Las crónicas de Chloé

El jueves es el mejor día para saltarse las clases. Lily sale del colegio a las cinco y mamá no vuelve a casa por la tarde, va a visitar a mi bisabuela. Tengo el piso para mí sola, no soy la hermana ni la hija de nadie. Puedo hacer lo que quiera, recibir a quien me dé la gana.

Llevo seis días saliendo con Kevin. Creo que estoy enamorada de él. Es majo. Trabaja en la panadería del extremo del barrio, siempre parece contento de verme cuando paso a comprar el pan al volver del instituto. No es muy guapo, pero he aprendido a desconfiar de los tíos guapos.

Nuestra historia empezó el viernes pasado. Pedí la barra de costumbre y lo vi al fondo, metiendo bollería en el horno. Me sonrió y me indicó por señas que lo esperase fuera. Salió unos minutos más tarde, con un cigarrillo entre los labios.

—Hola, me llamo Kevin.

—Yo Chloé.

Llevaba harina en la mejilla y tenía los ojos azules.

—¿Vives por aquí?

—Sí, en el edificio C.

—Me gusta mucho verte todas las tardes.

Agaché la cabeza y noté que me ruborizaba. Siempre me siento violenta cuando me echan un piropo, es como si recibiera un regalo demasiado caro.

Me agarró la barbilla con los dedos y me levantó la cara con suavidad.

—Salgo a las ocho, ¿vienes a esperarme?

A las ocho me había duchado, peinado, maquillado, me había probado tres conjuntos distintos, había dejado a Lily delante de la tele tras hacerle prometer que no diría nada a mamá y ya estaba frente a la panadería.

A las once, justo antes de que mamá volviera, me metí en la cama repasando la película de la velada. Los bocadillos preparados por Kevin, el banco junto al estanque, su muslo contra el mío, su boca en mi boca, su voz que me susurraba que soy muy guapa, sus manos heladas que se insinuaban debajo de mi suéter, su pelvis que se apretaba contra mi vientre. Dije que no cuando me propuso subirme a su coche, noté que eso lo decepcionaba. Fumaba en silencio, tenía el ceño fruncido, de manera que me pegué a él y hundí la mano en sus calzoncillos. Después se mostró tierno toda la velada.

Esta mañana, cuando le he dicho que disponía del piso hasta media tarde, inmediatamente ha aceptado venir. Le he dado el código del interfono y a las dos ya lo tenía allí. No iba manchado de harina, es su día libre. Me ha tendido una bolsita. Unos petisúes.

Nos hemos acomodado en el sofá, mi móvil difundía una *playlist* de música romántica. He apoyado la cabeza en su hombro y le he cogido la mano. Me ha acariciado la palma con el pulgar. Kevin parece cariñoso. No como todos los que he conocido antes, a los que sólo les interesaba una cosa, que tomaban sin dar nada a cambio. Ese pequeño gesto aparentemente anodino, el dedo que rozaba mi mano, significaba que tal vez fuera el adecuado. Que tal vez le interesaba *de verdad.* Que quizá iba a colmarme de amor y ternura, que haríamos planes, que contaría para él. También yo iba a demostrarle que contaba para mí. No debía de saber gran cosa sobre oportunidades de citas trabajando en una panadería. He vuelto el rostro hacia él y le he tendido los labios. Tras incorporarse, y obligarme a hacer lo propio, se ha dado unas palmadas en los muslos.

—¿Qué tal si me enseñas tu habitación?

Lily

16 de marzo

Querido Marcel:

Espero que estés bien y que no me guardes mucho rencor por haberte escondido detrás del radiador. Creía que mi madre lo había apagado.

Ya que lo preguntas, a mí me va así, asá. A principios de curso no tenía ningún problema con Manon ni Juliette. Todo el mundo las adora, para empezar, porque son gemelas (por la compra de un producto, otro de regalo). Además, su padre es primo de la vecina del peluquero de la madre de Kev Adams, y a todos les cae bien Kev Adams, salvo a los intelectuales que estudian latín y griego, pero ¿quién quiere caerles bien a los que hacen latín y griego?

A mí no me caían ni fu ni fa, pero la cosa cambió cuando repararon en mi existencia. Y todo porque me presenté a la elección de delegada, nadie me había avisado de que Manon quería ser la única candidata. Sólo obtuve un voto, y ni siquiera era el mío (gracias, Clelia), de manera que no entendí nada cuando las gemelas empezaron a portarse mal conmigo. Bueno, dado que no han descubierto el agua templada, se limitan a ponerme la zancadilla o a tirarme bolitas de pan en el comedor, pero prefería cuando no me veían.

Durante las vacaciones de Navidad hablé de ello con mi hermana, no por hacerle la pelota (no soy una pelota), sino porque el hermano de Nahima (que sí que es un pelota) ya se lo había contado. Le hice jurar por Grand Corps Malade que no diría nada, y lo juró, pero vino a pillar por banda a las gemelas a la salida del colegio, pobre Grand Corps Malade. Les dijo que yo era una persona sensible, que aquello me hacía daño, que se pusieran en su lugar, ellas harían lo mismo por proteger a su hermana... Se pusieron muy coloradas, con la cara hundida en la bufanda, mientras asentían con la cabeza. Juliette prometió no volver a molestarme, Manon dijo que lo sentía muchísimo. Al día siguiente toda la clase me llamaba «la pelota» (no soy una pelota). Fue la primera y la última vez que le confié un secreto a mi herm

Perdona, Marcel, he ido a por un bolígrafo, ése ya no escribía. Bueno, iré deprisa porque va a empezar *Thalassa*.

Desde hacía unas semanas, las gemelas se habían calmado, ignoro por qué, no me acerqué a preguntarles. Hasta esta mañana, en clase de química; había que ponerse por parejas para hacer un experimento y Mathis se ha situado a mi lado en lugar de Clelia. Lo que pasa es que Mathis es el chico de Manon, nadie puede ignorarlo, se pasan los recreos con la boca pegada, parecen de esos peces que limpian el cristal del acuario. En fin, que me he vuelto y Manon me estaba moliendo a palos con la mirada, le he dirigido una sonrisita del tipo «no te preocupes, no lo tocaré», pero dado que me ha enseñado el dedo medio, supongo que ha creído que le estaba tomando el pelo.

Durante el recreo, Clelia y yo estábamos tumbadas en el suelo bajo el tejadillo, entonces han aparecido las gemelas y me han preguntado si tenía algún problema. He dicho que no, porque no lo tenía, pero Manon ha

replicado que ella sí tenía uno y que se llamaba Lily. Le he contestado que era muy divertido, que yo me llamaba igual que su problema; ha fruncido el ceño y entonces he intentado explicarle que a mí no me interesaba Mathis, que para empezar tengo otros objetivos que emparejarme en sexto y que, sobre todo, a ese tío le apesta terriblemente el aliento, se diría que toma tostadas de roquefort para desayunar, así que podía estar tranquila. Juliette ha soltado una risita y Manon le ha ordenado que cerrara el pico, luego se ha acuclillado a mi altura, ha acercado el rostro al mío, lo bastante para que me diera cuenta de que el roquefort se transmite por la saliva como la mononucleosis, y ha bisbiseado que yo no era más que una putita, como mi hermana.

No sé qué mosca me ha picado, tal vez se debiera al documental sobre las llamas que vi este fin de semana, pero le he lanzado un gran escupitajo a la jeta. Juliette me ha agarrado del pelo, Clelia ha agarrado del pelo a Juliette, Manon ha agarrado del pelo a Clelia, y nos hemos quedado así, sin movernos, hasta que ha sonado el timbre, entonces nos hemos ido a clase de geografía.

No sé qué pretendía decir con lo de Chloé. Soy la más indicada para saber que mi hermana es una tarada, pero no es una puta.

¡Besos, Marcel, que pases una buena noche!

LILY

P. D. Yo no soy una pelota.

ANNA

—¡Mamá, está verde! —grita Lily.

Meto la primera dirigiéndole una sonrisa por el retrovisor y vuelvo a sumirme en mis pensamientos.

He hecho las cuentas. Para saldar todas mis deudas necesitaría doce mil seiscientos ochenta y nueve euros. Eso me ha hecho llorar. Desde hace varios meses, desde que comprendí que jamás saldría de apuros, desde que mi estómago fabrica úlceras y mi sueño pesadillas, me he transformado en avestruz. ¿De qué sirve enfrentarse a un enemigo si sabes que te va a dejar K.O.?

He dejado de pensar en el día en que, para renegociar los créditos que habíamos contratado entre dos, y cuyas mensualidades resultaban imposibles de pagar estando sola, solicité un préstamo cuyos intereses eran más elevados que el capital. He dejado de consultar mi cuenta bancaria, en la que cada impago, cada descubierto, aparece inflado con gastos exorbitantes. No he vuelto a abrir los sobres. He ignorado las llamadas de números desconocidos. Durante meses he vivido habiendo anestesiado una parte de mi vida. El despertar resulta doloroso. Cuesta 12.689 euros.

—¡Ya hemos llegado! —aúlla Lily.

Aparco el coche ante la casa de mi padre, mientras los limpiaparabrisas combaten valientemente el diluvio. En el asiento del copiloto, Chloé se halla sumida en la contemplación de su móvil desde que salimos de casa.

—Chloé, ya estamos.

—Genial.

—Haz un esfuerzo, el abuelo se alegra de veros.

Se encoge de hombros y se desabrocha el cinturón. Le tiembla la barbilla.

—¿Qué te pasa, cariño?

—No me pasa nada —replica, haciendo un visible esfuerzo por contener las lágrimas.

Le acaricio la mejilla.

—¿Estás segura?

—Déjame, mamá, te digo que no me pasa nada.

Sale del coche, cierra de un portazo y se reúne con su hermana en dirección a la entrada de la

casa mientras se protege el cabello con la mochila.

Mi padre y mi madrastra, Jeannette, nos besan cuatro veces a cada una, por si no habíamos captado las tres primeras. Su sonrisa es tan ancha que se les ven las muelas del juicio.

—Estábamos ansiosos de que llegarais, ¡tenemos algo que enseñaros! —anuncia mi padre, efervescente.

A su lado, Jeannette aplaude. La última vez que los vi en semejante estado acababan de hacerse tatuar sus apodos respectivos encima del corazón: Papuchi y Mamuchi.

Mi padre abre la puerta vidriera y nos arrastra al jardín.

—¡Seguidme!

—Abuelito, está lloviendo —protesta Chloé.

—Bah, apenas unas gotas —replica Jeannette, empujándonos hacia el exterior.

En la esquina de la casa, mi padre nos hace una señal para que nos paremos.

—¿Estáis listas?

—¡Sí! —exclama Lily.

—¡Espera! —interviene Jeannette—. ¿Dejamos que lo adivinen?

Él asiente, sobreexcitado. A Papuchi y a Mamuchi les gusta jugar.

—¿Habéis comprado un perro? —aventura Chloé al borde de la depresión.

—¿Un tigre? —inquiere Lily, mesurada.

—¿Un coche nuevo?

—¡Caliente, caliente, Anna! —responde Jeannette—. ¡Más grande que un coche!

—¿Una nave espacial? —se lanza Lily.

—¿Una autocaravana?

Los ojos de mi padre centellean. Nos autoriza a avanzar y luego abre los brazos.

—¡Tachááán!

A su espalda campea un imponente vehículo blanco. Entonces rodea los hombros de Jeannette con el brazo y ella ronronea.

—Hemos decidido darnos el gusto para la jubilación, contamos con ir a Italia este verano. No es nueva, pero apenas tiene diez años, no podíamos dejar pasar esta ganga. ¡Entrad a verla!

Abre la puerta y nos hace subir a su residencia de vacaciones rodante, no sin antes habernos pedido que nos quitemos los zapatos.

El interior es pequeño pero funcional. Hay una habitación con cama de matrimonio, armaritos por todas partes, un rincón sala de estar, cuya banqueta se convierte en cama, una cocina americana e incluso una cabina de ducha en la que ciertamente puedo meter una pantorrilla.

Desde fuera, con la frente chorreando lluvia, Papuchi y Mamuchi acechan nuestras reacciones. Hago una seña con la cabeza a las chicas, que de inmediato captan el mensaje, antes de extasiarme:

—¡Es realmente fantástica, estaréis tan a gusto!

—¡Y las cortinas son preciosas! —añade Chloé, acariciando la tela estampada con grandes

flores amarillas.

Lily barre la autocaravana con la mirada en busca de inspiración, y de pronto se le ilumina el rostro.

—Y muy práctica, ¡la verdad es que es tan pequeña que podréis preparar la comida mientras hacéis caca!

Tras un almuerzo pantagruélico, cuando el resto pasamos al salón para tomar el café, Chloé se escabulle con el fin de aislarse en la biblioteca. Durante toda la comida su moral ha jugado al yoyó, y era su móvil el que sujetaba la cuerda. Cada vez que lo consultaba, los ojos se le llenaban de lágrimas o de estrellas. La adolescencia es una meteorología inestable.

Cuando me reúno con ella, está sentada en unos cojines, con *Cumbres borrascosas* entre las manos.

—¿Qué tal?

—Bien —responde sin apartar la vista del libro.

Me siento a su lado.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—¿Lo sabes, Chloé?

—Lo sé, mamá, pero...

—Pero ¿qué?

—Nada.

—Pero ¿qué, tesoro?

—Nada, todo va bien, mamá. ¿Puedes simplemente darme un abrazo?

—Por supuesto que puedo darte un abrazo, bebota mía. Abro los brazos y se acurruca entre ellos, con la cabeza en mi cuello y el cabello acariciándome la nariz. Me ha vuelto a birlar el perfume.

A Chloé siempre le han gustado mis mimos. Cuando era pequeña, sólo lograba conciliar el sueño pegada a mi cuerpo. Todas las noches, al ir a acostarme, la encontraba en nuestra cama. Eso desquiciaba a su padre. Yo también refunfuñaba, aunque sin dejar de saborear esos momentos de ternura, que sabía efímeros. Todavía hoy se pasa a mi cama por la noche pretextando una pesadilla o un dolor de barriga. Ahora ya no rezongo, aparto el edredón y le dejo el lado caliente, sin atreverme a confesarle que no necesita inventar una excusa.

Retrocede despacio y se arregla el cabello antes de sumirse de nuevo en la lectura. Me levanto despacio.

—Si necesitas hablar, sabes que estoy ahí.

Salgo de la biblioteca y tiro de la puerta a mi espalda. Cuando ya está casi cerrada, me llega la voz de Chloé:

—Eso cuando no trabajas.

ANNA

Todas las mañanas llego al restaurante esperando que Tony haya reconocido que su propuesta no es aceptable. Todas las noches salgo de él confiando en que tenga un ataque de amnesia durante las horas nocturnas.

Pero no olvida. No cede.

—¿Y bien?, ¿has cambiado de opinión?

Plantado detrás de la barra, me mira pasar la fregona entre las mesas.

—Sigo pensando lo mismo, Tony.

—¿Se puede saber por qué no quieres?

—Te lo he repetido cien veces: a mis treinta y siete años, me será imposible encontrar trabajo.

—Pero si tú misma lo dices: ¡aquí hay demasiado curro! A decir verdad, se nota que en los últimos tiempos te cansas un poco; te quedas sin aliento enseguida, no dejas de quejarte.

La fregona se para en seco. Me vuelvo hacia él.

—¡No te cachondees de mí! No busques un motivo de despido, no lo encontrarás, todo el mundo puede dar fe de mi profesionalidad. Hago el trabajo de dos personas yo sola, ¡si me canso es porque no quieres contratar a nadie!

Se sirve una copa y la apura de un trago.

—Nunca te haría eso, soy un tío legal. De lo contrario, no te habría ofrecido un arreglo. Quiero mucho a Estelle, ya lo sabes, no es sólo por follar.

—No quiero saber nada —replico, tratando de no visualizar.

Con las manos apoyadas en la barra, prosigue con voz más sosegada:

—Es una buena chica, realmente me gustaría que trabajase conmigo. Ella está de acuerdo, con la condición de que contrate también a su hermana.

—¿A su hermana? ¿Quieres decir que serán dos para el servicio?

—Ése es el plan.

Sin una palabra, vuelvo a ponerme manos a la obra tratando de ignorar a la fregona, que me suplica que la arroje al otro extremo del bar.

—Anna, ¿es por mi mujer por lo que te niegas?

—¿Perdona?

—¿Es por solidaridad femenina? ¿O bien estás celosa?

Suelto el palo y me acerco furibunda a mi jefe.

—¿Acaso crees que todo gira en torno a ti, Tony? ¿Sabes?, puedes acostarte con Estelle cuantas veces quieras, incluso puedes tirarte a Estelle, a su hermana, a su abuelo y a su hámster si te viene en gana, a mí me importa un bledo. Sin duda esto te superará, pero estoy pensando en mí, en mis hijas, en mi futuro, en mi cuenta bancaria. No es en absoluto por ti por lo que digo que no, es sólo por mí. De manera que, por favor, deja de hablarme de ello. No voy a aceptar.

Se sirve una segunda copa y la degusta en silencio. Recojo la fregona para terminar de limpiar el embaldosado. Al ritmo de los movimientos, mi cólera se disipa, ahuyentada por la fatiga. Cuando recorro el bar para recuperar mi bolso ya no soy más que una carcasa vacía. Mi jefe no se ha movido.

—Buenas noches, Tony. ¡Hasta mañana!

—Anna, ¿realmente no hay nada que pueda hacerte cambiar de opinión? —insiste.

Siento cómo se me erizan las espinas, listas para escupir su veneno. En lugar de eso, me vuelvo hacia él y oigo estas palabras escapar de mi boca:

—Tal vez haya algo...

Las crónicas de Chloé

Kevin ya no me quiere. Bueno, la verdad es que no dijo eso, sino que soy demasiado buena para él, que no me merece. Hoy he pasado por delante de la panadería más de diez veces, confiaba en verlo y hablar de ello con él. Después de todo lo que hemos vivido, habría deseado algo más que un SMS con dos «*hms termin*». Lo he visto, pero sólo de lejos, mientras hacía una pausa. Saltaba a la vista que Clara no es demasiado buena para él.

Me he sentado en el portal de mi edificio a esperar a la cartera y me he puesto a pensar.

No entiendo nada. He hecho la lista: he salido con siete chicos en toda mi vida. Los cuatro primeros me dejaron plantada porque no quería acostarme con ellos. Los tres últimos, justo después de que me acostara con ellos. Y eso que creía que era lo que esperaban, hubo mensajes muy claros al respecto, en absoluto subliminales. ¿Por qué cuando les doy lo que quieren dejan de quererlo?

Todas las veces creo en ellos. Se muestran cariñosos, atentos, hablan en plural y en futuro, ¿cómo no voy a enamorarme?

Inès afirma que debería esperar, dejar que se cuezan en su propia salsa, darles tiempo para que me conozcan. Marion cree que debo de montármelo mal en la cama, que hay tutoriales en YouTube para perfeccionarse. Charlotte resume que todos son unos cerdos. La verdad es que no me aclaro. Quizá los hombres sean como Cenicienta: se transforman después de hacer el amor.

Normalmente, la cartera del barrio es Sonia, con la que hacía natación sincronizada en primaria. Siempre accede a entregarme el correo en vez de meterlo en el buzón. Hoy no era ella, sino un chico de cabello rizado. Ha apoyado la bicicleta en la pared y observado las decenas de nombres con expresión de perplejidad. Me levanto y le digo:

—Si eso te ayuda, dame lo que tengas a nombre de Moulineau.

—¡Ya me las arreglaré, gracias!

—Venga, hombre... Espero una carta urgente y he olvidado la llave.

Niega con la cabeza.

—No estoy seguro de poder hacer eso.

Le dirijo mi sonrisa más convincente jurándole que Moulineau es de veras mi apellido. Me

pide el carnet de identidad y se lo enseño mientras me justifico:

—Vale, no me llamo exactamente Moulineau, mis padres están divorciados, es el apellido de mi madre.

Mira la foto, luego a mí, de nuevo la foto y otra vez a mí.

—Eres más guapa al natural.

Sonrío, y esta vez no es forzado.

Hurga en su bolsa, saca dos sobres y me los tiende. Me guardo el que lleva el membrete del instituto y meto el segundo en el buzón.

Me dirijo ya hacia la escalera cuando de pronto me llama.

—¡Moulineau! ¿Te apetece que nos volvamos a ver?

Se llama Lucas, tiene veintiún años, acaban de contratarlo en Correos gracias a su madre, que trabaja en ventanilla. Toca la guitarra en un grupo e iré al cine con él el miércoles por la tarde.

No subo en ascensor, salto los escalones corriendo a fin de que mi corazón tenga motivos para latir desbocado. Hace una hora que mamá se ha ido a trabajar, su perfume todavía flota en el piso. Me encierro en mi habitación, saludo a la foto de papá, que sigue a la cabecera de mi cama, esa en la que tengo dos años y él me lleva en brazos, me tumbo en la cama e imagino cómo irá todo el miércoles. Espero que vayamos a ver una película romántica.

LILY

21 de marzo

Querido Marcel:

Siento mucho no haberte escrito desde hace varios días, pero tenía la gripe, así que ni te cuento. En un momento dado me subió tanto la fiebre que no me atrevía a sentarme en las sillas de plástico. No te preocupes, ya estoy mejor, aunque todavía tenga la voz un poco ronca al despertar.

Hoy había huelga en el colegio, los profesores salían a la calle a hacer un desfile de moda y, como Chloé estaba en el instituto, mi madre quería que fuera a casa del abuelito, pero pasarme el día con gente de sesenta años, no, gracias, no soy anticuaria. De manera que he ido a casa de Clelia, su padre estaba de acuerdo en cuidar de nosotras, pero la verdad es que sobre todo ha estado viendo la tele.

Me encanta ir a casa de Clelia, para empezar, porque tiene un perro adorable que se llama *Rocky*, pero sobre todo porque tiene ratas. Las ratas son muy guais, todo el mundo cree que son sucias, cuando en realidad son muy limpias y, además, superinteligentes. Vi en un documental que ni siquiera necesitan recompensa para acudir en ayuda de otras ratas en dificultades; tal vez las personas me gustarían más si fueran como ellas.

Las ratas de Clelia se llaman *Ratafía* y *Rataplán*. Ella creía que eran dos hembras, pero dado que *Ratafía* tuvo siete bebés, o bien *Rataplán* es macho, o bien una puede quedarse embarazada comiendo zanahorias (espero que no). Me habría gustado quedarme a una, pero, con la muerte en el alma (no la de la cantante), tuve que rehusar. Una vez, cuando era pequeña, vimos a un ratón en la escalera. Mi madre chilló tan fuerte que mis tímpanos se suicidaron durante unos minutos, y después bajó la escalera como si llevara esquíes. Por eso voy a casa de Clelia siempre que puedo, nos colocamos a *Ratafía* y a *Rataplán* en el hombro y salimos de paseo; vienen a beber de nuestra lengua apoyando las patitas en nuestros labios, son un encanto.

Luego he vuelto a casa para preparar mi exposición sobre las auroras boreales. Chloé seguía encerrada en su habitación escuchando música, no me ha contestado cuando he llamado a la puerta ni ha salido para cenar la pasta gratinada que mamá nos había preparado antes de irse.

Ahora me voy a la cama, porque, no sé tú, pero lo que es yo estoy agotada. Ya me cepillaré los dientes mañana, espero que mi madre no se dé cuenta cuando venga a darme un beso al volver.

¡Besos, Marcel, y buenas noches!

LILY

P. D. Tengo frío en los pies, así que he pasado el secador por las sábanas, pero mientras he ido a guardarlo, ya se habían enfriado.

ANNA

Estoy en el paro. Desde que me he despertado, me repito esa frase en bucle, como para convencerme. Pronto será mediodía, he vuelto a acostarme una vez que Chloé y Lily se han ido a la escuela. Hacía mucho que no se me pegaban las sábanas, que no me tomaba el tiempo de hacerlo. Resulta agradable, pero no debo habituarme. Esta misma tarde me pondré a buscar un nuevo empleo. Una vez que lo encuentre, y sólo entonces, hablaré con las chicas. No tiene sentido angustiarlas, me basto yo sola por las tres.

Tony no aceptó de inmediato mi propuesta. Primero se carcajeó, hasta que comprendió que iba en serio. O cedía, o me quedaba. Durante dos días no me dirigió la palabra, y por fin, anoche, me tendió un sobre.

—Me dijiste que lo preferías en especias, ¿no?

Había billetes de todos los colores, me daba la impresión de llevar la banca del Monopoly. Lo seguí a su despacho, firmamos la ruptura convencional y me proporcionó todos los documentos de rescisión de contrato.

—Hoy ha sido tu último día —añadió—. Te dispenso del preaviso.

—No estoy segura de que podamos hacer como si...

—Anna, con la suma que acabo de entregarte, no irás a tocarme las pelotas, ¿no?

Agaché la cabeza con un nudo en la garganta. Era la última vez que aparecía por allí. Ni siquiera había tenido tiempo de despedirme de los clientes fieles, de André y de Josiane, que venían todos los miércoles desde hacía diez años, la mesa junto a la ventana; de Bertrand, de Jamel y de Dylan, que tomaban el menú exprés todos los mediodías y siempre dejaban unas monedas además de los tickets restaurante; de Marlène, que venía a tomarse un café todas las noches para diferir unos minutos la soledad.

—Bueno, pues gracias, Tony. ¿Sabes?, era duro, pero me gustaba trabajar aquí.

Creí percibir que le brillaban los ojos. Se volvió hacia la entrada.

—Lo sé, has trabajado bien. Bueno, no sólo eso. ¡Hala, que tengo que cerrar, mi mujer me espera!

Fuera hacía frío. Tony empezó a cerrar la puerta y luego depositó un torpe beso en mi

mejilla.

—Confío en que encuentres un buen puesto.

No pude responder, me dirigí a mi coche mientras ordenaba a mis lágrimas que no salieran de casa.

Una vez en su interior, conté los billetes.

No había suficiente para comprar un castillo, pero sí para saldar todas mis deudas y, apretándonos el cinturón, dejar de temer a los oficiales de justicia durante dos o tres meses. Con suerte, tal vez encontrase un trabajo mejor pagado que me permitiera tener ingresos superiores a nuestros gastos. Al final, la rescisión de aquel contrato quizá fuera algo bueno, me dije al arrancar.

Acto seguido, la angustia hizo acto de presencia sin ser invitada. «¿Y si tardo meses en encontrar empleo? ¿Y si no llego a encontrarlo nunca? ¿Y si acabamos en la calle?»

Me levanto antes de que los pensamientos negativos hagan mella en mi voluntad. Me quito los tapones de los oídos, que me he puesto esta mañana, cuando el vecino de arriba se ha tomado por una Mariah Carey que se hubiera tragado a Rod Stewart, y salgo de la habitación.

Cierro la puerta vidriera del salón con un suspiro. Lily la deja sistemáticamente abierta, en invierno y en verano, como si la función «subir la manija» se hubiera borrado de su cerebro. Los platos sucios de la víspera continúan en la mesita de centro. Si los retiro, las chicas seguirán pensando que ése es mi papel. Si los dejo, dentro de un mes habrá que clausurar el cuarto. Empujo la puerta del servicio mientras me prometo encontrar la manera de hacerlas participar en las tareas domésticas, cuando de pronto un culo, muy blanco y desconocido, aparece ante mi vista. Un hombre desnudo está orinando en mi aseo.

—¡Aaaaaahhh! —chillo.

—¡Aaaaaaaaahhhhhh! —responde el culo.

Cierro y sujeto la puerta con firmeza para impedirle salir, sin dejar de gritar. Justo cuando me estoy preguntando cómo avisar a la policía, dado que me he dejado el móvil en el dormitorio, aparece Chloé corriendo desmelenada.

—¡Chloé, no te acerques, hay un tipo completamente desnudo en el servicio!

Se pone colorada. Entonces lo pillo.

—Chloé, ¿qué haces aquí?, ¿cómo no estás en el instituto?

No hay respuesta. ¿De veras la necesito, viendo que mi hija va en bragas?

Abro la puerta del aseo y el culo vuela hacia la habitación de Chloé sin demora. Dos minutos después se ha vestido y salido del piso. Me quedo allí a solas un momento, tratando de calmar mis temblores y de asimilar la dolorosa información de que mi hija ya no tiene cinco años, y luego voy en su busca.

—¿No piensas explicármelo?

Tendida en la cama deshecha, clava la vista en el techo. Tiene las mejillas empapadas.

—Chloé, contéstame. ¿Es tu novio? ¿Desde hace mucho tiempo? ¿No tenías clase hoy?

Me acerco a ella y me siento a su lado. Se arroja en mis brazos, con el cuerpo sacudido por

los sollozos. La rechazo con firmeza.

—Chloé, tienes que hablarme de ello. ¿Desde cuándo te acuestas con ese chico? ¿Y qué haces en casa?

Se enjuga las lágrimas y, tras sentarse apoyada en la pared con las piernas recogidas contra el cuerpo, clava la mirada en la mía.

—¿Y se puede saber qué haces tú en casa?

Las crónicas de Chloé

Lucas no contesta a mis mensajes. Le he jurado que ignoraba que mi madre estuviera en casa, que no volvería a ocurrir, pero se hace el muerto.

He esperado en el balcón a que pasara a repartir el correo, pero lo han enviado a otro barrio porque Sonia ha vuelto al trabajo. Me habría gustado ir a verlo, pero estoy castigada. Mamá sólo me autoriza a ir al instituto y a salir al balcón, es un infierno. Además, ahora siempre está en casa. Casi casi he de pedir permiso para ir al servicio. Desearía acelerar el tiempo y encontrarme dentro de tres meses, tres semanas y un día, para ser mayor de edad.

Es la primera vez en mi vida que me veo enclaustrada. Es duro, pero hay algo peor: mamá ya no confía en mí. La he decepcionado.

Me hizo montones de preguntas, quería saberlo todo. Como yo no contestaba, se puso a hurgar en mis cosas. Y, si buscas, encuentras.

Cuando descubrió la caja de preservativos, se puso blanca.

Cuando reparó en el blíster de píldoras, se puso roja.

Cuando dio con la china de hachís, salió de mi habitación.

Fui a reunirme con ella más tarde, durante la velada. Estaba viendo la tele con Lily. Tenía los ojos rojos. Le dije que lo sentía muchísimo. Abrió los brazos y me hice un ovillo contra ella. Me acarició la cabeza, oía su corazón latiendo desbocado.

—Habla conmigo, cariño —bisbiseó—. Dime qué es lo que va mal. ¿Cómo puedo ayudarte?

No respondí. No sé qué es lo que no funciona. Ignoro cómo puede ayudarme. Me limité a echarme a llorar, mucho, largo rato.

Más tarde, mamá vino a darme el beso de buenas noches a la cama. Me dijo que no podía quedarse de brazos cruzados, que no podía permitir que me destruyera así. Añadió que sin duda no era ésa la solución, pero que iba a castigarme, para protegerme.

—No puedes impedirme salir —repliqué.

—Sí, Chloé. Soy tu madre, eres menor de edad, tengo todo el derecho a impedirte salir.

La rabia me retorció el vientre.

—¿Quieres que me suicide, es eso?

Vi cómo el miedo cruzaba por su mirada, pero se limitó a darme un beso en la frente y salió de mi cuarto. Me dormí llorando, con la foto de papá contra el pecho.

LILY

25 de marzo

Querido Marcel:

Hace un rato, en el informativo, han dicho que era el día de la procrastinación. De manera que te escribiré mañana.

Besos,

LILY

ANNA

El director del instituto de Chloé se llama Martin Martin. Mientras lo espero ante su despacho, me pregunto qué pudo pasarles por la cabeza a sus padres para elegir ese nombre de pila. Se imponen dos opciones: o bien no querían a su hijo, o bien son tartamudos.

—¡Señora Moulineau, ya puede pasar!

El hombre, de unos cincuenta años, me sujeta la puerta abierta. Le estrecho la mano y me acomodo en el asiento que me indica.

—Me alegra conocerla por fin —declara sentándose a su vez.

—¿Por fin?

—Sí, hace mucho que deseaba verla. ¿Viene a hablar de Chloé?

Me invade una sensación desagradable, la que por lo general precede a las malas noticias. Hago partícipe de mis inquietudes al director, que me escucha atentamente, con las manos juntas bajo el mentón. Los últimos boletines de notas de Chloé eran excelentes, los profesores elogiaban tanto su trabajo como su comportamiento. A menudo me he considerado afortunada de ser la madre de una niña tan poco complicada. Se adaptaba al mundo que la rodeaba a la manera de un camaleón, con naturalidad y curiosidad. Desde hace algún tiempo el camaleón parece estancado en el mismo color, más bien sombrío. Me siento desamparada. ¿Acaso el director o algún profesor han notado algo?

Martin Martin asiente varias veces con la cabeza y se acomoda las gafas.

—¿No ha recibido mis correos?

—¿Sus correos?

—Ya veo. Me sorprendía que no respondiera, pero Chloé me aseguraba que trabajaba usted mucho. Le he enviado numerosas cartas. Su hija ha acumulado faltas estas últimas semanas, está completamente desmotivada. La he convocado varias veces para tratar de entenderlo, pero asegura que todo va bien. ¿Hay algún acontecimiento que explique ese cambio de conducta?

Sus palabras me rebotan en el cerebro.

—¿Seguro que está hablando de mi hija? ¿Chloé Leroy?

Está seguro. A lo largo de treinta minutos enumera las faltas, las insolencias, me da a leer justificantes al pie de los cuales figura mi firma, me habla de mi hija, de mi dulce, mi sensible Chloé, y tengo la impresión de que me está describiendo a una extraña. Una extraña a punto de

tirar su vida por la borda.

El desconcierto debe de leerse en mi rostro, Martin Martin me tiende un pañuelo. Agarro el paquete.

Está vacío, al igual que mi depósito de lágrimas, cuando me acompaña a la puerta con palabras de ánimo.

Conduzco varios minutos sin objetivo alguno. No se suponía que el día iba a desarrollarse así. Había previsto una buena cena con las chicas para celebrar el fin de las preocupaciones: el señor Renard me ha dado cita la semana que viene para saldar mis deudas. Debería sentirme ligera, no como si pesara toneladas. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Creía que Chloé no me ocultaba nada. Debe de sentirse tan sola... Debe de sentirse tan mal... Sin pensarlo dos veces, estaciono subida a la acera y agarro el móvil.

Contesta al cabo de tres tonos de llamada.

—Hola, soy Anna.

—Hola, Anna, me alegro de oírte. ¿Estás bien?

Su dulce voz hace brotar miles de recuerdos. Me aclaro la garganta.

—No mucho. Chloé tiene problemas, he creído que debía hablarte de ello.

—Has hecho bien. Te escucho.

Le cuento. Las lágrimas, los silencios, las faltas a clase, las mentiras, los chicos, el instituto. Sólo omito el hachís, soy incapaz de mencionarlo en voz alta.

—Son llamadas de auxilio, está mal. Debe de sentirse sola, entre yo que trabajaba demasiado y tú que vives en Marsella...

—No debes sentirte culpable, Anna, lo haces lo mejor que puedes. Y yo también. Las llamo por Skype al menos una vez por semana y las tengo conmigo siempre que puedo.

—Hace más de un año que no te ven.

Hace una pausa de varios segundos.

—Lo sé, lo sé, y me pone enfermo —prosigue—. Mi madre está demasiado fatigada en este momento, no puedo recibirlas en su casa. Si tuviera los medios para pagarme el viaje... Las echo mucho de menos, ¿sabes?

Se le quiebra la voz. Hace una profunda inspiración entrecortada.

—A veces lamento haberme ido tan lejos. Sin duda debería haberlo pensado antes, pero se trataba de una cuestión de supervivencia. No podía quedarme cerca sabiendo que ya no querías saber nada de mí.

—Bien, tengo que dejarte, Mathias.

El corazón se me ha acelerado, tengo las manos húmedas, conozco esos síntomas demasiado bien.

—Anna, sabes que bastaría una palabra tuya para que lo dejase todo plantado aquí.

—Sólo te pido que intentes ver a tus hijas. No tienen por qué pagar por esto.

—Nosotros tampoco.

—Te dejo, que tengas un buen día, Mathias.

Su voz sigue brotando del móvil cuando cuelgo. Me zumban los oídos, noto un hormigueo en la mandíbula. Cierro los ojos, hago una breve inspiración y luego espiro largo rato, como me enseñó el psiquiatra al que consulté tras mi primer ataque de pánico. Breve inspiración. Larga espiración. Breve inspiración. Larga espiración. El corazón reduce el ritmo. Breve inspiración. Larga espiración. Los temblores remiten. Breve inspiración. Larga espiración. Breve inspiración. Larga espiración. La amenaza ha pasado.

Cuando estoy lista para proseguir mi camino, suena el móvil. Número desconocido. Contesto.

—¿Señora Moulineau?

—Sí.

—Buenos días, señora, soy Martine Laroche, jefa de estudios del colegio Émile-Zola. Debería venir cuanto antes, tenemos un problema con Lily.

Lily

30 de marzo

Dear Marcel:

How are you? (He tenido clase de inglés esta mañana.) Yo estoy más o menos bien, salvo porque mi madre está en plan supercargante desde que se pasa todo el tiempo en casa. Puede que ya lo fuera antes, pero como la veíamos menos, no se notaba tanto, pura matemática.

Es maja, vale, pero se pasa el día ordenando que quite la mesa, que me haga la cama, que abra los postigos, que tire de la cadena, ¡creo que me toma por Cenicienta! Y ahora se le ha metido en la cabeza que me acosan en el colegio, total, por un pequeño detalle.

Te lo cuento, ya me dirás cómo lo ves tú.

Todo empezó en clase de geografía. Clelia y yo estábamos haciendo nuestra exposición sobre las auroras boreales, el profesor parecía contento, bueno, es de suponer, dado que pone la misma cara cuando está contento que cuando está furioso. En todo caso, no se durmió, lo cual es buena señal.

Nos lo habíamos currado bien, cabe decir que tuvimos suerte al dar con ese tema, hasta a mamá y a Chloé les pareció genial, no como el de Juliette y Manon, que tuvieron que hacer investigaciones sobre la tundra. Habíamos preparado un diaporama, toda la clase flipaba, pero Manon decretó que era demasiado fácil sacar buena nota con eso. El señor Vanier replicó que sólo juzgaría la calidad del trabajo, que no se dejaría influir por el tema, pero Juliette farfulló que vaya casualidad que le hubiera tocado a la pelota el mejor tema (no soy una pelota). No sé por qué, pero me sentí atacada y dije que era mejor ser pelota que envidiosa. Entonces Manon soltó que, vista mi jeta de conejillo de Indias, no había de qué estar celosa, y yo repliqué que prefería tener cara de conejillo de Indias que cara de mema. El profesor nos ordenó que parásemos, y en cuanto acabamos la exposición nos dirigimos a clase de mates. Ahí es donde ocurrió. No lo vi venir, sólo noté que me tiraban del pelo desde atrás.

Cuando mi madre vino a buscarme al despacho de la señora Laroche, ponía la misma cara que cuando está a punto de estornudar. Cabe decir que Manon se las ha apañado bien, he de preguntarle la marca de sus tijeras. Clelia dice que es original, que forma como un flequillo en la parte de atrás de la cabeza; a mí no me da ni frío ni helor, ya crecerá. Pero mi madre está convencida de que soy víctima de acoso, que es muy grave, que esto no puede quedar así, y desde entonces no para de darme besos y de ponerme apodos de animales (¿tengo cara de ratita?).

Van a someter a Manon a un consejo disciplinario, espero que no la expulsen.

¿Y bien, Marcel?, ¿tú qué opinas? Voy a cerrarte y te tiraré al aire. Si caes abierto, es que estás de acuerdo conmigo; si caes cerrado, es que estás de acuerdo con mi madre.

Vale, has caído cerrado. Sabía que eras un pelota.

Hoy, nada de besos.

LILY

P. D. Pese a todo, te quiero mucho.

ANNA

Mi abuela me espera en su habitación, como todos los jueves. Se ha puesto colorete en las mejillas y su perfume favorito. En una bandeja ha dispuesto dos vasos y una botella de limonada. Me inclino y le doy un beso.

—¿Cómo vas, cariño mío?

—Bien, yaya, ¿y tú?

Arruga los ojos y me mira de hito en hito hasta que confieso. No puedo ocultarle nada, mi abuela es un detector de mentiras.

Me siento al pie de su cama y le cuento la semana caótica que acabo de pasar. Deposito a sus pies esos sacos demasiado pesados para mí.

—Percibo que me necesitan, pero no sé cómo ayudarlas. Si me escuchara a mí misma, ¡lo dejaría todo plantado y me las llevaría lejos de aquí!

Deposita el vaso y se da unos toques en la boca con la servilleta.

—Pues entonces, hazlo.

—¿Qué quieres decir?

—Escúchate por una vez. Sigue tu instinto. Si tienes ganas de irte, vete. Tal vez no sea la solución, pero ¿acaso ves otra?

—¡Pero es que no puedo, yaya!

Barre mis protestas con el dorso de la mano.

—¿Qué te lo impide? Si es el dinero, sólo tienes que coger lo que te dio tu jefe, tendrás el resto de tu vida para pagar tus deudas. Yo no dispongo de gran cosa, pero también puedo ayudarte un poco.

Escruto el rostro de mi abuela esperando que se felicite, risueña, por la jugarreta que acaba de gastarme.

—No sirve de nada que me mires así —rezonga—, ¡no estoy teniendo un ataque!

Meneo la cabeza entre risas.

—Yaya, no puedo irme. No es sólo por el dinero, están también las escuelas de las chicas, mi búsqueda de trabajo, en una palabra, que es imposible. De todos modos, ni siquiera sabría adónde ir...

—Estoy segura de que darás con el lugar. Me hablaste de las auroras boreales, ¿no?

—¡Hala, se acabó la conversación! ¿Quieres que vayamos de paseo?

—¡Encantada! Ya no puedo más encerrada entre estas cuatro paredes.

Me levanto, agarro las asas de la silla de ruedas y la conduzco por los pasillos de la residencia de ancianos donde vive desde que perdió el uso de las piernas. En el jardín, el verde ha acabado imponiéndose tras varios meses de tonos parduzcos. Pequeños grupos de personas de edad aprovechan que el sol está de vuelta.

—El tiempo pasa deprisa, ¿sabes? —musita mi abuela.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque te quiero, tesoro mío.

Se me hace un nudo en la garganta. También yo te quiero, yaya. Te quiero tanto que cada vez que vengo a visitarte es una tortura. Te quiero tanto que me pone enferma asistir a tu progresiva decadencia, saber que pronto habrás desaparecido por completo. Te quiero hasta el punto de llorar por la noche hasta que me arden los ojos, de gritar en silencio pensando en ti, en todos esos años en que estabas de pie, en que eras fuerte, más fuerte que el duelo, más fuerte que el cáncer, en que eras joven, todos esos años en que te ocupaste de mí, en que fuiste mi refugio, mi pilar, mi torre.

Me trago mi pena y esbozo una sonrisa.

—Cielo, ¿puedo pedirte algo?

—Te escucho, yaya.

—Si alguna vez vas a ver las auroras boreales, ¿podrás hacerme un favor?

Las crónicas de Chloé

Inès me ha dicho que el otro día se cruzó con mamá, que salía del despacho del director. Iba llorando. Esta noche le he prohibido entrar en la cocina y he preparado pollo con aceitunas. Hemos cenado las tres, mamá, Lily y yo, sin tele ni móviles. Ha habido numerosos silencios, pero también hemos hablado. Del trabajo que a mamá le gustaría encontrar, del nuevo corte de pelo de Lily, de las auroras boreales, del robo de bicicletas en el sótano, de la salsa, que más bien parecía un puré. A la hora del postre, he considerado que era el momento adecuado para anunciar la noticia.

—Voy a dejar el instituto.

Lily ha parado de soplar el yogur para calentarlo. Mamá ha depositado la cuchara llena.

—¿Cómo que vas a dejar el instituto? —ha logrado articular—. ¿Ya no quieres ir a la universidad?

—No, prefiero dejarlo ahora. En el comedor del parvulario están contratando gente, la madre de Inès puede enchufarme.

—¿Y el bachillerato?

Me he encogido de hombros, pero mi vista seguía clavada en la mesa.

—No sirve de nada. De todos modos, tengo que currar, ganar dinero.

Mamá no ha vuelto a decir palabra. Ha salido de la cocina sin acabarse el queso fresco. Sabía que se sentiría decepcionada, pero algún día lo entenderá. Lo hago por ella. Mi sueño es irme a vivir a Australia, como papá cuando era joven. Me he pasado horas documentándome, incluso he empezado a cumplimentar un dosier para obtener un visado *working holiday* y largarme en cuanto sea mayor de edad. Tal vez encuentre trabajo de camarera en un restaurante, les encantan los *Frenchies*, sería fantástico ganarme la vida al tiempo que aprendo inglés. Hasta es posible que pueda hacer carrera y costear los billetes de avión para que mi familia venga a verme.

Sin embargo, no puedo dejar a mamá.

Alguien tiene que ayudarla a pagar las facturas. Intenta ocultárnoslo, pero salta a la vista que no sale adelante. Ahora que está en el paro, ya no puedo esperar más. Más vale que una persona se sacrifique a que se hundan tres.

Al poco rato mamá ha vuelto a la cocina, nosotras seguíamos sin movernos. Se ha situado debajo de la luz con los brazos cruzados. No me había fijado en que se le habían acentuado las

ojeras. Ha esperado a que la mirásemos y, en un tono que significaba «la madre soy yo», nos ha soltado:

—Hala, haced el equipaje, nos marchamos.

ANNA

Al señor Renard no le hizo gracia que anulara nuestra cita. Pretexté un problema familiar, lo cual no es del todo falso, y le prometí que volvería a ponerme en contacto con él cuanto antes.

La jefa de estudios del colegio de Lily no fue la más difícil de convencer. Admitió que no podía dejar a mi hija en esa situación y me proporcionó todos los documentos necesarios.

El director del instituto de Chloé me interrogó largo rato. Tuve que improvisar. Martin Martin se mostró escéptico, pero admitió que no tenía manera de impedirme llevar a cabo mi plan.

Mi abuela me felicitó. Hacía tiempo que no percibía esa chispa en su mirada, sobre todo en el momento en que precisó el favor que deseaba que le hiciese.

Mi padre y Jeannette, a quienes imaginaba los más fáciles de convencer, supusieron una hora de discusiones. Finalmente, el argumento que los hizo ceder fue el mismo que me había decidido a mí: «Papá, por una vez en la vida, está en mi mano elegir. Con ese dinero puedo pagar mis deudas. O bien puedo acudir en ayuda de mis hijas».

LILY

3 de abril

Querido Marcel:

Creo que ya está, esta vez a mi madre se le ha ido la olla. Te escribo desde el asiento del copiloto de la autocaravana de mi abuelo, en alguna parte de Alemania.

Lleva conduciendo desde esta mañana, sólo hemos parado a comer un bocadillo en un área de la autopista. Había policías de uniforme, he estado a punto de saltarles encima para pedirles ayuda, pero no sé cómo se dice SOS en alemán, de manera que me he comido el bocadillo en francés.

Anoche nos dijo que hiciéramos el equipaje, creí que quería que fuésemos a visitar a nuestro padre, me sentí asqueada, no tengo nada que contarle al marsellés, para empezar, ya estoy obligada a hablar con él por Skype. Ahora bien, cuando precisó que cogiéramos prendas abrigadas, me sentí aliviada. Insistí en saber adónde íbamos (estoy dispuesta a portarme bien, pero no quiero que me dejen con una palmada de narices), y anunció que íbamos a ver las auroras boreales a Escandinavia. Te digo que está majara. Estoy segura de que es a causa de mi exposición. Suerte que no iba sobre los agujeros negros.

Esta mañana hemos ido a despedirnos de mi bisabuela. Le ha dado una caja a mi madre, al parecer, dentro va la urna con su marido. Le había prometido que lo arrojaría arriba del todo de Noruega, en el cabo no sé qué, porque habían estado allí juntos, pero nunca tuvo el valor de hacerlo, y ahora ya no puede debido a sus piernas. De manera que le ha pedido a mi madre que lo haga por ella. No conocí al yayo, pero debía de ser realmente bajito para caber ahí dentro.

Después hemos ido a casa de mi abuelo, nos ha explicado cómo funcionaba la autocaravana. No me he enterado muy bien, excepto el rollo ese del servicio. Hay como un cajón que es preciso vaciar cuando está lleno. A ti puedo decirte que prefiero hacer mis necesidades por la ventanilla a toda velocidad en la autopista antes que vaciar ese chisme.

Como no estoy segura de volver con vida, voy a aprovechar para hacer testamento, ya se lo transmitirás a los enterradores si es necesario.

La abajo firmante, Lily, santa de cuerpo y de mente:

Lego mi colección de piedras y minerales a Clelia, sé que los cuidará bien.

Lego mi pulsera brasileña violeta a *Ratafía* y mi pulsera brasileña verde a *Rataplán*.

Lego mi diccionario a Manon y mi loción antiacné a Juliette.

Lego mis libros del *Tío Gilito* a mi madre, si sigue viva.

Lego mis dientes de leche a mi hermana, si sigue viva.

Expreso el deseo de que mi padre no venga a mi entierro. Quiero que pongan sobre mi tumba la foto en que estoy con *Brownie*, la perrita que tenía cuando era pequeña. Sobre todo, nada de fotos recientes, porque aunque

me la sude llevar un corte de pelo de Playmobil, al menos no doy tanto miedo con el pelo largo.

Ya está, Marcel, espero que no sea la última vez que te escribo, pero, si fuera así, me alegro de haberte conocido, has sido un diario simpático. ¡Oh, no puede ser! ¡Mi madre acaba de poner un CD de Céline Dion!

Besos, Marcel.

Adiós, tal vez. Corazón con los dedos.

LILY

P. D. Realmente es necesario que aprenda a decir SOS en todas las lenguas.

Las crónicas de Chloé

Creía que sólo saldríamos a dar una vueltecita, cosa de dos o tres días, y luego recuperaríamos nuestra vida donde la habíamos dejado. Pero cuando mamá anunció que nos íbamos a Escandinavia, comprendí que se había dejado la cordura en casa.

La confirmación llegó al cruzar la frontera alemana, cuando recibí un mensaje informándome de que no disponía de tarifa plana internacional. Mamá me tranquilizó: ella sí la tenía. Estaba instalando en su móvil Facebook, Instagram, Twitter, Snapchat y la aplicación para gestionar mi blog cuando de pronto dio al traste con todos mis sueños.

—Diez minutos al día nada más.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el objeto de este viaje es pasar tiempo juntas, descubrir otros paisajes, otras culturas, no permanecer con la nariz pegada a una pantalla.

Llevábamos una hora larga circulando detrás del mismo camión. A la derecha había árboles, a la izquierda había árboles; en lo referente a paisajes, la exploración había tocado fondo.

Lily se dio unos golpecitos en la sien con el índice. Si hasta ella creía que mamá se había vuelto loca, la cosa era grave.

Traté de negociar.

—¿Una hora?

—Diez minutos.

—¿Dos horas?

—Chloé, ya basta.

—Pero, mamá, ¿tú podrías vivir sin oxígeno? Pues bien, ¡yo tampoco!

Soltó una risita ahogada, Lily también. Tras una larga lucha, logré obtener media hora. Tal vez sobreviviera.

A media tarde llegamos a Colonia, donde mamá decidió que pasaríamos la noche. Nos instalamos en un camping junto al Rin y quiso a toda costa que fuéramos a visitar la ciudad. Acepté gustosa: forzosamente tenía que haber cibercafés en Colonia.

La señora del camping nos prestó unas bicicletas y nos indicó el camino, asegurándonos que

no estaba lejos. Bordeamos el río durante más de una hora, contando las pausas impuestas por mi madre, supuestamente para admirar el paisaje. Como si no viéramos que estaba tan roja como su camiseta y respiraba como un aspirador. Lily y yo hicimos adrede lo de pedalear deprisa, eso nos hizo reír.

Atamos las bicicletas y caminamos sin rumbo hasta que cayó la noche. La ciudad se iluminó, resultaba bonito. Como era pronto, compramos unos *pretzels* para aguantar hasta la cena. Lily quería a toda costa una botella de agua, pero una vez conseguida se negó a abrirla, arguyendo que prefería guardarla como recuerdo. Mamá se quedó sorprendida.

Lily se encogió de hombros, como si careciéramos de lógica, y replicó:

—Pues claro, ¡es agua de Colonia!

Al menos, mi hermana no había cambiado.

Frente a una catedral que mamá deseaba visitar, antes de descubrir el número de escalones que teníamos que subir, había un puente de forma extraña: el puente Hohenzollern. Era como si le hubieran plantado tres arcos encima. La gente lo cruzaba a pie, así que hicimos lo mismo, y nos dimos cuenta de que estaba cubierto de candados que habían enganchado allí los enamorados.

Mamá propuso añadir uno con nuestras tres iniciales, para dejar una huella de nuestro paso.

Lily abrió unos ojos como platos.

—¿Quieres matar a los peces, es eso? Has visto que hay que tirar la llave del candado al río, ¿de verdad crees que los peces digieren el metal, eh?

Yo lo aprobé. Nos bastaba con quedarnos la llave para respetar a los peces... y a Lily.

El vendedor sólo ofrecía lotes de dos.

Con el rotulador que nos prestaron una pareja de ingleses trazamos nuestras iniciales y la fecha en el primer candado. En el segundo escribí TÚ + YO. Servirá para quien sea.

La vuelta en bicicleta fue peor que la ida. No sé quién inventaría el sillín, pero desde luego estaba de mal humor. Al volver a la autocaravana estábamos reventadas. Cenamos apresuradamente algo de pasta y nos acostamos, Lily y yo en la cama de matrimonio, mamá en la banqueta. Esperé largo rato antes de oír como la respiración de mamá se volvía regular. Por fin se había dormido.

Muy despacio, tratando de no hacer el menor ruido, me deslicé fuera de la cama.

ANNA

Tardé mucho rato en dormirme. El colchón de la banqueta es delgado y duro, y mi cuerpo no es ni lo uno ni lo otro. Uno de los dos tenía que sufrir. Un aliento cálido en la mejilla me sacó del sueño. Abrí los ojos ante un rostro demasiado cercano al mío para poder distinguirlo.

Grité. El rostro gritó. Lily gritó.

El rostro dio un salto atrás y en la penumbra reconocí a mi hija.

—Chloé, ¿qué narices estás haciendo?

—Nada, venía a hacerte un mimito —farfulló con la mano a la espalda.

—¿Qué llevas en la mano?

—Nada.

Eché un vistazo debajo de la almohada, ya no había nada.

—Devuélveme el móvil.

—Pero, mamá...

—¡Devuélvemelo inmediatamente, Chloé! Y si intentas quitármelo una sola vez más, no te lo dejaré en absoluto.

A regañadientes, me tendió el cuerpo del delito y volvió a acostarse. Acababa de cerrar de nuevo los ojos cuando oí a Lily susurrarle:

—Pero bueno, ¿crees que se chupa el codo?

El resto de la noche transcurrió sin incidentes.

A las siete, el frío nos saca de la cama. Anoche, después del paseo en bicicleta, estábamos empapadas en sudor, así que no pensé en encender la calefacción. Esta mañana, entre las agujetas y la carne de gallina, mi cuerpo se muestra quisquilloso.

Instalo la mesa y las sillas al sol. Las chicas no salen de debajo del edredón hasta que el desayuno está servido. Lo compartimos en silencio frente al Rin. El sol admira su reflejo en el agua y calienta nuestros cuerpos helados, el sabor familiar del café me apacigua. Por primera vez desde que salimos, considero que tal vez haya sido una buena decisión.

Si lo hubiera pensado bien, habría cambiado de opinión. No soy una aventurera. No me gustan las sorpresas, necesito anticiparlo todo, organizarlo todo. Lo desconocido me angustia, la falta de control me paraliza. Me he encerrado en una burbuja tranquilizadora: los mismos lugares, las mismas personas, los mismos trayectos. Rechazo sistemáticamente cuanto queda

fuera de ese perímetro. La boda de un primo en la otra punta de Francia, una velada en un restaurante desconocido, una cita al otro extremo de Toulouse, y un viaje al extranjero, ni digamos. Siempre alego buenos pretextos: no estoy disponible, estoy agotada, mis hijas llevan mucho tiempo sin verme, Francia es tan bonita, qué necesidad hay de ir a otra parte. Todo el mundo coincide en ello: soy hogareña, muy casera, vieja antes de hora. Con frecuencia logro convencerme a mí misma, pero en el fondo me consta que es así.

Tenía dieciocho años cuando experimenté mi primer ataque de pánico. Iba al volante, de noche, por el Periférico, volvía de una velada con amigos. El tráfico se hizo más lento, hasta detenerse por completo. De entrada sentí un hormigueo en los dedos. Sofocos. Me ahogaba. Bajé la ventanilla y subí el volumen. Se me contrajo la mandíbula, el corazón empezó a latirme desbocado, tan fuerte, tan deprisa que creí que se me iba a parar. Me costaba respirar, la cabeza me daba vueltas. Estacioné en el arcén sin comprender lo que ocurría, creí que iba a morirme allí mismo, completamente sola. Tumbé el asiento y cerré los ojos, confiando en que no resultara doloroso. A mi alrededor todo parecía amortiguado, como si no fuera real. Me temblaba el cuerpo, ni siquiera oía los coches que me adelantaban, sólo oía mi corazón. La cosa duró interminables minutos. Lentamente, sentí que recuperaba el ritmo cardíaco, que la respiración se sosegaba y el cuerpo se relajaba. Empecé a tiritar. No esperé más, agarré de nuevo el volante y volví a casa. Mi padre y Jeannette dormían, me acosté con sigilo.

Durante la noche volvió a empezar. Y también los días siguientes.

El médico me envió a consultar a un psiquiatra, que diagnosticó ataques de pánico con agorafobia. Me prescribió medicamentos, que tomé a lo largo de varios meses, así como una terapia cognitivo-conductual. Debía enfrentarme a mis angustias, afrontarlas a fin de acostumbrarme a ellas y desensibilizarme. Aguanté tres sesiones. Cuando anuncié al psiquiatra que renunciaba a la terapia, me confesó que a menudo el acto de provocar los ataques de pánico era doloroso. Y lo era, doy fe. Pero no tanto como la idea de no volver a albergar esperanzas. Saber que existe un método eficaz resulta tranquilizador, en caso de que las olas amenacen con crecer demasiado. Si lo aplico y no funciona, ya no tendré tabla de salvación.

Al permanecer dentro de mi burbuja, limitaba los riesgos. Seguí yendo a los mismos lugares, frecuentando a las mismas personas, haciendo los mismos trayectos. Hasta que tomé esta decisión. No me paré a reflexionar. Ni tampoco pensé en mí. Mis hijas necesitaban respirar, de manera que reventé la burbuja.

LILY

5 de abril

Querido Marcel:

Espero que estés bien, yo lo estoy, lo que pasa es que tengo ganas de dormir pero no puedo, es mi turno de guardia. Son las cuatro de la madrugada o algo así, me apetecía escribirte tranquilamente, pero mi madre y mi hermana rezongaban porque la luz les impedía dormir. De manera que me he sujetado la linterna en la frente rodeándome la cabeza de cinta adhesiva y me he escondido debajo del edredón, al lado de Chloé. Lo único que he de evitar es mover demasiado la cabeza, de lo contrario no veo lo que escribo, pero no hay problema.

Figúrate, nos encontramos en Hamburgo, que está en Alemania. Mi madre ha dado con un área para autocaravanas frente al puerto y hemos ido a pasear por la ciudad, pero no en bicicleta. No está nada mal, hemos visto un gran lago con cisnes, almacenes a la orilla del agua, grandes barcos y unas casas como nunca había visto. He encontrado un bonito guijarro como recuerdo, pero se ha puesto a llover y hemos tenido que volver.

Mi madre ha querido vaciar el depósito del váter, pero no lo conseguía; Chloé y yo la mirábamos a través del cristal de la ventanilla tapándonos la nariz, y la oíamos soltar tacos. El señor de la autocaravana de al lado ha venido a ayudarla, pero ella no quería, creo que le daba vergüenza, me pregunto por qué. Él reía a carcajadas. Al final ha logrado convencerla, y luego hemos tenido que ir a tomar el aperitivo con él en agradecimiento, porque nos había sacado unas buenas castañas de la hoguera.

De hecho, son todo un grupo de franceses que viajan juntos, él es el organizador, se llama Julien. También estaba su hijo, que tiene más o menos mi edad, Noé. He intentado hablar con él, pero no respondía, se mecía adelante y atrás, su padre me ha dicho que no hablaba y que necesitaba un poco de tiempo para acostumbrarse a los desconocidos. Ah, y también había un perro, *Jean-Léon*, un encanto, he jugado con él.

Y luego, pues eso, nos hemos ido a la cama. No sé cuánto rato he dormido, pero unos cuchicheos me han despertado. Era fuera, a través de las paredes de las autocaravanas se oye todo, tanto daría no ponerlas. Después se ha oído como si rascaran y un «PLOC» contra la puerta. He empezado a sentir miedo, pero he recordado un reportaje en el que un psicólogo decía que el miedo es como un animal al que hay que domesticar, de manera que le he dicho que volviera a acostarse y ha obedecido. He intentado despertar a Chloé, pero ésa, cuando duerme, es como si la hubieran desenchufado. Y de mi madre no hablemos, creo que todas las noches se muere y por las mañanas resucita. Sólo podía contar conmigo misma, así que he pasado por encima de mi hermana para salir de la cama y entonces he visto abrirse la puerta y una silueta que avanzaba. He saltado al suelo, he agarrado lo primero que tenía a mano y he arremetido contra el enemigo al grito de «¡BANZAI!», como había visto en una película, dando golpes de cacerola. La silueta se ha largado a todo trapo, mi madre y Chloé han saltado como eyectadas de la cama, parecían tostadas expulsadas de una tostadora, y pocos minutos después llegaba el vecino, Julien. Nos ha contado que los robos en las autocaravanas eran frecuentes, que más valía

poner una alarma para protegerse, también por eso viajan en grupo. Hemos decidido que esta noche vigilaríamos por turnos y que mañana instalaríamos una alarma. Ahora, como te he dicho, es mi turno y me muero de sueño, de manera que te escribo para no dormirme (pero no te preocupes, ¡no te tomo por un plato de segunda mesa!).

Hala, besos, Marcel, voy a aprovechar que todos duermen para ocuparme de mi secreto (no puedo revelarte lo que es, tengo demasiado miedo de que mi madre te lea). Que pases una buena noche.

LILY

P. D. He intentado quitarme la cinta adhesiva de la cabeza, pero me tira demasiado del pelo, es horrible. Así que la dejo ahí.

Las crónicas de Chloé

Soy hipersensible. Fue la enfermera del instituto quien me lo anunció un día, porque acababa de darme un patatús tras haberme hecho un corte en la mano. Fue como si acabara de identificar el eslabón perdido, como si me devolviese algo que había extraviado. Eso era. Que soy hipersensible.

Más tarde me diagnosticaron como de «elevado potencial», la hipersensibilidad suele ir asociada con ello. Me pasé horas leyendo descripciones y testimonios en internet, cumplía todos los requisitos.

Todo lo que siento se decuplica. Soy un hervidero de emociones, bullo de sentimientos.

Lloro a menudo. De tristeza, de alegría, de rabia.

Me olvido de mí misma en beneficio de los demás.

Siento tanta empatía, puedo comprender a los demás hasta tal punto que eso me vuelve influenciable. Soy incapaz de mantener una opinión categórica.

No me quiero. Pero no me importa, mientras me quieran los demás.

Me juzgo constantemente. Con severidad.

Mi mente nunca descansa, mi imaginación es una máquina de guerra. Cuando veo una película, cuando utilizo un objeto, me pregunto qué estarán haciendo los actores en ese preciso momento, cómo es la vida del que lo ha fabricado, quién vive ahí.

Permanezco siempre hipervigilante. Me sobresalto cuando me cruzo con mamá en el pasillo, grito cuando Lily entra en el cuarto de baño sin llamar.

Cuando oigo hablar de un suceso, me pongo en el lugar de las víctimas. Vivo las escenas como si estuviera presente. Soy lúcida. Demasiado.

Pero eso también tiene su lado bueno.

Soy una buena amiga, que comprende, que no juzga.

Me cuestiono con facilidad.

Permanezco atenta a las pequeñas cosas con las que uno se cruza a menudo sin verlas.

Mis alegrías se multiplican por diez. Un rayo de sol, un aroma a lilas, las luces de Navidad me provocan arrebatos de felicidad.

A mamá siempre le ha gustado oír mis embelesos. Según parece, de niña convertía los trayectos en coche en tan ruidosos como alegres. Hoy en día interiorizo más, pero los fuegos

artificiales siempre están presentes. Por eso, cuando, tras haber recorrido kilómetros a través del bosque, efectuado una breve caminata y subido una escalera, llegamos por fin, no pude por menos que abandonar mi reserva.

—¡Guaaauuu!

Frente a nosotras, el mar desplegaba sus mil matices de azul, mientras que, a nuestros pies, altos acantilados blancos hundían los talones en el agua. Jamás había visto nada tan hermoso.

Mamá nos anunció que estábamos en Møns Klint. Hacía mucho que no le veía esa sonrisa.

No estábamos solas, había algunos turistas, pero hice abstracción de las voces para conservar tan sólo la música de las aves y la del agua. El viento era frío; sin embargo, el sol lo combatía valerosamente. Podría haberme quedado allí durante horas, sintiendo su caricia en el rostro.

Un poco más tarde bajamos al nivel del mar, para pisar los grises guijarros. Lily recogió una decena. Vistos desde abajo, los acantilados parecían todavía más altos. Tenía la sensación de ser un grano de arena perdido en la inmensidad.

Volvimos a la autocaravana en silencio, hasta nuestras palabras se las había llevado el viento. Mamá se puso al volante, los árboles desfilaron durante largo rato, yo flotaba en una burbuja de bienestar. Fue un tono acústico lo que me extrajo de ella. Una notificación de Messenger en el móvil de mamá. Con una mirada, me autorizó a consultarlo. Era Kevin, el panadero.

Hla, Chloé, ¿q tal? Qrría hblar contig, ¿tás casa?

¿Recordáis los arrebatos de felicidad de que os hablaba antes? Bien, pues eso, tuve otro. Pensé diez minutos el contenido de mi respuesta, tecleé el mensaje y lo envié. Sabía que era un buen tío.

ANNA

—Mamá, ¿conoces a Apollinaire?

Lily me observa a la espera de una respuesta.

El problema de hacer las cosas obedeciendo a un impulso es que uno no anticipa todos los datos. Así, no había adivinado hasta qué punto dar clase a mis hijas podía resultar complicado.

Todas las mañanas, durante dos horas, encadenamos clases y ejercicios. Todas las mañanas, durante dos horas, Chloé proclama que de todos modos no se sacará el bachillerato, y Lily juega con sus bolígrafos como si fueran muñecas.

Hoy, tal vez la lluvia no sea ajena a ello, las chicas están más o menos concentradas. Chloé tan sólo se ha dormido dos veces con *Los monederos falsos*, de André Gide, y hasta el momento Lily no ha hecho más que unas pocas preguntas para ganar tiempo.

—Algo sé, lo estudié en la escuela —respondo sentándome a su lado.

—Era ciego, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

Desliza el libro de Apollinaire hacia mí y señala una línea.

—Dice: «Ha llegado el momento de volver a encender las estrellas», pero ya están encendidas. ¡Debe cambiar de oftalmólogo!

Chloé aclara con un suspiro:

—En realidad no habla de las estrellas que hay en el cielo.

Lily la mira con unos ojos como platos.

—¿Ah, no? ¿Es que hay estrellas en alguna otra parte que no sea el cielo? Los mayores sois raros de narices.

Me dispongo a intentar una explicación, cuando de pronto el tono del teléfono me salva.

—¿Diga?

—Señora Moulineau, soy la señora Barrière, de la Banque Postale. Teníamos cita hace media hora, la he esperado...

Como siempre que me pillan en falta, me transformo en una chiquilla.

—¡Oh, cielos! Lo siento mucho, ¡lo he olvidado por completo!

—Lo sospechaba. Hemos de vernos a toda costa para hablar de su cuenta, tengo un hueco mañana a las once.

—Me temo que no estaré. Eventualmente, ¿podríamos hablarlo por teléfono?

—¿El jueves a las dos?

Chloé me dirige una mirada interrogante. No puedo confesar a mi asesora bancaria, a la que debe de aparecerle mi nombre en grandes letras rojas en la pantalla, que me he regalado un agradable viajecito. Me subo a la cama de las chicas, corro la cortina y bajo la voz.

—Lo lamento muchísimo, no...

—Bien, ya veo —me corta—. Señora Moulineau, lleva en descubierto más de treinta días consecutivos y este mes no ha ingresado la nómina completa. Hay que encontrar una solución, ¿no le parece?

Asiento con la cabeza, vuelvo a tener cinco años.

—Tiene toda la razón, encontraré una. He perdido el trabajo, pero tendré derecho al paro a la espera de encontrar otro. Hago lo que puedo, ¿sabe?

—¿Se ha quedado sin empleo?

A los cinco años se habla demasiado.

—Por el momento, pero...

—Mire, dada su situación, me veo obligada a oponerme a todas las domiciliaciones que surjan en su cuenta hasta que la haya regularizado. Como comprenderá...

Dejo de escucharla. No sé qué esperaba cuando me fui. Como si mis deudas hubieran podido desvanecerse por el mero hecho de alejarme. Como si las preocupaciones pudieran quedarse donde uno las deja. Tenía la posibilidad de pagar todas mis facturas, de partir de cero. De repente, sentada en ese delgado colchón, encerrada en una caravana bajo la lluvia, lejos de mi burbuja, me siento perdida. ¿Qué he hecho? Mi pulso se embala, se me acelera la respiración, cuento las flores de la cortina, pero eso no basta para desviar mi atención. Sólo me apetece una cosa: arrancar y conducir hasta mi hogar. Volver a casa. Recuperar mis puntos de referencia.

—Que tenga un buen día, señora Moulineau.

—Gracias, lo mismo le deseo.

Cuelgo con mano temblorosa y me tiendo en la cama para tratar de serenarme. Breve inspiración. Larga espiración. Breve inspiración. Larga espiración. Ruido metálico debajo de la cama. Breve inspiración. Larga espiración. Mi ritmo cardíaco se apacigua. Ruido metálico debajo de la cama. Breve inspiración. Larga espiración. Sucesión de ruidos metálicos debajo de la cama. Sólo faltaría que tuviéramos una avería.

Me levanto, todavía con flojera en las piernas. Chloé se ha dormido con la cabeza sobre el libro. Lily dibuja. Acerco el oído a la cama para identificar la fuente del ruido metálico. Suena de nuevo. Levanto el colchón, una plancha con asidero revela un compartimento en el que no había reparado. Lo abro, y entonces llega el agujero negro.

LILY

8 de abril

Querido Marcel:

Estamos en un apuro, mi madre ha descubierto mi secreto. Y eso que tenía un buen escondite y Chloé era una cómplice bastante eficaz, pero da igual, todo se ha fastidiado. Además, a mi madre le ha entrado tanto miedo que se ha caído y se ha golpeado contra el borde de la cama; resultado, tiene el labio partido en dos como si Moisés hubiera pasado por aquí. Hemos ido al hospital de Copenhague y ahora lleva un apósito que volverá a pegarle la boca como si fuera masilla. Habría preferido que le pegaran el labio de arriba al de abajo, porque ni te cuento el interrogatorio que he sufrido.

He tenido que explicarle que era una rata doméstica, nada que ver con las que se encuentran en los contenedores de basura, que era muy limpia y no le haría ningún daño. Me ha preguntado cómo he podido mantenerla oculta tanto tiempo, le he confesado que la sacaba en cuanto ella volvía la espalda y que por la noche dormía con nosotras en la cama, pero eso no le ha hecho mucha gracia. Quería que me deshiciera de ella, pero he gritado que por encima de mis despojos, que ni hablar de que abandonase a *Mathias.* Ha puesto unos ojos como platos soperos, me ha preguntado si lo había entendido bien, si de verdad mi rata llevaba el nombre de mi padre, parecía impactada. Y sin embargo tiene su lógica. Siempre se ha dicho que las ratas abandonan el barco, ¿no?

Al cabo de un rato ha accedido a que conserve a *Mathias,* a condición de que no la saque en público y evite ponerla en su camino. Entonces he cogido a la rata y se la he tendido proponiéndole que la acariciase, pero ha chillado que no me expusiera a que cambiase de opinión.

Nos hemos librado por los pelos, Marcel, ¿a que sí? Me gustaba mucho tener un secreto, pero te confieso que de todos modos estoy contenta de haber podido sacar la jaula de *Mathias* de su escondite y poder liberarla más a menudo.

De paso hemos dado una vuelta por Copenhague, ha sido bonito, aunque llovía a cántaros de leche (por suerte, ha aclarado con frecuencia). Cuando sea mayor me gustaría mucho tener una casa de colores como las de aquí. A Chloé le apetecía ir a los jardines de Tivoli, a medio caballo entre un parque de atracciones y un parque a secas; a mi madre no le hacía mucha gracia porque costaba dinero, pero ha acabado por decir «oh, bueno, ¿qué más da?», y allá que hemos ido. También en la cabeza de mi madre hay alternancia de nubes y claros.

Es realmente una pena que no hayas podido verlo, Marcel, te habrías hecho pipí encima (y te habrías arrugado). Hemos subido a la noria, ha sido precioso, pero una vez arriba mi madre se ha puesto muy blanca, decía que estaba bien, pero saltaba a la vista que no era verdad. La prueba es que ha acabado tumbándose en el fondo de la barquilla, con las piernas en alto y respirando como si hiciera submarinismo. Después, en la montaña rusa, ha preferido quedarse en tierra para hacer fotos (han salido movidas).

Hemos andado mucho, a Chloé le dolían los pies, claro que se había puesto los zapatos de tacón. Hasta se había alisado el pelo, y luego rezongaba porque llovía. Los daneses cenan superpronto, a las seis se han llenado los restaurantes, eso ha hecho que nos entrase hambre, así que hemos comprado *smørrebrød* (una especie de tostadas de lo que quieras, yo he pedido una de queso y una de pescado) y hemos vuelto a la autocaravana. *Mathias* estaba contenta, estoy segura de que ha meneado el rabo. Aún estaba el grupo de franceses del otro día, pero no hemos cenado con ellos.

Mi madre se había dejado el móvil encima de la mesa, y parpadeaba. Ha dicho que mi padre había telefoneado, he hecho como que no la oía, pero Chloé ha querido llamarlo, así que me he metido en la ducha.

Tengo que dejarte, hay que apagar la luz.

Un beso grande, querido Marcel.

LILY

P. D. Tengo la ventana izquierda de la nariz taponada, de manera que me tumbo del lado derecho, así se destapa. Pero después es la derecha la que se tapona. Voy a dormir sentada.

Las crónicas de Chloé

Un breve mensaje para mis lectores antes de empezar. ¡Me hace feliz leer todos vuestros comentarios y constatar cuánto os gusta seguir mis aventuras! Aunque algunas palabras puedan resultar hirientes, me conmueve ver que sois muchos los que me entendéis, los que no me juzgáis. A los que desean fotos mías les adelanto que eso no sucederá. Varias personas me han reconocido gracias a los nombres, pero prefiero que este blog siga siendo mínimamente anónimo. Gracias por estar ahí. ♥

Papá llevaba tres semanas sin llamar. Me ha hecho ilusión hablar con él, aunque siempre esté un poco raro. Al principio tengo la impresión de que hay un extraño al otro extremo del hilo, y luego, poco a poco, vuelvo a acostumbrarme a su voz y podría charlar con él durante horas. Cada vez que colgamos, se me forma un nudo en la garganta. Lo echo de menos. Me gustaría verlo más a menudo, pero es complicado. Su piso es demasiado pequeño, se ve forzado a recibirnos en casa de la abuela, pero eso la fatiga demasiado. Confío en que algún día papá gane el suficiente dinero para disponer de un alojamiento al que podamos ir cuando queramos.

Como siempre, Lily no ha querido ponerse. Tiene un problema con él, dice que nos abandonó. Y eso que sabe muy bien que fue mamá quien lo echó. Él habría preferido seguir con nosotras. Y yo también.

—¿Cómo estás, cariño? —me ha preguntado.

Me gusta cuando me llama «cariño». Me entran ganas de responderle «papaíto querido», pero no me atrevo.

Le he contado nuestro periplo, omitiendo los motivos de nuestra partida, no hay necesidad de que me sermonee. Tenía miedo de que se enfadara, pero, por el contrario, parecía feliz, me ha hecho un montón de preguntas.

—¡Mamá ha tenido una idea genial! —ha exclamado—. No hay nada como los viajes para abrir la mente, eso os hará crecer.

Ha hecho una pausa y luego ha murmurado:

—Me habría gustado tanto ir con vosotras...

De nuevo se me ha formado un nudo en la garganta, pero no lo he dejado traslucir. He visto que mamá me observaba, llevaba diez minutos lavando el mismo vaso.

Intento dejar de guardarle rencor a mamá. Debía de tener sus razones para echarlo, tal vez ya

no lo amaba, quizá ya no era feliz con él. Pero vi a papá llorar, lo oí confiarme lo desgraciado que era. Nunca olvidaré la primera vez que fuimos a pasar un fin de semana a Marsella, hace seis años. Llevábamos meses sin verlo, ni siquiera habíamos podido despedirnos de él. Nos esperaba en el andén de la estación, no lo reconocí enseguida. Tenía la mirada apagada. Me abrazó tan fuerte que el corazón se me hizo diminuto. Notaba los espasmos de su dolor contra mi cuerpo. Detesté a mamá.

—Voy a dejarte, cariño, ¿me pasas a tu hermana?

—Está en la ducha, pero te envía un fuerte beso.

Cuando he cortado la comunicación, antes de devolverle el móvil a mamá, he mirado si tenía respuesta de Kevin.

No había ninguna.

ANNA

—Mamá, habrá que parar, tengo ganas de vomitar.

Lily acaba de articular esas palabras con voz apagada. Estamos en el Øresundsbron, el puente que une Dinamarca y Suecia, y sólo un estrecho arcén permite hacer una pausa. No es suficiente, vista la anchura de la autocaravana.

—Intenta aguantar, estacionaré al final del puente. Si no puedes, ¡ve al cuarto de baño!

No responde, se cubre la boca con ambas manos.

—Es el túnel lo que la ha puesto enferma —afirma Chloé.

Lily confirma asintiendo con la cabeza. Su hermana prosigue:

—Y además conduces muy raro, no paras de soltar el acelerador, eso produce sacudidas, revuelve el estómago.

Nuevo asentimiento de Lily.

Ofendida, mantengo el pie en el pedal hasta que volvemos a tierra firme. Cuando desaparece el quitamiedos, reduzco la velocidad y estaciono en el arcén. Lily abre la portezuela, salta al suelo y se aleja corriendo por la hierba. Cierro el contacto y la sigo.

Al cabo de unos minutos de respirar el aire fresco de Suecia, mi hija recupera la voz.

—Mamá, en la época en que te sacaste el carnet, ¿no había pedales?

Se encuentra mejor, está claro.

Volvemos a la autocaravana para dirigirnos a nuestra próxima etapa. Chloé sigue en el mismo sitio, con la mirada perdida en el vacío. Sin duda inquieta por la llamada de anoche de su padre.

Apenas hemos circulado quinientos metros cuando la autocaravana empieza a dar tirones. Las chicas se vuelven al unísono hacia mí.

—¡Eh, que no he soltado el pedal!

Pocos segundos más tarde, el motor vuelve a toser. Lily suelta una risita. Estoy a punto de dudar del buen funcionamiento de mi pie derecho cuando de pronto la autocaravana reduce la velocidad. Apenas tengo tiempo de apartarme al arcén antes de que se cale el motor.

—¿Qué pasa? —pregunta Lily.

—¿A ti qué te parece? —replica Chloé.

—¡Oye, que a ti nadie te ha dicho nada!

—No me hables así, pedazo de tarada.

—La tarada eres tú.

—No, eres tú.

—¡Te digo que tú!

—¡Eh, eh, chicas, ya vale! —intervengo mientras intento arrancar por tercera vez—. Aquí no hay ninguna tarada.

—Bueno, Lily no está muy en sus cabales —suelta Chloé.

—La que no está en sus cabales eres tú —replica Lily.

—¡No, eres tú!

Me vuelvo hacia las dos furias.

—Si no paráis de una vez, os hago bajar y me voy sin vosotras.

Chloé frunce el ceño y me espeta:

—¿Cómo?, ¿empujando la autocaravana?

Su hermana se parte de risa. Les hago caso omiso y procuro arrancar de nuevo.

El motor gira, pero no agarra. Estamos paradas, con el vehículo averiado, en una carretera de Suecia, sin el menor indicio de que haya una ciudad por las cercanías. Trato de controlar la respiración para mantener las ideas claras.

—¡Intenta llamar al abuelo! —propone Lily—. Tal vez sepa por qué ha dejado de funcionar.

Buena idea. Cojo el móvil y telefoneo a mi padre. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos.

¡Hola, éste es el contestador automático de Papuchi y Mamuchi! Deja tu mensaje y te llamaremos... ¡o no!

Las dos voces guardan silencio, me toca hablar a mí. Cuelgo. Durante unos minutos, entre dos nuevos intentos de arranque, pienso en la manera de salir del atolladero. Es a Chloé a quien se le ocurre la idea.

—¿No tienes el número de Julien?

—¿Julien?

—¡Sí, ya sabes, el organizador del grupo con el que nos hemos cruzado tres veces! No deben de andar muy lejos, los vimos ayer. ¿No tienes su contacto?

—Sí, me lo dio, pero es delicado tener que llamarlo para que venga a sacarnos del apuro.

—¿Qué prefieres?, ¿que nos quedemos aquí toda la vida y acabemos devoradas por osos suecos? —exclama Lily—. ¿Es eso lo que quieres?

Si no me sintiera tan estresada, me echaría a reír. Busco su nombre entre mis contactos telefónicos y lanzo la llamada. Julien responde enseguida. Se encuentra en Malmö, a menos de treinta minutos. Resuelve un problema de emplazamiento y viene, ¡prometido!

Una hora más tarde, una autocaravana estaciona detrás de la nuestra. Un hombre se apea de ella y se dirige hacia nosotras.

—Habrá que hacerle ver que las camisas de leñador están pasadas de moda —suelta Chloé.

—Tú sí que estás pasada de moda —replica Lily.

—Chicas, no quiero volver a oíros —digo abriendo la portezuela en el momento en que

Julien llega a mi altura.

Me tiende la mano.

—Habéis hecho bien en llamarme, ¡soy el hombre que susurra a las autocaravanas!

El suspiro de Chloé escapa por la portezuela abierta. Julien sube y se instala al volante tras dirigirles un saludo. Pocos segundos más tarde ha encontrado el origen de la avería.

No me atrevo a mirar a las chicas. A decir verdad, no me atrevo a mirar nada, aparte de mis zapatos. Lo cierto es que he oído un «bip» al arrancar hace un rato, pero en ningún momento he pensado que me alertaba del bajo nivel del depósito. Estaba convencida de que una vez lleno duraría más tiempo.

De vuelta de la estación de servicio provisto de un bidón de gasolina, Julien da de beber a la autocaravana, que recupera la forma. Las chicas le aplauden cuando el motor empieza a rugir.

—Muchas gracias —digo—. No sé cómo nos las habríamos arreglado sin ti.

Él desdeña el cumplido con una sonrisa incómoda.

—¿Sigues sin querer hacer el recorrido con nosotros? —pregunta—. Viajar juntos evita precisamente este tipo de contrariedades.

—Es muy amable por tu parte, pero el objetivo de este viaje en coche es reencontrarnos las tres. ¡Sin duda tendremos ocasión de volver a cruzarnos!

—Como quieras —dice encogiéndose de hombros—. La primera vez también yo insistí en hacer este viaje a solas con mi hijo, pero no lamento haber buscado a compañeros de ruta en internet. Precisamente, para mantener ese talante solitario, sólo nos reunimos por la noche; yo me ocupo de reservar los emplazamientos y los demás sólo tienen que instalarse a medida que van llegando. Durante el día cada cual va a su aire. Podemos compartir la cena e intercambiar experiencias, resulta muy enriquecedor, pero tampoco hay ninguna obligación. Además, me sentiría más tranquilo si sé que no estáis solas.

—¡También yo tendría menos miedo! —interviene Lily, que ha escuchado atentamente su explicación—. Entre las averías, el robo y tus angustias, no es que esté supertranquila, precisamente.

—La verdad sale de la boca de los niños —sentencia Julien sonriendo.

Empiezo a preguntarme si no será buena idea aceptar, cuando de pronto desenfunda su contundente argumento.

—Además, una vez por semana celebramos una noche temática. Esta vez habrá karaoke en mi autocaravana, tengo una instalación por todo lo alto, me encanta, ¡sobre todo Johnny Hallyday!

Chloé abre unos ojos como platos.

—Bien, mejor seguimos por nuestra cuenta —farfulla Lily.

Vuelvo a darle las gracias calurosamente por habernos sacado del atolladero, cierro la portezuela y me reincorporo a la carretera tratando de dejar cerradas las puertas de la Casa del Sol Naciente.

Lily

12 de abril

Querido Marcel:

Perdona que no te pregunte cómo estás, pero tengo que contarte lo que está pasando en este mismo momento, así comprenderás que existen prioridades.

Atención, ¿estás bien sentado?

¿Seguro?

Vale.

Mi madre está gritando por un micro que tiene ganas de quedarse sin voz.

Me apetece mucho denunciarla a alguien, pero para empezar no sé a quién, y además no sé hablar el Ikea. De manera que dejo que mis tímpanos mueran cocidos a fuego lento.

Espera, te explico cómo ha ocurrido.

Todo empezó la noche anterior, eran las tres y me despertó un martillo neumático. De hecho, era mi madre, que roncaba, así que hice lo que había leído un día en un *Tío Gilito*, me puse a silbar, pero no funcionó, tal vez porque no sé silbar. Intenté lanzar gritos muy agudos, al menos era algo parecido, pero me detuve en seco cuando Chloé me atizó una patada en la espinilla.

Era preciso que mi madre acabara con semejante estruendo, aquello no era posible, y entonces me vino a la cabeza otro truco que había leído en *Tío Gilito*: sumergirle el meñique en un vaso de agua. La verdad es que no está pensado para detener los ronquidos, pero al parecer provoca que te hagas pipí en la cama. Si se mojaba, eso la despertaría y dejaría de roncar. Elemental, Whitney Houston. Me levanté, vertí un poco de agua en un vaso y agarré la mano de mi madre en busca del meñique, pero no tuve tiempo de encontrarlo, porque se sobresaltó y le volqué el vaso encima.

Después de eso ya no podía dormir, pero tampoco es que estuviera en su mejor forma. Respiraba deprisa, transpiraba, le pregunté qué le pasaba, dijo que todo iba bien, pero no acababa de creerla porque lo dijo castañeteando los dientes. Chloé le propuso que se pasara a nuestra cama y se acostó entre las dos; mi hermana la rodeó con el brazo y le frotó el hombro, así que yo hice lo mismo por el otro lado. No sé si se durmieron, pero ya nadie roncaba.

Esta mañana, durante el desayuno, Chloé y yo le hemos dicho a mi madre que queríamos unirnos al grupo de Julien para las próximas etapas. Es más prudente, aunque haya que soportar a muchas personas. No es que no me guste la gente, pero podría pasar sin ella, un poco como de los nabos en el cocido. Nos ha preguntado si estábamos seguras, ella prefería que siguiéramos las tres solas, arreglándonoslas para no estar nunca lejos de ellos, pero no es lo mismo. Ha acabado por reconocer que sería lo mejor, que nos sentiríamos más seguras en caso de robo, avería, ataque de rata o vaso de agua.

Total, que hoy, tras haber visitado la ciudad de Kalmar (es un timo, no tienen calamares; es lo mismo que si

no encontraras barritas Lion en Lyon), nos hemos unido a los otros viajeros en una especie de aparcamiento junto al mar, frente a una isla que visitaremos mañana.

No he retenido todos los nombres, pero hay cuatro autocaravanas:

1. Julien, el organizador, y su hijo Noé, que tiene trece años.
2. Unos padres con sus dos hijos, un niño (pequeño) y una niña (mayor).
3. Una pareja con un perro *(Jean-Léon)*.
4. Dos abueletes (Diego y no sé qué).

Por suerte, no estamos obligados a pasar todo el tiempo juntos, pero esta noche hemos cenado con ellos para «celebrar nuestra llegada». Han plantado fuera todas las mesas plegables y las han pegado para formar una grande. Yo me he sentado al lado de Noé; al menos estaba segura de que no se limitaría a hablar. No sé lo que han bebido los adultos, pero ahora, en el momento en que te escribo, Diego (el abuelito) canta *Allumer le feu*, «Encender el fuego». Sólo tengo un deseo: que alguien lo obedezca.

Hala, te dejo, voy a tratar de encontrar algo que ponerme en los oídos para dormir en silencio. Creo que he visto tampones en la bolsa de aseo de mi madre.

Besos, Marcel.

LILY

P. D. A veces me gustaría mucho ser como tú (no plana) (sin oídos).

Las crónicas de Chloé

Mientras circulábamos por la isla de Öland, gasté un minuto de los treinta de que dispongo diariamente para comprobar si Kevin me había contestado. Seguía sin haber nada. Sólo mensajes de Inès, contándome los chismes del instituto.

No obstante, había visto mi mensaje cuatro minutos después de que lo enviara. Lo releí varias veces para tratar de identificar lo que había podido molestarlo.

Hola, Kevin, ¡me hace tan feliz leerte! Me he ido de viaje, no sé exactamente cuándo vuelvo, pero me encantaría que nos escribiéramos todos los días, ¡como amigos epistolares! ¿De qué querías hablarme? Muchos besos.

No entiendo nada. No tengo la impresión de haberme mostrado demasiado lanzada, hasta suprimí el emoticono del corazón antes de enviar. Sin duda no habrá tenido tiempo. Que no es precisamente lo que falta aquí.

Los días se extienden despacio, tengo la sensación de que mamá, Lily y yo hemos agotado todos los temas de conversación. El silencio es el cuarto pasajero de la autocaravana. Mamá hace esfuerzos por fomentar el diálogo, pero no tiene éxito. Lily siempre mea fuera del tiesto y yo no tengo gran cosa que decir. Es curioso, durante mucho tiempo confié en que algún día mamá dejase de trabajar tanto, como antes de que papá se fuera, que podríamos pasar más tiempo juntas, y ahora que ha ocurrido, no es en absoluto como lo imaginaba. Tal vez las cosas lleguen a cambiar. Puede que, al igual que conviene volver a estudiar una lengua extranjera cuando no se practica desde hace tiempo, las tres tengamos que aprender de nuevo.

—¡Hemos llegado!

Mamá echó el freno de mano. Acabábamos de cruzar parte de la isla en dirección a su extremo sur por una estrecha cinta de asfalto bordeada, a la izquierda, de vacas, ovejas, molinos, piedras y cabañas rojas plantadas en la hierba, y a la derecha, del mar, que los reflejos del sol volvían casi plateado.

Nos apeamos del vehículo, delante de nosotras se erguía el faro Långe Jan. Solo frente a los elementos, resultaba imponente.

Mamá se dirigió hacia él y la seguimos. Lily, que había obtenido permiso para sacar a su rata, señaló a lo alto de la torre.

—¿Vamos a subir?

—No está previsto —dijo mamá meneando la cabeza.

—¡Qué pena, a *Mathias* y a mí nos habría gustado!

Mamá levantó la cabeza hacia el remate, no necesitó hablar para que comprendiera que estaba calculando el número de escalones. Entonces dijo que de acuerdo.

A la entrada del faro, una mujer nos explicó que estábamos en una reserva ornitológica, que numerosas variedades de aves resultaban visibles con prismáticos, y nos prestó unos.

Mamá nos hizo pasar delante y emprendimos la ascensión. Llegamos cinco minutos antes que ella. Creo que por primera vez en su vida le habría gustado estar en el lugar de una rata.

El esfuerzo valía la pena. El viento frío con aroma yodado me azotaba el rostro, a mi alrededor el azul se diluía en el verde, todo tenía un aspecto de fin del mundo, olía a aventura. Nos quedamos un rato, recorriendo el mirador para no perdernos ningún ángulo de visión, arrebujadas en nuestros abrigos. Nos íbamos pasando los prismáticos para ver las aves; había cisnes, gaviotas y un sinfín de pequeñas especies cuyo nombre ignoraba. Teníamos el faro para nosotras solas. Allí arriba no necesitaba ser mayor de edad para sentirme libre.

Nos disponíamos a bajar, cuando de pronto Lily gritó. Apuntó con el índice en dirección al mar.

—¡Mirad! ¡La roca! ¡Se mueve!

En el agua se veía un grupo de grandes piedras grises sumergidas, idénticas a aquellas con las que uno se cruzaba por doquier en la isla. Instintivamente, mi madre posó la mano en la frente de Lily para tomarle la temperatura, pero mi hermana no se calmaba.

—Pásame los prismáticos, ¡te digo que la he visto moverse!

Se los tendí y, tras ajustar el enfoque, empezó a dar saltitos.

—¡Oh, por Dios, son focas! ¡SON FOCAS!

No intenté agarrarle los prismáticos para comprobarlo, me habría mordido. Saqué la cámara fotográfica y ajusté el *zoom* al máximo. Mi hermana tenía razón. Aplatanadas sobre unas rocas sumergidas, un grupo de focas descansaban al sol. Resultaba mágico.

Bajamos corriendo los peldaños con la intención de acercarnos a ellas, pero la guardiana nos lo desaconsejó. Eso podía asustarlas. De manera que las observamos desde lejos antes de regresar a la autocaravana tomándonos nuestro tiempo, como para aplazar el regreso a la realidad.

Era curioso, nos encontrábamos como en estado de shock. Mamá no arrancó enseguida. Hasta Lily guardaba silencio. Sin embargo, aquel silencio era diferente. Nos unía.

Acababa de dejarnos K.O. la belleza del mundo.

ANNA

Después de tres veladas pasadas con los campistas de las autocaravanas, pregunté a Lily y Chloé si deseaban que continuásemos con ellos o que siguiéramos la ruta solas. Con ruidosa unanimidad, votaron por la primera opción.

No era lo que tenía previsto. Imaginaba aquel viaje como una especie de periplo a puerta cerrada que habría vuelto a conectarnos, un espacio reducido que no nos habría dejado otra opción que vivir juntas. Conocernos mejor, pasar tiempo las unas con las otras, aprender a confiar de nuevo en las demás. Estaba convencida de que era eso lo que necesitaban. Sin embargo, tal vez hubiera sobrestimado mis fuerzas.

En casa me faltaba tiempo pero sabía encontrar soluciones. Aquí ocurre al revés.

La ocupación permanente me impedía pensar. Todos los días encadenaba las tareas, la limpieza, las compras, los papeles, trabajar, cambiar una bombilla, preparar la comida, poner el lavavajillas, dejar una nota a mis hijas para que vaciaran el lavavajillas, dejar una nota a mis hijas para decirles que habían olvidado vaciar el lavavajillas, vaciar el lavavajillas... Todas las noches me derrumbaba en la cama y me dormía como si me hubieran noqueado.

Aquí me dedico a reflexionar. Analizo. Hago balance. A veces no pienso en nada. Una mente en reposo es el blanco favorito para una crisis de angustia.

—¿Y si iniciara un pequeño ataque de pánico? —propone mi cerebro emocional.

—No hay ningún motivo —replica mi cerebro razonable.

—Precisamente, ¡ése es el motivo ideal!

—No, gracias, ni hablar del peluquín.

—¡Que sí, mujer! Hace mucho que no te pongo a prueba, acabarás por creerte segura. Mira, te envío un pequeño ejército de hormigas a los dedos.

—No, de verdad, puedo pasar sin eso.

—Demasiado tarde. ¡Aumento del ritmo cardíaco en tu cara!

—Para o...

—¿O qué? No estás a la altura, lo sabes muy bien. Hala, te envío unos sofocos y activo los temblores. ¿Aguantarás?

—...

—Cerebro razonable, ¿no contestas?

—...

—*Vale. Se ha largado. He vuelto a ganar.*

La verdad es que no me da miedo tener una avería ni sufrir un robo. Lo que temo es que me sobrevenga un ataque de pánico y no conseguir gestionarlo. Me asusta perder el conocimiento y que mis hijas se encuentren solas. Me aterroriza la idea de sufrir esos terribles síntomas. Los síntomas del miedo. De hecho, me da miedo tener miedo. Tengo miedo de mí misma.

Me había planteado que podíamos seguir el itinerario del grupo sin pegarnos por completo a ellos. No alejarnos nunca demasiado, pero tampoco viajar con ellos. De vez en cuando pasar la noche en común, pero la mayoría por separado. No obstante, quizá rodearse de otras personas constituya la solución para sentirse más seguro.

Después de tres veladas juntos, empecé a descubrir a los otros campistas de las autocaravanas. Nos reunimos por la noche, a la hora que nos da la gana. Julien ha reservado el lugar, sólo nos resta instalarnos. Nos cruzamos, pegamos la hebra mientras vaciamos las aguas residuales, compartimos el aperitivo o la cena si nos apetece.

Está Julien, el instigador del grupo, que viaja con su hijo de trece años, Noé, un chico de dulce semblante que no habla pero puede pasarse horas observando su peonza luminosa. Aunque logró convencerme para participar en el karaoke, cuento con encontrar una excusa sólida para evitar la próxima noche temática: pantomimas e imitaciones.

Están Marine y Greg, los recién casados de Biarritz, y su perro *Jean-Léon.* Todos los días tratan de encontrar una tarjeta postal del lugar visitado para enviarla a los que viven en la residencia de ancianos donde trabajan. Creo que me entenderé bien con ellos.

Están Diego y Edgar, dos octogenarios auverneses. Inicialmente debían efectuar el viaje con sus esposas, Madeleine y Rosa, pero ambas fallecieron con dos semanas de intervalo el mes pasado. No abren mucho la boca, pero cada vez que lo hacen es para hablar de ellas.

Están Françoise y François, y sus hijos, Louise y Louis, de diecisiete y nueve años, respectivamente. La esposa es abogada, él «se dedica a los negocios», llevan a cabo este viaje por carretera porque sus hijos se han acostumbrado demasiado a su estilo de vida lujoso. Confían en que lo que denominan «choque de culturas» vuelva a plantarles los pies en el suelo. Para ayudarlos a conseguirlo, han optado por un pequeño vehículo de rudimentaria comodidad.

La luz de la autocaravana de Julien está encendida. Llamo a la puerta, me abre con una servilleta de cuadros anudada alrededor del cuello.

—Noé y yo siempre tomamos un chocolate a la taza antes de irnos a dormir. ¿Va todo bien?

—¡Sí, sí, todo bien! Sólo vengo a decirte que continuaremos con vosotros el resto del viaje, si sigues estando de acuerdo.

Sin darme tiempo a reaccionar, salta al suelo y me estrecha entre sus brazos dándome unos golpecitos en el hombro.

—¡Estoy realmente contento! Has tomado la mejor decisión.

Vuelvo a mi autocaravana tratando de convencerme de que estoy tan segura de ello como él. Las chicas no me oyen entrar.

—Nunca creí que algún día diría esto —murmura Lily—, pero hasta echo de menos el colegio.

—Estoy harta de vivir en este minúsculo cacharro —añade Chloé—. Ha estado bien, ha sido agradable, hemos visto paisajes bonitos, ¡ahora ya podemos volver!

—¿Crees que habría que decírselo?

—No, la ofenderíamos.

—Entonces ¿qué hacemos?

Chloé reflexiona unos segundos.

—Basta con conseguir que lamente su idea y le entren ganas de volver —responde.

—¡Eso, eso! —exclama Lily con voz excitada—. ¡Hagámosle insoportable el viaje!

Salgo con absoluto sigilo, me tomo un momento para asimilar lo que acabo de oír y luego abro la puerta ruidosamente para reunirme con mis adorables hijas.

LILY

18 de abril

Hej, Marcel!

Jag heter Lily, jag är 12 ar gammal.

(Como no pareces hablar sueco, eso significa: «Hola, Marcel, me llamo Lily y tengo doce años».)

Espero que estés bien y que no tengas demasiado frío. Tengo algo que contarte, pero me da mucho miedo que mi madre te encuentre y consiga hacerte hablar, así que voy a hacerte una charada.

Mi primera es el verbo «ir» conjugado en presente, tercera persona del singular.

Mi segunda es la inicial de «mío».

Mi tercera es la hembra del oso.

Mi cuarta es la bolsa grande con la que se recoge el contenido de un buzón de correos.

Mi quinta es una borla sin la «bo».

Mi sexta es la primera mitad de «dedo».

Mi séptima es el adjetivo posesivo de tercera persona en plural.

Mi octava es la tercera letra del abecedario seguida de la primera.

Mi novena es el plural de lo que usamos para sentarnos.

Mi total es lo que Chloé y yo vamos a hacerle a mi madre.

¿Qué?, ¿lo has encontrado?

Hazme una señal si tienes alguna idea.

Pffff, no eres lo que se dice un lince.

Vale, te diré la respuesta, pero si algún día alguien da contigo (y no soy yo), le saltas a la cara cerrándote de golpe y después sales volando, ¿OK?

Bien, pues la respuesta es: «Vamos a sacarla de sus casillas».

Haremos todo lo posible para que mi madre quiera volver a casa.

Chloé y yo lo hemos hablado, es cierto que hemos pasado buenos momentos aquí, pero el camping está bien para un ratito. Si me hubieran avisado cuando nací, me habría vuelto para dentro. Quiero recuperar mi habitación, mi cama, mis *Tío Gilito*, mis piedras y mis minerales, quiero poder estar sola y bailar como me dé la gana sin que Chloé se burle de mí. También ella tiene ganas de volver, para una vez que estamos de acuerdo, nos hemos dicho que había que aprovechar.

Así, esta tarde hemos hecho un primer intento, y no nos hemos andado con chiquitas pequeñitas. Estábamos visitando una ciudad medieval, Vadstena, a orillas del lago Vättern. La verdad es que era bonita, pero todas las cosas bonitas se parecen: vista una, vistas todas.

En un momento dado, mi madre quería que diéramos la vuelta al castillo, Chloé me ha indicado por señas que había llegado el momento y luego ha dicho que le gustaría hacer una pausa. Estábamos al pie de una torre,

he esperado a que mi madre no mirase, me he sacado a *Mathias* de debajo del abrigo y la he puesto a sus pies, confiando en que no se escapara. En un primer momento no la ha visto. Cabe decir que no paraba de hablar, que si los fosos por aquí, que si las murallas por allá... Se ha equivocado de vocación, tendría que haber hecho Wikipedia. Mi ratita ha comprendido lo que se esperaba de ella, ha trepado a los vaqueros de mi madre y ha empezado a subir a lo largo de su pierna. A la fuerza ha aprendido a tolerar su presencia a pocos metros de ella, pero nunca la ha tocado, y grita cada vez que se la cruza. He visto cómo sus ojos se agrandaban de terror (los de mi madre, no los de *Mathias*), se ha crispado, sobre todo cuando su largo rabo (el de *Mathias*, no el de mi madre) se le ha enrollado en torno a la pantorrilla. Chloé me ha lanzado una miradita satisfecha, yo he contenido la respiración, me daba miedo que marcase un penalti con mi rata. Pues bien, Marcel, no me creas si no quieres, pero no sólo no ha gritado, sino que además me ha sonreído y ha dicho que *Mathias* era realmente muy cariñosa. Creo que se encontraba en estado de shock.

Estamos hartas, pero no pensamos dejarlo correr, no vamos a perdernos el pistoletazo de salida. Pasaremos a una velocidad superior.

Hala, te dejo, esta noche tenemos velada «Pantomimas e imitaciones», mi madre ha dicho que no podíamos ser las únicas que no acudiéramos. Por suerte, está Noé. Ayer le enseñé cómo se podía hacer música con un vaso, pareció alucinar.

Besos, Marcel.

LILY

P. D. No paro de comer *Kanelbullar*, son como pequeños brioches de canela. Se me va a poner la barriga más grande que los ojos.

Las crónicas de Chloé

Esta mañana me he despertado la primera. He salido sin hacer ruido, necesitaba tomar el aire y estar a solas conmigo misma. Ayer llegamos a Estocolmo, donde pasaremos tres días. Mamá no ha renunciado.

Louise, la hija de los pijos, estaba haciendo sus posturas de yoga. Me ha saludado calurosamente, yo le he respondido a regañadientes. Salta a la vista que trata de intimar conmigo, aprovecha la menor ocasión para acercarse a hablarme, pero no tengo nada que decirle. Lo único que tenemos en común es la edad. Lleva vestidos de lana con pantis a juego, sonríe a todo aquel con quien se cruza, probablemente incluso a los que constan de un tronco y ramas, habla con una voz tan suave como una alfombra y, sobre todo, estornuda en silencio.

He dado unos pasos para alejarme de su vista y me he topado con los abueletes, que estaban desayunando al sol. Edgar me ha propuesto unirme a ellos, y he aceptado. Diego ha ido en busca de una silla y he tomado asiento. El café estaba asqueroso, como todos los que he probado hasta ahora. Espero de verdad tomarle el gusto algún día, así como al cigarrillo. Entretanto, le echo dos terrones de azúcar y fumo sin tragarme el humo.

Los abueletes no son muy parlanchines, pero sabía qué tema de conversación abordar para que no pareciese que sólo me interesaba su cafetera.

—¿Cómo se llamaban sus mujeres?

Diego ha suspirado, con la mirada perdida en el vacío.

—La mía, Madeleine. Soñaba con visitar Estocolmo.

Edgar se ha levantado agarrándose a la mesa y se ha dirigido con dificultad al interior de la autocaravana. Ha salido pocos segundos más tarde, con una foto enmarcada en la mano.

—A la izquierda, Madeleine; a la derecha, mi Rosa —ha dicho tendiéndomela—. Eran muy amigas.

En la imagen, dos mujeres de cabello plateado reían a carcajadas agarradas del brazo, al parecer, a la orilla de un lago.

—Están con nosotros cada momento del día. Este viaje lo hacemos por ellas. Luego ya podremos reunirnos todos.

Diego ha asentido.

—Toda mi vida he tenido un miedo fóbico a la muerte. No es que haya dejado de sentirlo,

pero ahora, vivir sin mi esposa me asusta todavía más que morir.

Edgar se ha sonado ruidosamente. Me he tomado el café de un trago y me he levantado dándoles las gracias. Siempre he preferido estar sola para llorar.

La mayoría de las chicas de mi edad encadenan los amoríos sin encariñarse realmente. Nada de compromiso, y menos aún sentimientos. Yo no busco el amor, busco al hombre de mi vida. Quiero que ocupe todos mis pensamientos, quiero sentirme incompleta cuando esté lejos, que me comprenda sin necesidad de hablarle, quiero saberlo todo de él y que eso me tranquilice, quiero sentir un cosquilleo en el estómago cuando lo mire, quiero que su voz me haga estremecer, ser feliz sólo cuando él esté ahí. Quiero amar como Edgar y Diego aman a sus esposas. Quiero ser amada como mamá lo es por papá.

Al volver a la autocaravana me he cruzado con mamá y Lily. Iban a informarse sobre el alquiler de bicicletas. El móvil estaba en el vaciabolsillos, lo he cogido y me he sentado en la cama. Kevin seguía sin responder, pero estaba en línea. He tecleado las palabras y he enviado el mensaje antes de arrepentirme.

Hola, Kevin, sólo quería decirte que pienso en ti. Te echo de menos. Besos, Chloé.

De inmediato ha aparecido la respuesta. El corazón me iba como un yoyó.

Hla, ¿hast k punto pnsas en mí?
Mucho.
Demuéstralo.

Me preguntaba qué esperaba de mí, cuando de pronto ha añadido los subtítulos:

Echo de menos tus tetas, envía 1 foto.

La cuerda del yoyó se ha roto. No era exactamente lo que esperaba, pero puede que para Kevin el amor se manifieste en otra parte que no es el corazón.

He mirado a mi alrededor, en principio nadie podía verme. He sacado los brazos de las mangas y me he desabrochado el sujetador. Con una mano me he levantado la camiseta y el jersey, con la otra he dirigido el objetivo del móvil a mi pecho. Me preguntaba si era mejor hacerla en picado o en contrapicado, cuando de pronto la puerta se ha abierto. Era mamá. He soltado el móvil, pero no el jersey.

—¿Qué estás haciendo? —ha preguntado.

No he respondido, consideraba que la escena era lo bastante explícita. Pero ella ha insistido:

—¿Te estás haciendo una foto de los senos? ¡Contesta, Chloé! ¿Por qué lo haces?

He notado que se me retorcían las tripas. Con los senos al aire encima de una cama que ni siquiera era cómoda, dispuesta a cambiar mi desnudez por unos gramos de amor, me he visto como alguien lamentable en los ojos de mi madre. Me sentía avergonzada. Furiosa conmigo

misma. De manera que la he tomado con ella.

—¡Déjame en paz! —he rugido—. ¡Déjame tranquila, sal de aquí! ¿No ves que me asfixias con tus críticas y tus órdenes?

—Chloé, para ahora mism...

—¿Que pare qué, eh? ¿Deja de enseñar los senos, deja de entregar el culo? Pero, mamá, ¿te has preguntado por qué lo hago? ¿Te has preguntado si no serás un poco responsable de ello? Tal vez si no hubieras dejado a papá, no habríamos llegado a esto...

No se ha inmutado. Yo quería parar, pero estaba lanzada. Tenía que hacerle daño. Apunté. Amartillé. Disparé.

—Y tal vez si hubieras tenido madre, hoy tú serías una mejor.

ANNA

Tengo madre. Se llama Brigitte. Hablo con ella a menudo. Le pido consejo, es la primera a quien cuento lo que me pasa, le escribo un poema todos los años, para su santo.

Murió un viernes. Las mimosas estaban en flor, acababa de birlar unas ramas en casa del señor Blanchard, el vecino. Subí el camino hasta casa oliendo el aroma de los pompones amarillos, estaba impaciente porque perfumasen el salón. Eran sus flores favoritas.

La encontré tendida en el suelo, en la cocina, delante del horno, donde cocía un gratinado.

Traté de levantarla, la sacudí, le di unos cachetes en las mejillas, grité, supliqué, lloré. Una mamá siempre despierta cuando su hijo llora.

«Mamá, mira, te he traído mimosa. Mamá, por favor... He recitado mi poesía, el maestro ha dicho que estaba muy bien, me ha regalado una bonita estampa. ¡Mira mi estampa, mamá! Y luego he visto una bandada de grullas, ven, vamos fuera, mamá, seguro que veremos alguna. Mamá... Te lo suplico, mamá...»

Quería ir en busca de ayuda, pero no podía dejarla sola.

Apoyé las manos en su pecho y apreté. Lo había visto hacer una vez en la tele, y el señor se había despertado. Apreté largo rato, hasta que mis brazos se quedaron sin fuerzas. Entonces comprendí. Fui en busca de la manta del sofá, me tumbé a su lado, con el rostro hundido en su cuello, la eché por encima de las dos y tarareé las canciones que me susurraba todas las noches.

Aún seguía cantando cuando mi padre volvió del trabajo. Fue él quien me lo contó. Era de noche, el gratinado se había quemado. Sólo recuerdo los pompones de mimosa, desperdigados por el frío embaldosado de la cocina.

Tenía ocho años y era hija única. Mi padre tenía treinta y era progenitor único. Mi abuela tenía cincuenta y cuatro y ya no tenía hija. Trenzamos nuestro dolor para formar uno solo, enorme, devastador, insuperable. Sin duda creímos que entre tres sería menos pesado de sobrellevar. Fue al revés. La pena de aquellos a quienes se ama decuplica la propia.

Crecí con la impaciencia de ser madre.

Ya desde su primer grito, mi vida no tuvo sino un único objeto: hacer felices a mis hijas.

Su padre me reprochaba a menudo que les concediese un espacio excesivo en mi vida. Tenía razón, incluso se quedaba corto respecto de la realidad: les concedo TODO el espacio. Cada uno de mis actos viene dictado por el deseo de ver cómo se les ilumina el semblante con una sonrisa. No supone ningún sacrificio, en realidad se trata casi de egoísmo: hacerlas felices me hace feliz.

Adoré los años de la primera infancia, durante los cuales cada una lo era todo para las demás. Chloé, mi dulzura de niña, que sólo se dormía pegada a mi cuerpo, que me dedicaba todos sus dibujos y me juraba que jamás me abandonaría. Lily, mi pequeña payasa, que me birlaba las faldas para usarlas como capas, que me exigía cuentos de los que dan miedo, «*po favó*, mamá querida, que amo y adoro». Verlas crecer fue mi más hermoso espectáculo.

Tengo un armario repleto de objetos de los que no he podido desprenderme. Su primer pijama, su primer chupete, todos sus dibujos, incluso los que no representan nada, las «piedras suavecitas» que Lily me traía todas las tardes del colegio, la escayola de Chloé, su peluche favorito, sus dientes de leche, sus primeros zapatos, el móvil que les cantaba canciones hasta que se dormían, «Duérmete, niño, duérmete ya...», y tantos otros recuerdos. Rara vez lo abro, porque me invade la nostalgia. Me habían advertido que el tiempo volaba. No imaginaba hasta qué punto.

Tengo la impresión de que todos vamos a bordo de un autobús que avanza inexorable hacia una dirección común. En él nos cruzamos, nos perdemos y a veces hasta nos acompañamos. Algunos se apean antes del final de línea. No es posible frenarlo, ni detenerlo unos instantes, sólo cabe intentar sentirse lo mejor posible durante el trayecto.

Cuando subí a bordo de ese autobús, hace treinta y siete años, compartía asiento con dos personas, mis padres. Hasta que mi madre se bajó. Continué sola, con mi padre y mi abuela siempre cerca. Mathias se sentó a mi lado, me aferré a él. Y luego Chloé. Y después Lily.

Desde entonces, el viaje tiene sentido. Pese a las sacudidas y los accidentes, me siento bien en este vehículo. Sé por qué voy en él. Pero ya intuyo la intersección. Se acerca cada vez más deprisa. Chloé cambiará de asiento. Lily también, algún día. Me alegraré por ellas, pero lloraré por mí. El paisaje perderá parte de su esplendor, el asiento no resultará tan cómodo. El viaje carecerá de interés. Observaré desfilar mi vida a través de la ventanilla.

No me considero una buena madre. Mis hijas no van bien, he cometido errores. Cada vez que he tomado una decisión, que he tenido una reacción, me preguntaba si eran las adecuadas. Toda acción, hasta la más insignificante en apariencia, tiene repercusiones. Los padres somos unos funámbulos. Caminamos sobre una cuerda floja tendida entre lo excesivo y lo no suficiente, con un paquete frágil en las manos.

Hay que mostrarse solícito, pero no dejar que nuestro hijo crea que es el centro del mundo; hay que darle gusto sin que se vuelva apático; hay que equilibrar su alimentación sin privarlo de nada; hay que darle confianza pero que siga siendo humilde; hay que enseñarle a ser amable, pero que no se deje manipular; hay que explicarle las cosas pero no justificarse; debe hacer ejercicio, pero también descansar; debe aprender a amar a los animales, pero también a desconfiar de ellos; hay que jugar con él y permitir que se aburra; hay que enseñarle autonomía sin dejar de estar presente; hay que ser tolerante pero no laxo; hay que mostrarse firme pero no

duro; hay que pedirle su opinión, pero no dejarlo decidir sobre todo; hay que decirle la verdad sin afectar a su inocencia; hay que amarlo sin asfixiarlo; hay que protegerlo pero no encerrarlo; hay que sujetarle la mano y al mismo tiempo permitir que se aleje.

Me pareció que este viaje era una solución. En los últimos años he tenido que trabajar más para asumir las diversas cargas familiares. Me dije que mi ausencia era la causa del malestar de mis hijas, creí que estar juntas bastaría para sellar las fisuras. Pero ya no tienen tres años. Mis mimos ya no bastan para curar sus males.

Puede que Chloé tenga razón. Tal vez no debería haberles arrebatado a su padre. Es posible que, de haber tenido a mi madre a su edad, de haber podido tomarla como modelo, hubiera cometido menos errores.

Entro en la autocaravana y cierro la puerta a mi espalda. Me acerco a Chloé sin reflexionar, sin saber si voy a ponerme a gritar o trataré de hablarlo. Levanta el rostro hacia mí, está deformado por la cólera. Es una mujer lo que tengo delante, una mujer que me provoca y me detesta. Sin embargo, en el fondo de sus ojos, en ese azul casi negro que le legó su padre, veo a mi hijita, que me pide ayuda.

Lily

21 de abril

Querido Marcel:

¡Aquí las cosas no van bien, te lo digo yo!

En primer lugar, ha habido una bronca de campeonato. He oído gritar, era la voz de Chloé, luego he entrado en la autocaravana, estaba en brazos de mi madre, no dejaba de repetir «perdón, perdón», y las dos lloraban. Parecía una comedia musical sin la música. He preguntado si alguien había pelado cebollas, pero no han respondido. Francamente, Marcel, no entiendo de qué sirve llorar, sobre todo cuando es sabido que en el planeta hay escasez de agua, es un despilfarro.

Después se ha producido el drama. Todavía tengo la carne de ballena. Estábamos en Skansen, que es un museo viviente, como una ciudad detenida en el tiempo. Había gente con traje de época, hemos visitado una mercería, una imprenta, una vieja escuela y hasta hemos visto a un soplador de vidrio, era como estar antaño o en el pasado. Me ha gustado mucho, hasta que mi madre se ha dado cuenta de que no dejaba de rascarme la cabeza. Ha querido mirar, me he negado, pero no me ha dejado opción; según parece, sólo soy inquilina de mi cuerpo, la propietaria es ella.

Cuando ha visto los piojos, ha dado un salto atrás gritando que aquello era una invasión, que había que buscar una farmacia para erradicarlos. He dicho que antes habría que erradicarme a mí, que a mis piojos ni tocarlos: si habían elegido mi cabeza no era por casualidad, tenía que protegerlos. Creí que se le iban a caer los ojos. Chloé se reía tanto que se le saltaban las lágrimas, debía de pensar que era una jugarreta que le hacía a mi madre para que volviéramos a casa, sólo que esta vez era la verdad. Mi madre ha dicho que de acuerdo y hemos proseguido la jornada con normalidad.

Por la noche, en la autocaravana, las dos se han arrojado sobre mí. Mientras Chloé me sujetaba, mi madre me ha pulverizado el pelo con un producto que apestaba. Me he debatido, gritando que iba a ponerles una denuncia por omisión de socorro a piojos en peligro, pero no me han hecho ni caso.

Todos mis pobres piojitos han muerto en el asalto. Les he fabricado un ataúd con una caja de cerillas y los he enterrado al pie de un abeto cantando «Iré a dormir al paraíso de los piojos, donde los cabellos son tan largos que hacen olvidar el tiempo...». Mi madre y Chloé querían asistir a la ceremonia, pero he rechazado la presencia de esas asesinas. En cambio, he aceptado a Louise y a Louis, aunque me daba la impresión de que el pequeño se burlaba un poco de mí.

De hecho, también es eso lo que no marcha bien. Sus padres, Françoise y François, son unos completos tarados. Figúrate que los obligan a lavarse con agua fría y a dormir sobre colchones delgados, y tienen diez coronas suecas para comer cada día. Louise me ha contado que viven en una casa enorme con piscina, persianas eléctricas y hasta una nevera que fabrica cubitos, tienen pisos en otros países y viajan en avión con más frecuencia que una azafata. Así que para ellos es normal vivir rodeados de esas comodidades, no conocen el

valor del dinero, por eso sus padres quieren enseñarles algo diferente. No entiendo muy bien cómo es posible no conocer el valor de las cosas, sólo te diré que, si yo tuviese una nevera que fabricara cubitos, le daría un masaje todos los días para agradecérselo. Pero bueno, eso nunca ocurrirá, yo no he nacido del muslo de Creso.

Y, para colmo, mi padre ha telefoneado. Esta vez me he visto obligada a hablar con él. Me ha hecho un montón de preguntas sobre cómo va todo por aquí, he respondido con síes y noes y he vuelto a pasarle a mi hermana. Al parecer, cree que es posible ser padre por teletrabajo.

Hala, te dejo, Marcel, esta noche tengo la moral por los suelos (como Stéphane), no soy una buena compañía.

Te abandono con la pluma, pero no con el corazón. Amor eterno sin divorcio.

LILY

P. D. Espero que exista un paraíso para los piojos y que celebren fiestas con las pulgas y las ladillas.

Las crónicas de Chloé

Mamá me propuso dar un paseo por el barrio antiguo de Estocolmo, Gamla Stan, las dos solas.

Después de la pasada de los piojos, realmente creía que querría volver a casa, pero su entusiasmo sigue incólume. Lily y yo hemos buscado nuevas maneras de hacerla dar media vuelta, pero creo que en el fondo ambas sabemos que el viaje proseguirá hasta el final, siquiera sea para cumplir la promesa hecha a la yaya. Al final, tal vez tampoco esté tan mal. El jueguecito contra mamá no deja de hacerme gracia. No sólo me hace reír, sino que, sobre todo, hacía mucho tiempo que no me entendía tan bien con mi hermana.

Acepté. No recordaba la última vez que había pasado un rato a solas con mamá. Me prometí no mostrarme desagradable, para hacerme perdonar mis palabras durante nuestra discusión.

Deambulamos por las callejuelas empedradas, entramos en tiendas a cuál más bonita, tomamos la calle más estrecha de la ciudad, Marten Trotzigs Gränd, comimos caramelos. Hice muchas fotos, las fachadas coloreadas, que contrastaban con el cielo azul, los reflejos en el agua, mamá posando en el puente de Riksbron, mamá delante del Palacio Real, mamá delante de la catedral de Estocolmo.

—Pásame la cámara, voy a sacarte una foto —me dijo en un momento dado.

Tuvo que insistir. Posar hace que me sienta incómoda, sobre todo cuando la persona que fotografía tarda un cuarto de hora en encuadrar, total, para un resultado desenfocado. Por mí está bien, no me gusta mi imagen. Por mucho que me repiten desde pequeña que soy guapa, que soy fotogénica, que tengo un bonito rostro, unos ojos magníficos, una boca carnosa, un perfil perfecto, cuando me veo en una pantalla o en un espejo, mis defectos me agreden. De manera que todas las mañanas, en el cuarto de baño, me entrego a un ballet perfectamente dominado. Una nuez de maquillaje para alisar la piel, polvos marrones para destacar los pómulos, un trazo de *eyeliner*, tres capas de rímel para intensificar la mirada, lápiz de labios para colorearlos, un toque de perfume, unos cuantos mechones enrollados en el rizador; en definitiva, me pongo la máscara de invulnerabilidad.

Nos entró un poco de hambre, así que compramos *strömming* frito con puré y nos sentamos en un banco a la orilla del agua a comerlo. Ya casi habíamos acabado, cuando de pronto mamá quiso iniciar una conversación.

—¿Estás enfadada, Chloé?

—¿Por qué crees eso? —pregunté a mi vez, para no contestar.

Notaba su mirada clavada en mí, pero yo la mantenía fija en la orilla opuesta.

—Es una sensación que tengo. ¿Me equivoco?

Me enjugué la boca con la servilletita de papel.

—No sé, es una cosa rara. Depende del momento, de hecho. A veces estoy triste, así, sin más, y al minuto siguiente radiante de alegría. A ratos hiervo de cólera, es terrible, entonces digo cosas hirientes, lo cual me pone todavía más furiosa, pero no consigo retenerlas. Creo que...

Me interrumpí. Verbalizar aquel pensamiento que me obsesionaba desde hacía cierto tiempo lo volvería demasiado real. Mamá insistió:

—¿Qué es lo que crees?

—No, nada.

—Chloé, puedes contármelo. No soy tu enemiga, lo único que quiero es tratar de entenderte.

Reflexioné largo rato. Mostrar mi verdadero rostro me resulta difícil. Con cada confesión es como si me desprendiera de una capa protectora. Aquella información en especial era delicada. Si yo estaba en lo cierto, era mejor mantenerla en secreto. Pero si me equivocaba, tal vez mamá podría tranquilizarme. Volví la cabeza y clavé la mirada en la suya.

—¿Juras que no me juzgarás?

—Te lo prometo.

—De acuerdo. Creo que estoy loca.

Intentó no dejar traslucir nada, pero vi cómo la inquietud le impregnaba el rostro. Tomó mi mano.

—No creo que estés loca. Lo que pasa es que eres una adolescente, cariño.

—¡Pero las chicas de mi clase no son como yo! Soy la única que se hace montones de preguntas, que cambia de opinión constantemente, que no controla sus emociones. Sé muy bien que soy hipersensible, ¡pero aun así!, me siento tan distinta...

No dijo nada, se limitó a acariciarme la mano.

No volvimos tarde. Lily aún no había regresado de la visita al museo Vasa con Marine y Greg. Mamá se alejó de la autocaravana, por la ventanilla vi que estaba al teléfono.

Justo después de cenar, me tendió el móvil.

—Toma. He pedido al abuelo que lo escaneara.

Me dejó sola. Miré la pantalla, había un texto escrito a mano. Y otro. Y otro. Y decenas más.

Tardé más de una hora en leerlo todo. En su mayoría se trataba de poemas, firmados por mi madre. Según indicaban las fechas, tenía entre catorce y veinte años. Hasta mi nacimiento.

Con gran lirismo y melancolía, evocaba el tiempo que pasa, la ausencia, la muerte, la infancia, el abandono, buscaba sentido a la vida, hablaba de los dramas del mundo, del amor, de la soledad, del miedo, dedicaba varios textos a su madre, a su padre, a su abuela, a la que ella era de pequeña, a los hijos que un día tendría.

Desde que nací, la gente no ha dejado de extasiarse con el parecido que tengo con mi padre. Los rizos pelirrojos, los ojos azul oscuro, las piernas esbeltas. Mi madre no parecía sentirse ofendida por ello, sonreía, como si le diera igual. Sin duda porque en el fondo sabía que, en realidad, de los dos a quien más me parezco es a ella.

ANNA

—¡Muy elegantes estas cortinas floreadas! —suelta Marine acariciando la tela.

Le doy las gracias, antes de captar la ironía. Si Jeannette no se hubiera casado con mi padre, cabría afirmar que tiene gustos dudosos.

He invitado a Marine y a Greg a cenar para agradecerles que hayan llevado a Lily a visitar el museo Vasa. Había insistido en ir, pero al final no le ha gustado nada.

—No veo qué interés puede tener hacer un museo para un barco que se hundió, como si fuera una hazaña —declara cuando todos nos apretamos en torno a la mesa—. No tardarán en levantar estatuas de aviones que se estrellan.

Marine prorrumpe en carcajadas.

—¡Me encanta esta chiquilla! ¡Hasta casi me entran ganas de tener críos!

Lleno los platos de albóndigas de carne, excepto el de Lily, que de repente ha decidido hacerse vegetariana, y el de Chloé, que ha comido demasiado en Gamla Stan. Se muestran discretas, pero sorprendo la sonrisa cómplice que intercambian. Me dirijo a mis invitados:

—Entonces, si lo he entendido bien, ¿es vuestro viaje de novios?

—Digamos que lo hemos prolongado —contesta Greg pinchando una albóndiga con el tenedor—. En un principio sólo queríamos dar una vuelta rápida por Europa, pero nos gustó tanto la autocaravana que quisimos continuar. Hicimos cuentas y nos hemos tomado un año sabático. ¡Mmmm, están deliciosas!

—¡Gracias! Yo no tengo nada que ver, las encontré en una tienda de comidas preparadas de Estocolmo, bastaba con calentarlas. Voy a abrir una segunda botella de vino, ¿quién quiere?

—¡Yo siempre me apunto al vino! —exclama Marine tendiendo la copa—. Bien, ¿y vosotras qué? ¿Por qué este viaje de mujeres solas? ¿Dónde está el papá?

Ya había observado que Marine era del tipo directo, pero no imaginaba hasta qué punto. Greg le da un leve codazo.

—¿Qué pasa? —se sorprende—. Todos los demás se hacen la misma pregunta, ¡yo prefiero preguntar a la cara!

Me dispongo a responder, cuando Lily se me adelanta.

—Nos abandonó.

—¡Tonterías! —replica Chloé—. Nos llama regularmente, ¡si pudiera nos llevaría consigo

más a menudo!

—¡Menuda chorrada! ¿De verdad crees que no dispone de medios para recibirnos?

—Chicas, ya vale... —intervengo.

—¡Eso no tiene nada que ver! —salta Chloé—. Es mamá quien no quiere que nos vea, ¡me lo dijo él!

Deposito ruidosamente la botella, para calmar tanto a mis hijas como mi corazón, que se ha embalado. Marine trata de cambiar de tema:

—Realmente las albóndigas están de muerte. Deberíais probarlas, chicas, ¡no sabéis lo que os perdéis!

Lily dirige una mirada furtiva a su hermana, quien salta a la vista que está de morros. No obstante, la rabia no logra imponerse a la curiosidad. Muy despacio, descruza los brazos, se llena el plato y, a regañadientes, prueba la salsa. Frunce el ceño, hace un segundo intento y luego le pasa el tenedor a su hermana, que lo lame a su vez. Yo, como si nada, prosigo la conversación con Marine y Greg, sin dejar traslucir que capto con exactitud el diálogo mudo que mis hijas entablan.

Lily: ¡No pica!

Chloé: Lo sé, ¡y no lo entiendo!

Lily: ¿Estás segura de que has puesto suficiente?

Chloé: ¡Si he vaciado el tubo! Deberían tener la boca en llamas...

Lily: No hay fuego sin humo.

Aguanto la risa. Mis exquisitas hijas están lejos de imaginar que he encontrado el tubo de pasta de *harissa* vacío en el cubo de basura, de manera que he enjuagado las albóndigas e improvisado otra salsa. Están lejos de imaginar que no sólo entre dos anda el juego y que a su madre nunca le ha gustado perder.

Cuando Marine y Greg vuelven a su autocaravana, la cabeza me da vueltas. El vino sueco entra con facilidad. Lily está escribiendo en su cuaderno, Chloé desmaquillándose. Un piloto verde parpadea en el móvil.

No hago adrede lo de mirar el mensaje. Sólo quería ver la hora. La foto se impone a toda pantalla, agresiva, violenta. Como comentario añadido, un tal Kevin escribe:

¡Te toca a ti!

Me entran náuseas. ¿Qué me he perdido para que mi hija crea que para seducir hay que intercambiar fotos íntimas? ¿Qué he hecho mal para que mi bebé piense que los preliminares empiezan por mensajes privados?

Hago desaparecer esa horrorosa visión y redacto la respuesta:

Hola, Kevin, soy la mamá de Chloé. Habría preferido conocer tu rostro antes que tu pene, pero supongo que eres tímido. Dado que vuestra relación está tan avanzada, es hora de que nos conozcamos y poder hablar de los detalles de la boda. Invita a tus padres, mi hija está impaciente por presentarles su vagina. Hasta muy pronto,

querido yerno.

Tu suegra

P. D. Tápate, sería una pena que te resfriaras.

Enviar.

Borrar las huellas.

Lamentarlo.

Dormir.

Lily

24 de abril

Querido Marcel:

¡Espero que estés bien! Yo lo estoy, gracias.

Acabamos de llegar a Falun, mi madre y mi hermana no hacen más que lanzar gritos de alegría cada vez que vemos una casa de madera roja o un lago, parece que estemos en un concierto de Justin Bieber. Yo estoy hasta la coronilla de tantos bosques, de tantos árboles, los hay por todas partes, espero ver aparecer al padre de *La casa de la pradera* de un momento a otro.

Ya te he hablado de Noé, el chico que no dice nada. Me gusta mucho pasar ratos con él, tal vez precisamente porque no dice nada, o porque sus gestos son delicados. Cuando lo miro, me hace el mismo efecto que la vez en que me dieron una pastilla para relajarme antes de mi operación de apendicitis.

Anoche quise presentarle a *Mathias.* Pregunté a su padre si podía verlo y me invitó a subir a su autocaravana. Noé estaba tumbado en la cama, miraba unas luces que se movían por el techo. Me senté a su lado, le hablé (no estaba segura de que me hubiera visto), me saqué a *Mathias* de debajo del jersey y la puse sobre la manta. Le había explicado que debía ir poco a poco, pero ella corrió hacia la cabeza de Noé y se escondió debajo de su pelo. Noé se levantó de un brinco, chillaba, chillaba y chillaba, no lograba recuperar el aliento. Traté de calmarlo, le acaricié el brazo, pero fue peor, de manera que agarré a *Mathias* y volví a metérmela debajo del jersey. El padre de Noé acudió corriendo, estrechó a su hijo sujetándole los brazos, me miró mal y me dijo que me fuese. Desde fuera seguía oyendo gritar a Noé. No pretendía asustarlo, lo juro, sólo quería que lo pasara bien.

Más tarde, Julien vino a vernos a nuestra caravana. Mi madre llevaba un feo pijama, saltaba a la vista que le daba vergüenza, pero lo dejó entrar.

Me preguntó qué había pasado, se lo conté y mi madre me miró con severidad. Julien dijo que la intención era buena, pero que con Noé había que ir con mucho cuidado, no había que empezar la casa antes de haber cazado al oso. Según parece, es autista, de ahí que casi no hable, que grite un poco, no le gusta que lo toquen, que lo miren, se puede interactuar con él, pero no como lo hacemos entre nosotros. Le encantan las luces, las cosas que giran, los caballos, y lo que prefiere sobre todo es la naturaleza, los árboles, las montañas, los espacios abiertos, las estrellas, la lluvia, las auroras boreales, el sol de medianoche... Por eso Julien dejó el trabajo para llevarlo de viaje, y el resto del tiempo Noé va a una escuela especializada.

Cuando Julien se marchó, mi madre me dijo que tenía que ser amable con él, que no debía burlarme por el hecho de que sea diferente. No he replicado, pero la verdad es que no pensaba burlarme. En el colegio, la diferente soy yo.

Muchos besos, Marcel.

LILY

P. D. ¿Te has dado cuenta de que, cambiando una sola letra, «autista» se convierte en «artista»?

Lily

25 de abril

¡Madre mía, Marcel, vuelvo a ser yo!

¿La ves? ¡Dime que la ves! ¿¿¿Has visto lo preciosa que es???

¡¡¡Guauuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!!!

Las crónicas de Chloé

No esperaba ver ninguna, nos habían dicho que en esta época no eran frecuentes porque no llega a ser noche cerrada, sólo hay largos crepúsculos.

Dormía profundamente cuando alguien llamó con violencia a la puerta de la autocaravana. Era Julien, que nos gritaba que saliéramos deprisa. Era más de medianoche, estuve a punto de volver a meter la cabeza bajo el edredón. Habría hecho mal.

El frío me hizo estremecer. La noche en Suecia no es cosa de risa. Julien, Noé y el resto estaban fuera, con la nariz levantada hacia el cielo. Lily soltó un grito. Yo abrí desmesuradamente la boca.

Por encima de nosotros, una aurora boreal efectuaba una danza hipnótica. Era como un inmenso fular de seda que flotase con languidez en el cielo oscuro. Un velo vaporoso que bailaba en un halo de luz verde y rosada. Olas que rompían contra las estrellas.

Recordé la exposición de Lily, los vídeos que veía para prepararla me fascinaban. Pero no tenía nada que ver con lo que ahora experimentaba. Era indescriptible. Era poderoso.

Admiramos el espectáculo hasta que se cerró el telón. Esperábamos un bis, pero no se produjo. Volvimos a nuestras respectivas autocaravanas con las mismas palabras en la boca: «fabuloso», «increíble», «mágico», «grandioso». Me metí debajo del edredón, agité las piernas para calentar la sábana, metí la mano bajo de la almohada, sobre la foto de papá, y me dormí con una sonrisa en los labios.

Las crónicas de Chloé

Tomamos el barco a la pequeña isla de Trysunda, en el golfo de Botnia. Mamá había visto en internet que en ella había un pueblo de pescadores bien conservado, anclado en el tiempo. No me esperaba que fuera tan bonito. Tanto que, si Lily no hubiera estado tan excitada por nuestra nueva idea para hacer capitular a mamá, sin duda no la habría llevado a la práctica.

Imaginad. Una ensenada bordeada de casitas rojas sobre pilotes que se reflejan en el agua oscura, cuidados jardines ceñidos por cercas blancas, techumbres verdes, barcos de pesca amarrados a embarcaderos y un bosque de abetos que rodea el conjunto a modo de brazos protectores, el chapoteo del agua, el canto de las aves, viento en las cimas, olor a resina: el lugar llamaba a la serenidad.

Teníamos previsto un pícnic, a fin de pasar el día en la isla. Tras haber hecho numerosas fotos del pueblo de pescadores, nos adentramos en el bosque para atravesar la isla. Lily rezongaba:

—He soñado que me transformaba en árbol y que unos leñadores me serraban los brazos para hacer una hoguera. ¡Esto me está volviendo loca!

Por mi parte, me sentía bien. Caminar entre coníferas, escuchar cómo el viento le corta la palabra al silencio, hollar la tierra y los guijarros me apaciguaba. El bosque arrullaba el barullo de mi cabeza.

Lily dejó de refunfuñar cuando llegamos al otro lado de la isla. Frente a nosotros, el mar estaba embravecido. Las olas rompían contra las rocas blancas antes de dar marcha atrás para tomar impulso. Las ráfagas de viento me alborotaban el cabello, las salpicaduras me azotaban el rostro.

Nos instalamos en la linde del bosque, al abrigo del viento, y mamá sacó los bocadillos que había preparado. Hacía caso omiso de los silenciosos apremios de Lily para que pusiéramos en marcha nuestra última estratagema, pero finalmente no me dio opción.

—Chloé, ¿no tenías algo que anunciar a mamá?

Le di un cabezazo con la mirada. Mamá enarcó las cejas.

—¿Ah, sí? ¡Te escucho!

Sabía lo que tenía que decir, pero, aunque fuera falso, no resultaba fácil. Tenía miedo de su reacción, miedo de herirla, de angustiarla. Si sufría un ataque de pánico en una isla casi desierta,

estábamos listas.

Me aclaré la garganta y recité mi texto ante la mirada excitada de mi hermana.

—Pues..., esto... Verás, tenía un poco de retraso, así que compré un test en la farmacia de Estocolmo, ya sabes, cuando me diste una hora de libertad.

Esperaba no tener que acabar la frase, pero me miraba fijamente en silencio, animándome a proseguir.

—No sé muy bien cómo decírtelo...

Lily sí que lo sabía:

—Oye, no vamos a buscarle ciempiés al gato... ¡Chloé está embarazada!

Me eché prudentemente atrás, por si la mano de mamá salía disparada hacia mi mejilla, pero no se movió. Durante largos segundos busqué algún indicio en su rostro, pero permanecía impasible. Una estatua de cera. Lily la tocó con la yema del dedo, sin duda para comprobar si seguía viva. Mamá levantó la vista hacia mí, sus ojos estaban anegados en lágrimas.

—¡Oh, cariño! ¡No sabes lo feliz que me siento! Hace tanto que esperaba este momento...

Traté de no mostrar mi turbación. Ella no dejaba de hablar.

—Estaría muy bien que fuera niño, podríamos llamarlo Tom, ¡siempre me ha gustado ese nombre! Qué maravilla, voy a ser abuela. Gracias, tesoro, ¡es el regalo más bonito que podías hacerme!

Se arrojó sobre mí y me estrechó entre sus brazos, tan fuerte que, si realmente hubiera estado embarazada, habría dado a luz a un bebé plano. Me dejé hacer, con los brazos colgando. Frente a mí, mi hermana nos observaba con la mirada fija y la boca muy abierta, el vivo retrato del estupor.

ANNA

La noche se acorta, la temperatura disminuye, nos acercamos al círculo ártico. A Chloé le apetecía mucho visitar Umeå, ya que Julien no había cesado de cantar las alabanzas de esa ciudad ubicada en el corazón de la naturaleza. Me ha costado reprimir las locas ganas de reír ante su expresión estupefacta cuando le he dicho que prefería que se quedase en la autocaravana. En su estado, era lo más prudente.

Lily, tocada con su gorro de orejas de conejo, comenta cuanto vamos viendo. Françoise y François no cesan de dirigirle miradas significativas, pero me temo que mi hija encuentra en ello una especie de motivación.

—¡Seguro que en casa no se aburren! —me susurra Diego mientras entramos en el museo de la Imagen.

Sonrío. Anoche Julien nos propuso una visita colectiva a esa ciudad a la que tiene tanto cariño. Apenas instalados en el área de las autocaravanas, fue a alquilar un minibús, y desde primera hora nos va descubriendo los lugares imprescindibles: el parque de esculturas de Umedalen, el lago Nydalasjön, la reserva natural... Sólo Chloé y Edgar, que estaba cansado, no son de la partida.

En el tercer piso, entramos en una estancia sumida en la oscuridad. Tanto en la pared como en el techo, formas luminosas se crean y se destruyen ante la mirada cautivada de Noé.

—¡Es adorable! —susurra Greg a Julien—. ¿Te ocupas de él a jornada completa?

—Ahora sí. Era chef de cocina, pero lo dejé hace tres años para llevarlo de viaje. Le encanta la naturaleza, sobre todo en Suecia y Noruega. Si pudiera, vendríamos a vivir aquí, pero está muy apegado a su escuela. Necesita ir con regularidad. De manera que alternamos, hacemos dos viajes por carretera al año, siempre las mismas etapas, eso le gusta, empieza a tener puntos de referencia.

—¿Siempre viajáis en grupo?

—Antes lo hacíamos los dos solos, y estaba bien, pero me gusta la idea de conocer a otras personas, y estoy convencido de que a Noé le viene bien. Estoy inscrito en un foro de campistas de autocaravana y el año pasado una pareja buscaba un guía para viajar por Escandinavia. Me ofrecí y se sumaron dos familias más. Ahora siempre nos lo montamos así.

—¿Hace mucho que murió su madre? —pregunta Marine, haciendo gala de su habitual

diplomacia.

Julien se acaricia la barba incipiente con una sonrisa incómoda.

—Es curioso, todo el mundo está convencido de que mi mujer murió, ¡como si fuera imposible que un hombre se ocupase de su hijo! Se marchó hace cinco años. Noé tenía ocho.

La mirada sorprendida de la joven pareja lo impulsa a continuar:

—No la culpo, los primeros años luchó, estaba convencida de que lograría sacarlo del autismo. Probó todos los métodos: ABA, TEACCH, PECS, psicoanálisis, curanderos, la dieta sin gluten y sin caseína... Se negaba a admitir que nunca podría hacerle caricias, contarle cómo le había ido el día, que no jugaría con otros niños, ni la llamaría «mamá». Una tarde, cuando volví del trabajo, me dejó a Noé y se fue a hacer un recado. Jamás regresó, había vaciado los armarios a lo largo del día.

Cuenta la historia como si se tratase de la de otro, con la mirada perdida en el vacío.

—Me llama de vez en cuando para asegurarse de que todo va bien. Siempre se disculpa, llora mucho. Era demasiado duro para ella. Cree que Noé no se da cuenta de su ausencia, y tal vez tenga razón.

—¿No le guardas rencor? —le pregunta Greg.

—No lo sé. A veces me pongo furioso, me pregunto cómo puede pasar de él con tanta facilidad habiendo vivido con nuestro hijo todos esos años. Yo sería incapaz.

Françoise, François y sus hijos, que habían pasado directamente a la sala siguiente, se reúnen con nosotros.

—Seguimos adelante, ¿venís? —propone Françoise.

—Me quedaré aquí un rato —responde Julien—. Noé parece estar disfrutando. Pero vosotros seguid. ¿Quedamos en la puerta dentro de una hora?

Todo el grupo obedece, excepto Lily y yo. No tengo corazón para dejar solo a Julien después de sus confidencias. Lily se coloca al lado de Noé. Su mirada va del rostro del niño a las luces que éste contempla. Me vuelvo hacia Julien.

—Creo que intenta comprender cómo funciona.

—Es una cría genial. Es la primera vez que un niño de esa edad se interesa por él.

—Sí, es un cielo. Por lo general no se acerca demasiado a los demás, prefiere los animales, pero en el caso de tu hijo hay algo.

Nos recostamos en la pared y observamos a nuestros hijos, embargados en silencio por una emoción común.

Ya es casi la hora de reunirnos con los demás cuando de pronto Françoise aparece corriendo con expresión de pánico.

—¡Venid rápido, venid rápido! ¡Ha ocurrido una catástrofe!

Lily

2 de mayo

Querido Marcel:

¿Qué tal? Yo bien, por si te interesa saberlo. ¿Tus padres no te enseñaron buenos modales? Bueno, como no soy rencorosa, te hablaré de todos modos, sobre todo porque ha ocurrido una cosa de locos.

Estábamos visitando un museo un poco plasta (dejando aparte lo de las luces, eso era bonito, hasta Noé sonreía), cuando de pronto ha llegado Françoise gritando, era como si hubiera visto su imagen en el espejo. Lo que pasaba era que Marine se había desmayado. Estaba ahí y, hop, de repente ya no estaba ahí. Todos estaban asustados, porque ha tardado rato en despertarse, y porque se ha golpeado la cabeza contra la pared, sangraba a base de bien, he estado a punto de apartar la vista.

Los bomberos la han llevado al hospital para hacerle unas pruebas, Greg estaba aterrorizado, se veía en su frente, que parecía un acordeón. Se han pasado allí toda la noche, nosotras les hemos cuidado a *Jean-Léon*, me he alegrado de tenerlo, aunque tampoco demasiado, porque Marine me cae muy bien.

Le he presentado a *Mathias* a *Jean-Léon.* Mi rata se ha hecho un poco la esnob, no ha querido darle un beso, no sé si es eso lo que ha ofendido a *Jean-Léon*, pero le ha enseñado los dientes, así que han dormido en habitaciones separadas.

Hemos esperado a que regresara Marine para volver a la carretera. Llevaba un vendaje en la cabeza, según parece han tenido que darle unos puntos de soldadura. Parecía cansada. En cambio, a Greg se lo veía contento de recuperarla. Es él quien se ha puesto al volante, y Julien y mi madre han escoltado su autocaravana, por si a ella le daba otro desmayo.

Por la noche ha habido velada temática sobre Suecia, porque pronto pasaremos a Finlandia, así que había que despedirse como es debido. Hemos cenado *bakpotatis*, puré, arenques, y esos bárbaros han devorado reno. He estado a punto de vomitar, pero Marine ha sido más rápida que yo. Había vómito por todas partes, pero Greg le acariciaba la espalda, el amor es asqueroso. Después, se ha echado a llorar y ha anunciado que en el hospital le habían dicho que estaba embarazada. Todos la han felicitado, de manera que aún ha llorado más. Ha dicho que no estaba previsto, que no se sentía preparada, que iba a denunciar a Durex (no sé quién es). Diego ha afirmado que uno no rechaza un regalo como ése, y ella ha contestado que lo sabía, que en el fondo estaba contenta, pero que ahora que el regalo estaba dentro, tendría que salir y eso la asustaba. Françoise ha contado que había estado a punto de morir de tanto como le había dolido, François le ha dicho que se callara, pero ella ha añadido que una colega suya había muerto, esta vez de verdad. Marine ha vuelto a vomitar.

Cuando los hemos dejado para ir a acostarnos, mi madre tenía los ojos brillantes, no dejaba de decir que tantos embarazos eran una cosa maravillosa, le recordaba a los suyos.

Ah, tengo que dejarte, acaba de meterse en nuestra cama.

Besos, Marcel.

LILY

P. D. Podrías decir hasta luego tú también.

ANNA

Estamos las tres tendidas de espaldas en la estrecha cama, con la mirada perdida en la penumbra.

—En lo que a ti respecta, querida Chloé, supe que estaba embarazada un sábado por la noche. Lo esperaba desde lo más profundo de mi corazón. Llevaba varios meses viviendo la llegada de la regla como un verdadero drama. Ese día llevaba uno de retraso, demasiado pronto para saber, demasiado tarde para no confiar. Sólo pensaba en eso. Teníamos a *Brownie*, nuestra perra, desde hacía unos meses. No era mimosa, más bien temerosa. Sin embargo, esa noche no dejaba de dar vueltas a mi alrededor. Cuando me senté en el sofá, se me subió encima, olisqueó mi vientre durante largos segundos y luego posó la cabeza encima. Varios días más tarde, mi test de embarazo daba positivo.

»Me convertí en madre antes incluso de conocerte. Te sentía crecer en mi interior, te hablaba, me acariciaba el vientre sin cesar, comía fruta y verdura, evitaba determinados movimientos, me mantenía activa, cuidaba de mi cuerpo como jamás lo había hecho antes. Por primera vez, lo amaba. Por primera vez, tenía una utilidad. Te imaginaba, me preguntaba si te parecerías a mí o más bien a tu padre, si dormirías mucho, si serías tragona, si tendrías pelo, ojos azules, todos los dedos.

»Tenía náuseas, no soportaba ningún olor, me alteraba ante la menor contrariedad, un día hasta insulté a una anciana porque se me había colado en la caja del supermercado, ¡pero cuánto me gustó estar embarazada! Al acercarse el final, me sentía dividida entre la impaciencia por estrecharte entre mis brazos y la nostalgia de dejar de tenerte sólo para mí.

»Y entonces naciste. Mi cariñito, mi mimosina. Llegaste con suavidad, sin hacer ruido, la comadrona te pegó en las nalgas para que llorases, y lloraste. Eso me destrozó el corazón, te tomé en mis brazos, te acaricié, te sentí, conté tus dedos. Me sentía rara, tenía ganas de llorar y de bailar al mismo tiempo, era como si me faltara una parte de mí misma, y sin embargo jamás me había sentido tan completa.

»Dormiste seis horas. Te observaba y no daba crédito. Pensé mucho en mi madre. Me dormí a mi vez, con tus deditos rodeándome el índice y diciéndome que en lo sucesivo mi felicidad iría estrechamente ligada a la tuya. Cuando fueras desgraciada, yo lo sería aún más. Cuando fueras feliz, yo lo sería doblemente.

Silencio.

Debajo del edredón, las chicas están inmóviles. Con tal que no se hayan dormido...

—También a ti, querida Lily, te esperé mucho tiempo. Ya había dejado de creer en ello cuando viniste a instalarte en mi vientre. No fue *Brownie* quien te sintió, fui yo. Cuando lloré al ver un anuncio de jamón, comprendí el mensaje que me enviaban mis hormonas. Me sentía la mujer más feliz del mundo, mi sueño de tener dos hijos se hacía realidad, era incapaz de pensar en otra cosa.

»Esta vez no tenía náuseas, pero me pasaba el tiempo comiendo, me pirraba por los pepinillos. Engordaba a ojos vistas y eso me traía sin cuidado. En la ecografía me anunciaron un chico. Sentí una punzada de decepción, pero no tardó en pasárseme. Me habría encantado que Chloé tuviera una hermana, pero ¿no dicen que hay que ir a por la parejita? Lo preparé todo para tu llegada, pijamas azules, pantaloncitos, baberos bordados con tu nombre. Tom.

»No tenía tanto miedo como la primera vez. Ya no existía el factor sorpresa, sabía lo que me esperaba. Sabía que iba a sufrir, pero olvidaría al instante el dolor en cuanto viera tu carita. Conocía la ola de felicidad intensa, infinita, explosiva, que rompería en mí tan pronto como sintiera tu diminuto cuerpo contra el mío. Lo sabía y, no obstante, la sensación era todavía más fuerte. La realidad supera a los recuerdos.

»Fue como una explosión volcánica, estaba radiante de felicidad. Llorabas con fuerza, mi pequeño huracán, apretabas los puñitos y los párpados, y no eras un chico. No te calmaste ni cuando te depositaron sobre mi cuerpo ni cuando te hablé con dulzura. Berreabas, no estabas contenta, te miraba dar las primeras bocanadas de vida y me dije que en adelante mis emociones irían estrechamente ligadas a ti. Cuando estuvieras furiosa, yo lo estaría aún más. Cuando te sintieras eufórica, yo lo estaría doblemente.

Silencio.

Silencio.

—¿Dormís?

—No —murmura Chloé.

—No —susurra Lily.

Todavía sumida en esos recuerdos mágicos, siento que las lágrimas me anegan los ojos. No esperaba efusiones, conozco a mis hijas. Pero sí una respuesta, una palabra, un gesto. Sólo con que pudiera sentirlas una vez más, minúsculas, acurrucadas contra mí... Sólo con que mis palabras pudieran tranquilizarlas aún, mis besos curarlas, mis brazos consolarlas... Sólo con que todavía pudieran tener por toda preocupación el bienestar de sus peluches o el número de veces que tendrían que irse a la camita antes de que llegara Papá Noel...

Me dispongo a volver a mi banqueta cuando noto que la mano de Chloé se mueve. Suavemente, sus dedos se enroscan en torno a mi índice. Me quedo quieta, dejo de respirar.

Mi chiquitina.

Con la mano libre agarro la de Lily. No reacciona. Me quedo así largo rato, saboreándolo, y luego me deslizo fuera de la cama.

—Buenas noches, cariñitos.

—Buenas noches, mamá —murmura Chloé.

—Mamá, *Mathias* me ha pedido que te diga algo —suelta Lily.

—Te escucho.
Finge prestar atención a lo que le dice su rata.
—Afirma que está contenta de haber ido a parar a esta familia.

Las crónicas de Chloé

Era nuestro último día en Suecia.

Todavía acusábamos los efectos secundarios de las palabras de mamá, que nos había contado nuestra venida al mundo. Sonreíamos por cualquier cosa, nos hablábamos con dulzura, yo ni siquiera rezongué cuando Lily se acabó los cereales en el desayuno, ni cuando mamá me repetía que la hacía feliz saber que pronto sería abuela.

Hasta resultaba extraño, en un momento dado me sorprendí creyéndomelo realmente, y estaba bien, porque, por primera vez desde hacía mucho tiempo, no me sentía sola.

Durante el trayecto entre Skellefteä y Luleå escuchamos música, incluso cantamos cuando seleccionábamos canciones que las tres conocíamos, Cabrel, Ed Sheeran, Grand Corps Malade, Beyoncé, Stromae... Fuimos sentadas delante, codo con codo, todo el camino. De repente, Lily gritó. Mamá frenó en seco, yo saqué la cámara de fotos de la funda. A pocos metros de nosotras, una manada de alces cruzaba la carretera con absoluta calma. Eran majestuosos. Jamás los habíamos visto salvo en nuestra pequeña tele. Hablamos de ellos hasta la llegada.

Visitamos Gammelstad, una aldea-iglesia. Julien nos había explicado que eso sólo existía en Escandinavia. Son pequeñas casas de madera construidas alrededor de una iglesia, que los días de culto ocupan los habitantes de las proximidades. El resto del tiempo el pueblo permanece vacío. Recorrimos las callejuelas, nos hicimos fotos delante de las ventanas, adornadas con cortinas blancas, y al acercarnos al templo nos dimos cuenta de que se estaba celebrando un oficio.

Entramos de puntillas y tomamos asiento al fondo. La que oficiaba era una mujer, no entendíamos nada, pero la fe de los fieles no necesitaba traducción.

La cosa duró unos diez minutos hasta llegar a su fin. Quisimos salir rápidamente, para no molestar, pero un anciano nos atrapó y nos invitó a compartir un té con ellos.

Fue un momento dulce, nos impregnamos de su cultura, ellos se interesaban por la nuestra, nos separamos a regañadientes, sabiendo que nunca volveríamos a vernos pero tampoco nos olvidaríamos.

Es lo que me gusta de los viajes. Precisamente por eso, por encuentros así, es por lo que me habría gustado marcharme a Australia. Nutrirme de los demás, enriquecerme, crecer. En nuestro piso de renta limitada tengo la sensación de encogerme.

Cenamos las tres juntas en la autocaravana, pasta con queso, sentadas en la cama con el edredón envolviéndonos las piernas. Mamá me sirvió doble ración, por el bebé. Casi habíamos acabado cuando sonó el teléfono. Era papá. Recabó noticias y luego quiso que le pasara a mamá. Ella estaba tan sorprendida como yo. Nunca expresa el deseo de hablar con ella. Mamá le preguntó qué tal estaba y al cabo de un momento salió. Cuando volvió, actuaba como si fuera todo bien, pero le temblaban tanto las manos que para echar el cerrojo tuvo que intentarlo dos veces.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada, nada.

—¿Qué quería?

Sin respuesta.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Tienes un ataque de pánico?

Me miró y leí el terror en sus ojos. Se tendió en la cama, la cubrimos con el edredón, pero no se le pasaba, no dejaba de decir que estaba bien, pero su voz parecía un balido.

No sabía qué hacer, de manera que fui en busca de Julien. Éste pidió a Lily que cuidara de Noé, o al revés, y vino. Dijo que debíamos hacer que mamá pensara en otra cosa. Entonces empezó a plantearle adivinanzas.

—¿Cómo se llama a un conejo sordo?

Ella no contestaba, así que insistió.

—No lo sé —respondió tiritando.

—¡COOONEEEJOOOOOO! —gritó él.

No reaccionó. Julien siguió adelante.

—¿Qué animal hace «bío-bío»?

—...

—Anna, ¿qué animal hace «bío-bío»?

—No tengo ni idea...

—¡Un *bolluelo*!

Lo peor era que parecía sentirse realmente orgulloso.

—El señor y la señora Conda tienen una hija, ¿cómo se llama?

Mamá gruñó. Poco le faltaba para morder. Animoso, él insistió.

—¿Y bien?

—¡Me importa un comino la hija del señor y la señora Conda!

—¡Ana! ¡Ana Conda! Otra: el señor y la señora Tilla tienen un hijo, ¿cómo se llama?

—Julien, estoy cansa...

—¡Paco, se llama Paco Tilla! —aclaró.

No pude evitar reír por lo bajini, pero mamá seguía sin estar realmente ahí. Entonces probé suerte:

—¿Conoces la historia del tío que tenía cinco penes?

Silencio por toda respuesta. Ante el entusiasmo general, revelé el final:

—Los calzoncillos le sentaban como un guante.

Julien me miró con asombro. Mamá volvió lentamente la cabeza hacia mí. Vi desfilar por su

rostro toda una gama de expresiones, parecía una máquina tragaperras cuando no sabes en qué figura va a detenerse. Se detuvo en una risa. Una risita breve, no muy segura de sí misma, pero que venía a significar que la angustia podía dar paso a otra cosa.

Una hora más tarde, mamá dormía. Julien había vuelto a su autocaravana y Lily a la nuestra. A mí me costó conciliar el sueño. Un pensamiento me lo impedía. Para ponerla en semejante estado, lo que papá le había dicho debía de ser realmente grave.

LILY

5 de mayo

Querido Marcel:

Mi madre está muy rara desde su malestar del otro día, casi no come, conduce sin hablar, ni siquiera trata de entablar conversación. Creo que está incubando algo, y no es un huevo.

Ni siquiera quiso visitar Rovaniemi, cuando no dejaba de darnos la tabarra porque ardía en deseos de descubrir Finlandia. Dijo que estaba cansada y se quedó en la autocaravana, nosotras tuvimos que apechugar con Françoise y François, no te digo más.

Nos llevaron a visitar el pueblo de Papá Noel. Sí, te lo juro, han construido un pueblo de Papá Noel, ojalá creen también otro del Ratoncito Pérez o, ya puestos, uno que se llame Tontolandia, ¡no veas la de gente que podría vivir allí! Si al menos hubiéramos ido con Marine y Greg, pero no, tenía que ser con la familia Sí-Sí. El pequeño Louis corría por todas partes lanzando gritos, me pregunto si realmente es humano; Louise se extasiaba como si nunca en su vida hubiera visto nada, y los padres se hicieron tantos *selfies* que su móvil optó por suicidarse. Ah, esta vez sí que estaba irritado François, ya no decía ni guau. Cuando su hijo le comentó que era mejor así, de ese modo viviría realmente sin comodidades, creí que iba a echarlo a los renos.

Chloé parecía pasarlo bien, salvo cuando Louise se acercaba a hablarle, entonces enseñaba los colmillos. La entiendo, la otra está bloqueada en la posición sonrisa, te pone como una moto, parece una Barbie drogada.

Lo único guay era que había una gran raya blanca trazada en el suelo, para poder decir que habías atravesado el círculo ártico. Estamos realmente lejos de casa.

Al volver, Françoise ha entrado a hablar con mi madre, no las hemos oído, nos hemos quedado fuera, al salir ha dicho que cenaríamos con ellos, para que mi madre pudiera descansar un poco más. Hemos comido patatas cocidas, eso es todo. Françoise y François quieren que sus hijos pierdan sus hábitos de niños mimados. A Chloé le parece que se pasan veinte pueblos, yo creo que se les ha ido la olla. La verdad es que mi madre no está tan mal, ni siquiera cuando ronca.

Han propuesto que durmiéramos en su autocaravana, pero me daba no sé qué, así que he contado que era sonámbula y que de noche pegaba a la gente, y han preferido dejarlo para otra vez.

Cuando hemos vuelto, mamá nos estaba esperando. Le hemos contado cómo nos había ido el día mientras comíamos los caramelos que quedaban de Estocolmo, y al irnos a la cama, nos ha prometido que mañana estaría en mejor forma. Espero que sea verdad, si no, habrá que poner los péndulos sobre las íes.

Muchos besos, Marcel.

LILY

P. D. He comprobado una cosa genial: cuando no guiñas los ojos por el frío, te lloran, me encanta.

ANNA

Las frases dan vueltas en mi cabeza. En orden, en desorden, se cruzan, se encabalgan, se empujan, me obsesionan, me consumen.

«Podría haber dejado que te avisara mi abogado, te llamo por pura amistad.»

«Me corresponde la custodia principal. Te verán un fin de semana de cada dos y la mitad de las vacaciones.»

«Hasta ahora he sido tolerante. Imaginar solas a mis hijas, dejadas a su aire, mientras tú trabajabas, me partía el corazón.»

«No estás muy en tus cabales. Un viaje por carretera a Finlandia...»

«¿Crees que al juez le resultará difícil elegir entre un padre que tiene horarios de oficina y un sueldo, y una madre en el paro, endeudada, que desescolariza a sus hijas para echarlas a la carretera?»

«Accedí a mentirles, pero ahora pienso hacerme cargo de la situación.»

«Chloé me ha hablado de tus ataques de pánico, las pones en peligro.»

«No me hiciste ningún regalo, si no hubieras sido tan egoísta, podrían haberme visto mucho más a menudo.»

«No lo hago por hacerte daño, sino por proteger a mis hijas.»

«Por fin podré pasar ratos a solas con ellas.»

«Si me dejas volver, las verás todos los días.»

«Pido la custodia de las chicas.»

«Pido la custodia de las chicas.»

«Pido la custodia de las chicas.»

No sé lo que va a ocurrir.
No sé si voy a pagar por mis errores.
Todo lo que sé es que, si me las quita, me moriré.

LILY

Mayo

Querido Marcel:

No puedo escribirte, tengo demasiado frío en los dedos.

Besos de todos modos.

LILY

Llamé a papá. Quería saber lo que le había dicho a mamá. No intentó escabullirse:

—Quiero que vengáis a vivir conmigo. Tú eres mayor, harás lo que quieras, pero Lily aún es pequeña, y tu madre ya no puede hacerse cargo de vosotras.

No entendía nada. Siempre había repetido lo fabulosa que era mamá, lo desgraciado que era porque ya no quisiera vivir con él. Nunca ha vuelto a vivir en pareja, afirma que ninguna mujer podrá sustituirla. Era la primera vez que empañaba su imagen.

—¿Cómo que ya no puede hacerse cargo de nosotras?

—Lo sabes muy bien, ya le costaba llegar a fin de mes, pero ahora que no trabaja le resultará imposible. No podéis vivir de manera tan precaria.

—¡Pero encontrará trabajo! Además, tú tampoco trabajas, ¡ni siquiera puedes recibirnos en tu casa porque es demasiado pequeña!

Soltó un largo suspiro.

—La verdad es que llevo algún tiempo trabajando. Y tengo una casa con cuatro dormitorios.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—No sé... Varios meses... Tal vez dos años.

Recibí una descarga eléctrica en el corazón.

—¿Dos años? Pero, papá, no lo entiendo, ¿por qué no nos lo dijiste? ¿Por qué no nos llevabas contigo, al menos durante las vacaciones?

—Eso no viene a cuento —respondió con voz más firme—. Estamos hablando de tu madre. No es sólo lo del dinero, os ha sacado de la escuela para llevaros de camping a países que ni siquiera conoce, ¡es un delirio! Tú misma me dijiste que se le habían cruzado los cables.

Ni siquiera supe qué contestarle. Ni siquiera supe lo que sentía. ¿De qué servía explicarle que, cuando criticaba a mi madre ante él, lo hacía sobre todo para consolarlo? Lo escuché enumerar sus argumentos, extender sus certezas sobre su tostada de rabia, y colgué deseándole un buen día.

Tenía el móvil, así que aproveché para hacer algunas búsquedas.

Mamá pareció sorprendida cuando le dije que íbamos a dar un pequeño rodeo.

—Es una sorpresa —comenté—. Confía en mí. Ah, por cierto, hablando de confianza, no estoy embarazada.

Imitó el emoticono triste. Lily meneaba la cabeza.

—¡Es terrible, cariño! ¿Has perdido al bebé?

—No, nunca he estado embarazada, era porque tenía ganas de volver a casa. Lily y yo buscábamos la manera de hacerte dar media vuelta.

Mi hermana me tildó de pelota. Mamá parecía realmente apenada.

—Oh, me sentía tan feliz de convertirme en abuela... De verdad que estoy muy, pero que muy decepcionada... Y tú debes de sentirte tan triste... ¿Estás segura de que no hay la más mínima posibilidad?

Estuve a punto de replicar, pero percibí la chispa en su mirada. Reprimió una sonrisa, tuvo claro que yo lo había entendido. Ninguna de las dos dijo nada.

El rodeo nos hizo perder dos horas. Durante el trayecto, mamá preguntó varias veces si estaba segura de lo que hacía. La dirección del GPS no le daba la menor pista. El deshielo todavía no había alcanzado aquellas latitudes, el paisaje seguía cubierto de un manto blanco.

Eran las cinco de la tarde cuando llegamos. Había un grado bajo cero. Los propietarios eran adorables, y no sólo porque entendían mi inglés afrancesado. Nos condujeron a la cabaña de madera y nos entregaron lo necesario junto con las instrucciones. Mamá y Lily tardaron mucho rato en comprender. Mucho, mucho rato. Su inconsciente debía de estar escondido tras una buena dosis de negación.

Y de pronto mamá abrió unos ojos como platos.

ANNA

—¿De verdad crees que voy a bañarme en un lago medio helado?

Mi voz se vuelve estridente. Chloé prorrumpe en carcajadas. La cosa es más grave de lo que me temía.

Lily intenta escapar a hurtadillas mientras Chloé habla con los propietarios. Su hermana la agarra por la bufanda.

Vesa, la mujer, nos invita a seguirla a la cabaña. Una estufa de leña caldea la estancia, amueblada tan sólo con una mesa, dos bancos y perchas.

—Allí está la sauna —nos indica señalando una puerta vidriera al fondo—. ¡Ya pueden desnudarse!

Uniendo el gesto a la palabra, se quita el abrigo, las botas, el jersey... Antes de que tengamos tiempo de reaccionar, se queda en ropa interior y botas.

—¿Y bien? —pregunta sonriendo—. No tengan miedo, es una experiencia increíble. Una vez que hayan pasado por ella sólo tendrán un deseo: ¡volver a empezar!

—Según parece, el frío quema las neuronas —rezonga Lily—. Yo no voy.

—¡Va, hagámoslo! —suelta Chloé mientras se desnuda a toda velocidad—. Mamá, Lily, venid, ¡he leído que es excelente para la salud!

—Prefiero vivir menos tiempo estando calentita —decreta Lily.

—El deshielo ha empezado —interviene Vesa—. La temperatura del agua es de cuatro grados, perfectamente soportable.

Debe de tomarnos por yogures.

Chloé patalea de impaciencia. Tiene verdaderas ganas. No puedo decepcionarla, ha organizado todo esto para mí.

Me quito la ropa prenda a prenda, despacio, mientras me digo que una debería reflexionar sobre las diversas consecuencias antes de tener hijos.

—¿Lily? —interroga Chloé.

—No, yo os espero aquí —responde mi hija hundiendo la barbilla en la bufanda—. Ya tendré suficiente frío sólo con miraros.

Petri nos espera delante del chalet, con un bañador amarillo. Si no tuviera las mandíbulas paralizadas por el frío, me echaría a reír.

Recorremos los escasos metros que nos separan del lago a paso de carrera. A Chloé le castañetean los dientes, sospecho que lamenta su decisión. Llegamos a un pequeño embarcadero, al final del cual una escalera se hunde en el agua oscura. Petri nos explica los pasos: bajamos, permanecemos en el agua menos de un minuto, salimos, corremos a la cabaña y nos encerramos en la sauna. Si somos valientes, volvemos a empezar.

—La alternancia frío-calor es beneficiosa para el organismo —explica mientras baja tranquilamente por la escalera—. ¡Hala, vamos allá!

Ahora está nadando. El muy loco. Se va a convertir en estalagmita, así no se hará tanto el listo.

Vesa se reúne con él ronroneando de placer. A esta gente le gusta el frío, no veo otra explicación. Estoy segura de que hacen el amor en un congelador.

Chloé se quita las botas y avanza hacia la escalera.

Soy muy consciente de que voy a tener que moverme, que decidirme, intento convencerme de que el agua no está tan fría como el aire, pero ya me cuesta lavarme las manos cuando no está lo bastante caliente, de manera que...

—¡AAAAAAAAAAAAAH! ¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAH! ¡MALDITA SEA SU RAZA!

Chloé está en el agua.

No lo pienso dos veces, me lanzo y hundo un pie en el lago.

Oh, mierda.

El otro.

Maldita sea su raza, en efecto.

Chloé me empuja para volver a subir por la escalera. Me encuentro completamente sumergida. Tengo la sensación de que me atacan miles de cuchillas, ya no siento las piernas, los brazos se me entumecen. Me dispongo a despedirme de cada partícula de mi cuerpo, cuando de pronto oigo un aullido que se acerca a nosotros.

—¡BANZAAAAAI!

En bragas y sujetador, y la bufanda alrededor del cuello, Lily corre por el embarcadero, se pellizca la nariz y salta al agua con las piernas encogidas contra el cuerpo.

Su rostro aterrado emerge pocos segundos más tarde. Tiene los labios morados.

—¡Me estoy muriendo, ayudadme! —suplica con mirada de loca.

Nadie reacciona. Ella empieza a chillar:

—¡PERO MOVEOS, HACED ALGO, ESTÁ DEMASIADO FRÍA! ¡HACED PIPÍ ENCIMA DE MÍ!

Petri, que tiene sus límites en cuestión de convivencia, se limita a izarnos al embarcadero, y nos precipitamos hacia la cabaña, los propietarios caminando, mis hijas y yo trotando, con las piernas y los brazos rígidos. Parecemos los diminutos jugadores de los futbolines. La sauna nos recibe con su calor envolvente. Vesa y Petri vuelven a su casa, nosotras tres nos quedamos.

Nos dejamos caer en el banco de madera. Apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos. Poco a poco, mi cuerpo vuelve a la vida, mi piel entra en calor.

Nos visualizo, a Lily, a Chloé y a mí, casi desnudas en una sauna aislada en los confines de

Laponia. Veo nuestro piso, el hogar donde nos limitamos a cruzarnos. Pienso de nuevo en mis dudas, en aquel viaje improvisado, en las consecuencias que quizá tenga. Sólo por esto, por este momento, por la excitación de Chloé cuando he comprendido de qué iba su sorpresa, por la cara de Lily cuando ha saltado al agua, por este silencio cómplice, por el recuerdo, que me provocará una sonrisa en los momentos más sombríos, sé que jamás lo lamentaré.

Las crónicas de Chloé

En la última velada en Finlandia, la tradición obliga, nos reunimos todos para una cena típica. Nos amontonamos en la autocaravana más espaciosa, la de Diego y Edgar, con los platos en el regazo, a fin de degustar la comida comprada en el mercado de Inari: salchichas asadas, sopa de alce, un queso muy curioso y otras especialidades cuyo nombre soy incapaz de retener.

El ambiente era jovial, hasta que Marine cogió la foto enmarcada.

—¿Son sus esposas? —preguntó.

Edgar contó cómo conoció a Rosa, Diego habló de su boda con Madeleine, Marine lloró acusando el baile de hormonas, François se enjugó los ojos, mamá se sorbió los mocos, Greg salió, Julien contó un chiste, Louise se transformó en un episodio de inundaciones.

Durante el camino de vuelta miré unas tres veces al día si Kevin me había escrito. Seguía sin dar señales desde su petición de foto. Tal vez había interpretado mi falta de respuesta como desinterés. De manera que le demostré que no era ése el caso.

Hola, Kevin, espero que no estés enfadado por lo de la foto, prefiero que antes lo hablemos un poco, ¿estás de acuerdo? Besos, Chloé.

La respuesta llegó a la mañana siguiente. Mamá y Lily estaban desayunando, yo encerrada en el servicio. El corazón me dio un vuelco de alegría cuando vi la notificación.

Hla, no tienes + q prguntar a tu madre.

Sentí un calambre en el corazón.

—Mamá, ¿hablaste con Kevin? —le pregunté al salir del aseo.

Lily preguntó quién era Kevin. Mamá se puso colorada. Envió a mi hermana a saludar a Noé y me lo contó todo. Me quedé tan impactada que no pude replicar, ni siquiera llorar. Me levanté, no podía mirar a mamá, ella me hablaba, pero había dejado de escucharla. La rabia me nublaba los sentidos. Abrí la puerta y, en el momento de salir, me volví y le espeté:

—Espero que papá consiga nuestra custodia.

Fuera, el frío me abofeteó. Fui a sentarme en un banco a la orilla del lago lindante con el área de autocaravanas. La rabia contra mamá rivalizaba con la rabia por haber sido tan mala con ella. En el momento en que las lágrimas empezaban a brotar, Louise se sentó a mi lado.

—¿Qué quieres? —le pregunté secándome las mejillas con el dorso de la mano.

—Te he visto sola y me ha dado pena.

—No necesito tu compasión, déjame tranquila.

No se movió. Me volví hacia ella.

—¡Déjame en paz! —grité—. ¿No ves que no me caes bien?

Era la primera vez que la veía tan de cerca. Sus ojos eran grises como el cielo, y tan tristes como éste.

—Sí, ya lo veo —murmuró—. ¿Se puede saber qué te he hecho?

—No es el momento. Déjame, no quiero ser mala.

Se levantó y empezó a alejarse, pero luego dio media vuelta y se plantó ante mí.

—Lo que pasa es que estás celosa.

—¿Perdona?

—Estás celosa, por eso no te caigo bien.

Me incorporé a mi vez, nuestros rostros estaban a escasos centímetros el uno del otro. Como un pararrayos, Louise atraía hacia sí toda mi furia. Reventé de risa, para no reventar sin más.

—¿Y de qué tendría que estar celosa, eh? ¿De tu vida de perfecta nenita pija que no sabe muy bien qué hacer con su pasta y se ve obligada a fingir que es pobre? Déjalo, es ridículo...

—No tan ridículo como llevar un falso Vanessa Bruno.

Me daban ganas de arrancarle su pequeño rictus de superioridad, de hacer que desapareciera su mirada altiva, sus gestos pretenciosos. Me apetecía dar rienda suelta a la violencia que me hervía en la sangre. La violencia que me acometía a menudo en los últimos tiempos.

—Lárgate —gruñí entre dientes.

—Y si no me voy, ¿qué piensas hacer, tarada?

Inspiré hondo, esquivé a Louise y me alejé tratando de ignorar sus risitas. Caminé durante un rato, el ruido de mis pasos en la nieve disipaba mi cólera y dejaba al descubierto otro sentimiento, como una capa que raspas para que aparezca lo que ésta protege. Me embargó una infinita melancolía. Me retorcía las tripas y me picaba en la garganta.

Resulta doloroso pasar de la infancia a la adolescencia cuando las ilusiones saltan en pedazos y los sueños se estrellan contra la realidad. Echo de menos el confortable candor, el mundo protegido donde lo que hace pupa desaparece al irte a la camita. Echo de menos la vida en que no sabía nada, la burbuja de dulzura cuyo escudo eran papá y mamá. Avanzo hacia la mayoría de edad sembrando piedrecitas de inocencia. No quiero perderlas todas. Ya no quiero hacerme mayor.

LILY

15 de mayo

Querido Marcel:

Espero que estés bien, yo no lo estoy pero nada de nada, y no sólo porque me he resfriado. Hemos llegado a Noruega y, como su nombre indica, hace frío. Voy con cuidado cuando estornudo, tengo miedo de expulsar un iceberg.

Pero eso no es nada en comparación con el terrible horror que ha ocurrido. Ni siquiera estoy segura de lograr contártelo.

Esta mañana, antes de proseguir el camino, estaba con Noé en su autocaravana. Jugábamos con su peonza, ahora accede a prestármela, pero sigo sin conseguir hacerla girar tanto rato como él, de manera que le hago creer que lo estoy dejando ganar.

Han llamado a la puerta. Julien ha abierto, eran unos hombres de uniforme, nos ha explicado que estábamos en la aduana, que iban a registrar las autocaravanas. He preguntado si era normal, no entendía muy bien que apareciesen así, sin avisar, a bocacántaro, pero según parece es algo habitual, es para comprobar si hacemos tráfico de drogas o de quesos.

Enseguida he pensado en *Mathias*, mi madre me había dicho que más valía que no hubiera ningún control, así que he corrido en su busca, pero era demasiado tarde, ya se encontraban en la autocaravana. Yo estaba que no me llegaba el camisón al cuerpo. Mi madre ha salido, ponía una cara rara, y ha venido hacia mí retorciéndose, parecía que tuviera ganas de hacer pipí, pero lo que pasaba era que había escondido a *Mathias* debajo del jersey. La he recuperado antes de que a mamá empezaran a castañetearle los dientes. Mi rata estaba contenta, se ha cobijado en mi cuello.

Los hombres de la aduana se han apeado de la autocaravana diciendo que todo estaba OK, aparentemente no han visto la jaula, o bien han creído que era para hacer bonito.

Mientras registraban la de los abueletes (que estaban supernerviosos), Marine ha aparecido a la quita callando; exhibía un vientre enorme, he creído que su bebé era precoz y se había saltado meses de embarazo, pero era porque escondía a *Jean-Léon* debajo del poncho. Nos ha preguntado si podíamos tenerlo en casa mientras duraba el registro, porque le faltaba una vacuna que no habían tenido tiempo de ponerle o algo así. Evidentemente, hemos accedido, ni hablar de que el perro fuera a la cárcel.

El problema es que al olfatear a *Mathias* ha empezado a ladrar. Con el fin de calmarlo, de nuevo he intentado presentársela, sólo que esta vez *Jean-Léon* no ha echado atrás los belfos antes de atacar.

Mi pequeña *Mathias* ha muerto en el acto.

Le he hecho un masaje cardíaco y el boca a boca, pero no ha vuelto en sí. Me dolía la barriga y la garganta al mismo tiempo, deseaba decirle que la quería mucho, mucho, pero no conseguía hablar. Confío en que lo supiera.

No la he enterrado, la he acostado en un táper y la liberaré mañana en el cabo Norte, al mismo tiempo que las cenizas de mi bisabuelo.

Chloé y mi madre han estado muy amables conmigo todo el día, aunque pongan mucho cuidado en no hablarse. No sé por qué están de morros, al parecer es a causa de un tal Kevin.

Voy a dejarte, querido Marcel, porque ya no tengo muchos ánimos para escribir. ¿Sabes?, es la segunda vez que alguien que se llama Mathias me abandona.

Besos.

LILY

ANNA

El cabo Norte.

Hace dos meses mi universo se componía de mi piso, un restaurante que me minaba la moral y el camino que ligaba ambas cosas. Por entonces, el cabo Norte sólo era un nombre vagamente oído en boca de mi abuela, cuando narraba sus viajes pasados.

Hoy me encuentro en el punto más septentrional de Europa, tras haber atravesado el continente en autocaravana con mis hijas. Más de cuatro mil kilómetros nos separan de nuestra vida cotidiana.

Cierro el contacto. Son las diez de la noche y estamos a pleno día. Un silencio sin fisuras nos ha acompañado durante todo el trayecto. Lily está de duelo, Chloé está de morros.

—Chicas, ¿hacemos un esfuerzo por tan importante momento?

Unos gruñidos carentes de entusiasmo acogen mi propuesta. La abuela debía de imaginar un ambiente distinto para el último viaje del abuelo. Cojo la urna y me la meto debajo de la parka.

—No estoy segura de que esparcir cenizas esté autorizado, ¡así que trataremos de ser discretas!

Mis palabras se estrellan contra su desapego. Chloé se ajusta los guantes, Lily acaricia el recipiente de plástico. Salimos de la autocaravana en dirección a nuestro primer sol de medianoche.

La vista desde lo alto del acantilado es impresionante. Más de trescientos metros a nuestros pies, el océano Ártico se extiende hasta el infinito. La roca, espolvoreada de nieve, contrasta con el azul apagado del cielo. El sol ha iniciado su descenso. Nos situamos detrás de la barrera de seguridad a la espera de la medianoche.

Lily no parece reparar en el espectáculo. Chloé hace visibles esfuerzos por no extasiarse.

Hago diversos intentos de entablar conversación, mas en vano. Los ambientes tensos resultan más soportables en una vivienda gris.

A las 23.55, las decenas de personas presentes guardan silencio.

A medianoche, frente al sol que se refleja en el mar en lugar de desaparecer detrás del horizonte, todo el mundo aplaude y saltan tapones de champán. Las emociones fuertes tienen el

poder de unir a quienes las comparten. Me siento cercana a quienes me rodean, esta noche todos nos parecemos un poco. Echo una ojeada a mis hijas, sonrisas embobadas, ojos chispeantes, de nuevo tienen tres años.

Esperamos a que la multitud se disperse.

—Lily, ¿quieres que empecemos por *Mathias*?

Niega con la cabeza. Le tiembla la barbilla.

—No hace falta, ya está hecho.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo?

—Cuando la gente ha aplaudido, me he dicho que era el mejor momento. Ha emprendido el vuelo como una estrella.

Chloé le acaricia la mejilla antes de meter a toda prisa la mano en el bolsillo, como si su gesto no se hubiera producido.

—Bien, entonces haremos lo que nos ha pedido la yaya. Chloé, ¿lo filmas?

Me quito los guantes y saco la urna de debajo de la parka. Miro en derredor, nadie parece prestarnos atención. A lo lejos reparo en Françoise, François, Louise y Louis, que regresan al aparcamiento.

Quito la tapa. La emoción me embarga, sé lo importante que es esto para mi abuela. No me acuerdo mucho de mi abuelo, tenía seis años cuando falleció. Durante un paseo por el bosque, me enseña a levantar las hojas secas con el bastón para encontrar setas. Su voz grave que tose. Una rebanada de pan sobre la que frota un diente de ajo. Eso es todo.

Tiendo los brazos lo más lejos posible y vierto la urna para dejar que las cenizas salgan volando hacia el Gran Norte.

Hasta la vista, abuelito.

—Pero ¡¿qué es eso?! —exclama Chloé.

Observo fijamente los granos dorados que vuelan hacia el Gran Norte. No son cenizas. Es arena.

Miro en el interior de la urna, hay un sobre pegado en la pared. Dentro, una hoja blanca doblada en cuatro, ennegrecida con palabras. Reconozco de inmediato la letra de mi abuela. Chloé y Lily se pegan a mi cuerpo, leemos juntas.

Cariño mío:

Imagino tu cara y me río a solas. Sabes cuánto te quiero, de manera que entenderás que mi maniobra únicamente tenía un objeto: ayudarte.

Desde hace años te veo pelear con la vida. Te defiendes como una leona, pero no te trata con delicadeza. Todos los golpes están permitidos. Asisto a ese combate, estoy ahí para insuflarte fuerzas cada vez, para volver a motivarte, pero me siento muy impotente.

Tu pérdida de empleo supone una oportunidad. La ocasión para iniciar un nuevo round. *Cuando me hablaste de tus ganas de irte, de tus dudas, tuve miedo de que no llegaras hasta el final, de que dieras media vuelta. Debía proporcionarte la motivación adecuada. Sabía que por mí lo harías.*

La vida se ha convertido en tu adversaria, haz de ella tu aliada.

Sueles confiarme que sólo tus hijas cuentan, que sufres por verlas tan poco, que si pudieras volver a empezar lo harías todo de manera distinta. No es posible empezar de nuevo, pero puedes elegir otro camino.

Sabes muy bien que estoy más cerca del final que del principio, casi puedo ver la línea de llegada. Las

piernas ya no me responden, el resto tampoco está en plena forma, lo único que me queda son mis recuerdos. De vez en cuando vuelvo a pensar en mis viajes, en mis lecturas, en las películas que me han gustado, pero quienes jamás abandonan mi mente son tu madre, el abuelo, tú, Chloé, Lily, mis padres, mi abuela... Todo acaba por pasar, tesoro mío. Los arrebatos de cólera, las decepciones, las preocupaciones, las alegrías, la fatiga. Lo único que permanece hasta el último momento, sigan en este mundo o no, son las personas a las que amamos.

No te he mentido del todo. El cabo Norte es un lugar importante. Durante el verano de 1957 tu abuelo —cuyas cenizas siguen en mi habitación— y yo visitamos Noruega. El sol de medianoche fue nuestro más maravilloso recuerdo, lo estuvimos admirando hasta el amanecer. Tu madre fue concebida al día siguiente, siempre pensé que por eso era una persona tan luminosa. En el momento en que estás leyendo estas líneas, cuatro generaciones de nuestra familia se hallan reunidas en el cabo Norte. Tu madre se sentiría tan orgullosa de ti...

No pretendo sermonearte, me horroriza la gente conformista. Lo único que deseo es iluminarte el camino, mostrarte la vía antes de partir.

Confío en que este viaje os permitirá quereros todavía más. Sé hasta qué punto el vínculo entre madre e hija es inmortal.

Te quiero, cariño mío. No me guardes rencor.

LA ABUELITA

Doblo la hoja y la meto en el sobre antes de que mis lágrimas diluyan las palabras. El sol sigue suspendido por encima del horizonte, lo contemplamos unos minutos más en silencio.

Imagino a mi madre a mi lado, su mano en mi hombro. Hacerlo ya no me duele. No sabría decir desde cuándo me apacigua su recuerdo. El dolor se largó de puntillas. Nos acostumbramos de tal modo a su presencia que ya no reparamos en él, se convierte en parte integrante de nosotros. Y de pronto, un día, nos damos cuenta de que ha desaparecido, cediendo el paso a algunas cicatrices y tantos buenos recuerdos. Los momentos en que pienso en mi madre se han vuelto casi soportables, puesto que consiguen prolongarle la vida un poco más.

—¿Nos vamos? —acabo por proponer a mis hijas.

Asienten con la cabeza. Volvemos a la autocaravana arrastrando los pies. El silencio no es tan opresivo como a la ida. No me atrevo a quebrarlo, ignoro si están dispuestas.

Mi abuela tiene razón: sin su ayuda no me habría marchado. Sin ella, sin duda habría encontrado empleo, habría saldado mis deudas, hasta me quedaría un poco de dinero, comeríamos otra cosa que conservas recalentadas en placas eléctricas, dormiríamos en colchones cómodos, las chicas tendrían profesores de verdad, habría veinte grados más, no correría el riesgo de perder su custodia, nos habríamos evitado varias peleas. Nos cruzaríamos pocos minutos al día, no sabría hasta qué punto es sensible Chloé, hasta qué punto se me parece, ignoraría que Lily rebosa humor y generosidad, no habría compartido con ellas risas locas, conversaciones, noches, descubrimientos, temores. No habría fabricado todos estos recuerdos inolvidables con mis hijas.

No es su opinión lo que me brinda mi abuela, sino un regalo.

Cierro la puerta de la autocaravana con el fin de que no se escape el calor. Las chicas se desnudan a toda prisa y se meten en la cama. Yo me acuesto en la banqueta y me cubro el rostro con el edredón para que no me moleste la luz del sol y también para ahogar mis sollozos.

Apenas han transcurrido unos minutos cuando noto que un cálido cuerpecito se desliza a mi lado. Y luego otro. Aparto el edredón, Chloé y Lily se reúnen conmigo en mi refugio y se pegan a mí.

Gracias, abuelita.

Las crónicas de Chloé

Las montañas se erguían entre los lagos, el verde y el blanco rivalizaban por el primer puesto, el mar nunca andaba lejos, era como si estuviéramos en el fondo de pantalla de un ordenador. Llevábamos más de una hora circulando, cuando de pronto mamá quiso entablar conversación. Lily se había dormido en la parte de atrás.

—¿Sabes?, no estás obligada a hacer todo lo que te pidan los chicos.

Habría preferido hablar del paisaje, pero ella prosiguió:

—¿Estás enamorada del tal Kevin?

—Eso creo.

—¿Qué te hace pensarlo?

Reflexioné unos segundos.

—Que cuando no responde a mis mensajes, me pongo triste.

—¿Eso es todo?

Ponía una voz tan dulce como la de la serpiente de *El libro de la selva*, sospeché que quería engatusarme. No obstante, me dejé hacer.

—No, es amable conmigo, me dice que soy guapa, que soy atractiva, se muestra cariñoso...

—Vale. ¿Y te parece normal que te envíe fotos de su sexo y te pida que le enseñes los senos?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, no me lo he preguntado.

—¿Te apetecía hacerlo?

—No, la verdad es que no. Pero tengo miedo de que...

Me interrumpí, ella insistió.

—¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo de que no sea tan afectuoso si me niego. De que no me quiera.

Llegadas a ese punto, me soltó un largo discurso sobre lo que debía aceptar y lo que no, sobre la manera de iniciar una relación, sobre los chicos, que son todos diferentes, sobre el amor, que no depende de fotos explícitas, sobre la ternura, que no determina el amor. Yo asentía con la cabeza, pero me figuraba que ella no lo entendía.

No me gusta enseñar los senos, ni tampoco entregar mi cuerpo. Lo que me gusta es recibir cumplidos, caricias, promesas. Lo que me gusta es ser amada. Que alguien piense en mí. Ser

importante para ese alguien.

Cuando enseño los senos, cuando entrego mi cuerpo, me dan amor. Si no doy nada, no dan nada. Es tan sencillo como eso.

Me gustaría creer a mamá cuando afirma que el amor no se obtiene de ese modo, que la seducción no pasa forzosamente por el sexo, que los chicos pueden esperar otra cosa de mí, realmente me gustaría, pero ¿cómo creer a alguien que sólo ha conocido a un hombre?

—¿Me prometes que la próxima vez tendrás cuidado? —me preguntó.

No lo prometí, me limité a asentir con la cabeza mientras cruzaba los dedos discretamente. Estoy dispuesta a intentarlo, pero ya sé cómo irán las cosas la próxima vez. Él lo intentará, me resistiré, se sentirá decepcionado, y acabaré accediendo por miedo a perderlo.

Llegamos al aparcamiento del Parque Nacional de Stabbursdalen a primera hora de la tarde. Hacía frío, el tiempo era gris, pero Julien había convencido a parte del grupo de que la mejor manera de impregnarse de la atmósfera de Noruega era efectuar una breve caminata vivificante por el bosque de pinos. Se suponía que en un extremo nos esperaba un espectáculo de los que quitan el hipo.

Tras dos horas de marcha entre coníferas, placas de nieve, exclamaciones de Louise, pausas para hacer fotos por parte de François y continuas quejas de mamá, llegamos a la sorpresa prometida. Un lago en el que se vertía una cascada que no tenía nada que envidiar a las que nos cruzábamos todos los días en la carretera. La decepción se percibió en nuestro silencio.

Tomamos un tentempié a la orilla del agua y acto seguido iniciamos el camino de vuelta sin gran motivación. Mamá, que al parecer no había anticipado que el regreso pudiera ser tan largo como la ida, no estaba lejos de proponernos que volviéramos a buscarla en helicóptero. Françoise se le adelantó al decretar que debía hacer una breve pausa para «empolvarse la nariz». Mientras la esperábamos en el camino, se adentró en el bosque silbando. Tres minutos más tarde salía chillando y corriendo a toda velocidad, brazos en alto y con el rostro deformado por el miedo. Tropezaba, se levantaba, se aferraba a los árboles a fin de acelerar, saltaba las raíces. Cuando llegó a nuestra altura, lo vimos. Venía pocos metros detrás de ella, inmenso, majestuoso, seguido de sus dos crías. Un alce furioso.

—¡Ayudadme! —logró articular.

Julien le agarró la mano y tiró de ella hacia el grupo. Louise y Louis la estrecharon entre sus brazos llorando. François ajustó el zoom sobre el animal.

Julien susurró:

—Qué raro. Normalmente los alces no son agresivos, debe de haberse sentido en peligro con sus crías. Vamos a batirnos en retirada, eso debería tranquilizarlos.

Retrocedimos unos pasos, muy despacio, pero nuestro gesto no bastó para calmar a la madre de familia. Se acercó a nosotros con la cabeza gacha, lista para embestir. Mamá nos estrechó contra ella. Fue entonces cuando la dignidad de Julien tomó el portante.

Dio un paso hacia el animal, con los brazos en guardia ante el rostro, y gritó:

—¡Mucho cuidado, soy cinturón azul de *jiu-jitsu*!

El alce lo miraba desde abajo. Siguió avanzando. Entonces Julien lanzó un alarido gutural con la obvia intención de asustarlo. Creo que sólo asustó a sus cuerdas vocales. A mi espalda oí una risa sofocada. Me mordí las mejillas por dentro para no sumarme.

Viendo que la intimidación no surtía efecto, nuestro héroe intentó comunicarse con el animal:

—No te preocupes, no queremos hacerte ningún daño.

El alce, que al parecer no hablaba francés, siguió avanzando. Ya sólo se encontraba a tres o cuatro metros de Julien, el cual llegó a la conclusión de que era el momento de lanzar su bota secreta.

Como al ralentí, lo vimos proyectar la pierna derecha en el aire mientras giraba sobre la izquierda; más tarde supe que eso se denominaba patada circular. Sonó un grito, y no provenía del alce. Julien volvió a apoyar la pierna como quien no quiere la cosa, pero todos habíamos reparado en que acababa de hacerse un desgarro muscular.

El alce, sin duda presa de compasión, pataleó todavía unos segundos y acto seguido se reunió con sus crías al borde del camino. Julien alzó el mentón y le soltó, aunque no demasiado alto:

—¡Eso es, haces bien en tener miedo!

Dicho lo cual se volvió, con una sonrisa medio heroica, medio dolorida en los labios, se reunió con nosotros cojeando y nos animó a reanudar la marcha. Cosa que hicimos. Uno no desobedece a Chuck Norris.

Lily

19 de mayo

Querido Marcel:

Soy yo (Lily). Espero que estés bien, pese al mal tiempo. Hemos llegado a Alta, es muy bonito, pero estoy segura de que aún sería mejor sin esta niebla, se diría que alguien está tomando una ducha de agua hirviendo. Hemos aparcado las autocaravanas a la orilla del Altafjord, que es un fiordo, como su nombre indica, y un fiordo es un valle inundado, como su nombre no indica (yo creía que era un yogur).

Como había agua y ellos no necesitan más para ponerse a ello, Françoise y François han sacado las cañas de pescar. Estaban muy contentos ante la idea de matar peces, si los hubieras visto, sobre todo su hija, no dejaba de soltar risitas, parecía que hubiera descubierto la vacuna contra los rabiosos. ¿Sabes?, Marcel, es tonta de remate. Si pegáramos el oído a su cabeza, seguro que se oiría el mar.

Pues eso, se han instalado, aunque tampoco me he preocupado demasiado, tienen más cara de pescar peces empanados en una tienda de congelados. Sin embargo, al cabo de diez minutos Louis ha lanzado un grito de alegría. Su madre había atrapado un pez. Pobre, luchaba con todas sus escamas, y a la familia Sí-Sí le parecía divertido. Cuando han querido volver a intentarlo, he decidido para mis adentros que no estaba de acuerdo.

He recogido unos guijarros, me he sentado a su lado y he tirado uno al agua, justo en el sitio donde flotaba el corcho. François se ha reído, creía que lo hacía por divertirme, así que he arrojado un segundo. Me ha pedido que parase, he respondido que me estaba entrenando para hacer rebotes y la idiota de su hija ha precisado que se requerían guijarros planos, de manera que he lanzado un tercero. Al cabo de un momento se han hartado, François fruncía tanto el ceño que estaba a punto de darle un calambre en la frente, y se han ido un poco más lejos. He esperado a que lo hubieran instalado todo, he ido a sentarme a su lado y he vuelto a empezar. Realmente no parecían contentos, pero me importa un pito. Prefiero ser querida por los peces que por ellos.

Cinco minutos después Louise ha empezado a gritarme, su sonrisa empalagosa había desaparecido por completo. Sabía muy bien que tenía dos caras, hay que desconfiar del cántaro que duerme.

A mi espalda he oído la voz de mi hermana, y no parecía venir a hacer carantoñas precisamente. Ha aconsejado a Louise que dejara de hablarme así, Louise ha preguntado «y si no, ¿qué?», a lo que Chloé ha contestado «si no, notarás el viento entre tus dientes». Estaba a punto de replicar, pero su madre le ha dicho que se calmara, que no había que entrar en el juego de las chiquillas maleducadas.

Te juro que no lo he hecho adrede, Marcel. Te juro que mis brazos me han desobedecido, que no he podido hacer nada por impedirles que empujaran a doña Mema al agua. Se ha puesto a gritar (al parecer, estaba fría) y, mientras sus padres la sacaban a tierra firme, mi hermana y yo nos hemos encerrado en la autocaravana.

Mi madre no estaba nada contenta, sobre todo porque Françoise ha exagerado toneladas. Entonces, para hacer que nos perdonaran, ha ido a comprar pescado y nos ha obligado a prepararles la cena, a fin de reemplazar al que no han podido pescar. Mi hermana ha empezado a escamarlos y a vaciarlos, pero le he dicho que mejor

se ocupaba del arroz y he vaciado esos pobres pescaditos pidiéndoles perdón. Espero que Chloé haya comprendido que ha sido para darle las gracias, porque era duro.

Hala, te dejo, si no, olerás a pescado.

Besos.

LILY

P. D. ¿Sabes cómo se dice McDonald’s en noruego? ¡McDonald’s! Es de locos, ¿no?

ANNA

Chloé se sienta a mi lado con el móvil en la mano.

—Era papá —me informa—. Quería hablar contigo, le he dicho que estabas ocupada.

Asiento con la cabeza. Me consta que lo sabe, aunque nunca lo hemos hablado. Leo en su mirada que es el momento de abordar la cuestión.

—¿Qué opinas tú?

—¿Qué opina de qué? —pregunta Lily, que acaba de entrar en la autocaravana.

Interrogo a su hermana con la mirada y ésta afirma con la cabeza. Hago una seña a Lily para que se siente con nosotras y le revelo el requerimiento de su padre.

—¡Yo no quiero vivir con él! —exclama—. ¡No lo conozco, no tengo nada que decirle!

—No entiendo por qué eres tan dura con él —interviene Chloé.

—No necesito tener un motivo —replica la otra.

—¡Pero bueno, es tu padre, y no te ha hecho nada! Resulta muy triste, él cree que no lo quieres.

—Y tiene razón, no lo quiero.

—Realmente eres...

Corto a Chloé antes de que vaya demasiado lejos.

—¡Chis, tranquilas! Lily, tu hermana tiene razón, es tu padre, has de ser más amable con él. Puedes ahorrarte la mala cara, no permitiré que hables así de él.

—¡Si tan encantador es, no tienes más que volver a su lado! —me suelta.

Lily sólo tenía cinco años cuando nos separamos. Ha vivido más tiempo sin padre que con él, debe de tener únicamente vagos recuerdos, y no serán las escasas estancias en casa de su abuela paterna lo que haya podido hacerla cambiar de opinión. Sin embargo, me niego a que crezca con la imagen de un padre que no siente cariño por ella. Alejado desde el punto de vista geográfico, ocupado, no tremendamente implicado, no muy simpático, todo eso puede ser. Pero no carente de sentimientos hacia sus hijas. Uno no crece muy sano si hay falta de amor.

—Lily, escúchame. Vuestro padre os quiere, y estoy segura de que, si lo conocieras mejor, tú también lo querrías.

—Entonces ¿vas a permitir que lo haga? —se subleva.

—En absoluto, no te preocupes. Cuento con manteneros conmigo, no...

—A mí me encantaría verlo más a menudo —murmura Chloé con los ojos empañados.

—Lo sé, cariño, vamos a ver cómo podemos arreglarlo.

Las lágrimas se deslizan por sus mejillas.

—¡Pero es que hace dos años que tiene una casa! —exclama entre hipidos—. No entiendo por qué nos lo ha ocultado. Eso significa que podía recibirnos, que no estábamos obligadas a ir a casa de la abuela, ¡pero no lo ha hecho!

—¿Lo ves?, tengo razón —suelta Lily—. No quiere vernos.

—Estoy segura de que las cosas son más complicadas —dice Chloé sorbiendo por la nariz—. Me acuerdo de cuando éramos pequeñas, se ocupaba mucho de nosotras, incluso ahora, por teléfono, siempre me pregunta cómo estoy. Sé que nos quiere, debe de tener sus motivos.

Lily se encoge de hombros. Chloé se suena.

—Lo echo de menos —insiste con un suspiro.

También yo suspiro, dividida entre mi hija mayor, que quiere ver más a su padre, la pequeña, que quiere verlo todavía menos, y yo.

—Vuestro padre y yo encontraremos una solución —afirmo para poner fin a la conversación —. No os preocupéis, somos adultos responsables, nos las arreglaremos.

Espero a que las chicas se alejen para abrir los mensajes del móvil y, como adulta responsable que soy, escribirle un mensaje a su padre:

Nunca tendrás su custodia, no pienso permitírtelo.

ANNA

Las chicas no han tardado en dormirse. La visita a Tromsø ha acabado con su resistencia física. La mía muestra un exceso de celo, doy vueltas y más vueltas en la banqueta, trato de hacer el vacío en mi mente, de concentrarme en la respiración, pero los pensamientos se han incrustado y está claro que cuentan con pasar la noche en mi azotea.

Me levanto con sigilo, me pongo el abrigo y las botas encima del pijama y salgo a tomar el aire. Es casi medianoche y una luz dorada baña el paisaje. Numerosas autocaravanas pasan la noche aquí, doy unos pasos admirando a lo lejos las montañas nevadas. Me habían dicho que Escandinavia era exótica, pero no imaginaba hasta qué punto. La arquitectura, la vegetación, los relieves, el abecedario, el clima, las carreteras, la comida, la cultura, todo es diferente, siendo lo más asombroso ese sol que brilla veinticuatro horas en verano y desaparece por completo en invierno para dar paso a la penumbra. Aquí todo es desmedido, absoluto, sin medias tintas.

Hemos realizado más de la mitad del viaje. Dentro de un mes estaremos de vuelta en Francia. Cada nueva etapa nos acerca a nuestra vida, y sólo tengo un deseo: dar media vuelta. Volver arriba del todo, lo más lejos posible de mi buzón, que debe de rebosar, lo más lejos posible de mi banquera, de los oficiales de justicia, del papeleo, de las preocupaciones. Lo más lejos posible de una vida cotidiana en la que hay que contar cada euro, en la que la nevera resuena con un eco a vacío y las diversiones resultan demasiado caras. Lo más lejos posible de Mathias. Querría permanecer entre paréntesis.

Un ladrido me saca de mis pensamientos. *Jean-Léon* corre hacia mí con el pelo erizado. Me agacho para saludarlo y me hace fiestas.

—¿No puedes dormir? —me pregunta Greg tras reunirse conmigo.

—No, no lograba conciliar el sueño. ¿Tú tampoco?

—*Jean-Léon* necesitaba salir. Ven a nuestra autocaravana, ¡Julien y yo estamos jugando al tarot!

No me cuesta mucho decidirme, soy incapaz de resistirme a una velada entre adultos, sin adolescentes a la vista.

Marine se muestra encantada, el tarot es mejor con cuatro jugadores, me explica mientras me prepara una tisana.

—Gustosa te serviría una copa de vino, pero sería demasiada tentación para mí. Dado que he

dejado de fumar de golpe, mejor no poner a prueba mis nervios... Espero que el bebé lo recuerde y salga sin causar destrozos. ¿Tú lo pasaste mal en los partos?

Visualizo la escena, mis gritos de dolor, las ganas de decirles a las comadronas: «Déjenme morir ya, estoy entorpeciendo su tarea». Me dispongo a contestar edulcorando un poco mi testimonio, aunque sin mentir, cuando de pronto me cruzo con la mirada implorante de Greg.

—No sentí nada. Absolutamente nada en ninguno de los dos. Cuando oí los gritos de mis hijas, me sorprendió que ya hubieran salido.

Constato por su expresión que Marine se siente aliviada, y por la de Greg que me he pasado un poco. Julien se parte de risa.

—¿De qué te ríes? —se inquieta Marine—. ¿El nacimiento de Noé fue una carnicería, es eso?

Él da marcha atrás y exhibe un semblante extremadamente serio.

—En absoluto, fue muy rápido.

—¡Ah, qué alivio! —murmura Marine.

—Salió disparado como una bala de cañón —prosigue Julien—, estuvo a punto de impactar en el tocólogo y aterrizó en el bolso de una comadrona.

Marine lo mira de hito en hito sin comprender. Greg, muy colorado, se contiene para no reír.

—¿Os estáis quedando conmigo? —acaba por articular.

Negamos al unísono y ella accede a creernos. Todo antes que la verdad.

Entre dos partidas de tarot, Julien se acerca a comprobar que Noé duerme profundamente y yo echo un vistazo a las chicas. Lily ronca, tendré que grabarla.

—¡Qué bien sienta una velada sin niños! —susurra Julien.

Me sobresalto, no lo he oído acercarse. Cierro con delicadeza la puerta de la autocaravana y me vuelvo.

—¡Ya lo creo, hacía tanto tiempo!

—¿Jugarás otra partida o te vas a la cama?

—¿De veras crees que voy a abandonar después de una derrota?

Sonríe.

Volvemos al vehículo de los futuros padres. Julien me ayuda a subir. Marine no necesita más para soltar:

—¿Sabéis que hacéis muy buena pareja?

Instante de extrema incomodidad. Levanto la vista al cielo, Julien carraspea.

—Marine, déjalo, haces que se sientan violentos —la reprende Greg mientras baraja las cartas—. ¿Y bien?, ¿jugamos esa partida o no?

—¿Qué pasa? —se sorprende ella—. Opino que hacen buena pareja, ¡no hay nada de malo en ello! Cuando encuentro zapatos que hacen juego con un cinturón, lo comento ¡y a nadie le resulta chocante, que yo sepa!

—No hay ningún problema —admite Julien con una ancha sonrisa—. Por cierto, ¿te han avisado de que la episiotomía duele de narices?

Río por lo bajini, confiando en que la atención de Marine se focalice en ese tema, harto más

importante.

—¿Hay alguien en tu vida? —me pregunta con aire inocente.

Intento fallido.

—Tengo dos hijas y me basta con eso.

—¡Hala, Marine, a jugar! —la corta Greg.

Ella levanta las manos en señal de capitulación.

—¡Vale, vale! Lo siento mucho, las hormonas me ponen un poco sentimental, veo parejas por todas partes.

Me ordeno las cartas, aliviada de que hayamos pasado a otra cosa. Tengo una buena mano, muchos triunfos, el 21, figuras; mientras dudo si robar, dirijo una mirada a mis adversarios, Marine está absorta ordenándose el juego, Greg parece pensar y Julien me mira fijamente con ojos brillantes. Y me turba.

Las crónicas de Chloé

Recibí un correo anónimo. Una hoja doblada en dos y sujeta a la manija de la autocaravana. Fue mamá quien la encontró, pero iba dirigida a mí.

Chloé,
tu sonrisa traviesa,
tu voz cristalina,
tus ojos de gata,
tu boca divina,
todo en ti me conmueve,
todo en ti lo aprecio,
me colmas de felicidad,
te amo en silencio.

Me eché a reír y le pregunté a Lily por qué me gastaba una broma tan chunga, pero juró escupiendo que no había sido ella; no debería haberlo hecho, soplaba viento.

Pregunté a todos los del grupo, pero lo negaron, eso cuando no ponían cara de no entender nada. La única a la que no interrogué fue a Louise, porque ni me planteaba dirigirle la palabra. Y, sin embargo, es de ella de quien sospecho. Únicamente ella, que yo sepa, sería capaz de eso, y sólo por fastidiarme. Por no hablar de la simplicidad del poema, que pega bastante con su nivel mental. Es una chica tan tremendamente vacía que cuando la miro me entra vértigo.

Tiré el papel al cubo de la basura.

Os confieso que por unos instantes contemplé la posibilidad de que pudiera tratarse de una auténtica declaración. La idea de que alguien me amara en secreto me provocó mariposas en el estómago, pero la razón no tardó en imponerse. Estoy rodeada de hombres casados o enfermos, sólo puede tratarse de una farsa.

Qué pena.

Desde que perdí toda esperanza con Kevin, me falta algo en la vida. Echo de menos a alguien

que ocupe mis pensamientos. Por la mañana me aplico el lápiz de labios sin preguntarme si le gustará, elijo la ropa sin confiar en que la encuentre de su gusto, me duermo con la mente vacía de sueños compartidos. Me siento sola. Me siento inútil.

Creo que es otro de los motivos por los que he iniciado este blog. Podría haber consignado mis pensamientos en un cuaderno, pero compartirlos con vosotros, saber que os hacen reír, que os enternecen, que os dan que pensar, saber que no soy la única que siente lo que yo siento, que piensa como yo pienso, me resulta muy valioso. Aunque se trate de algo virtual, no me siento tan sola.

Hasta los comentarios negativos me hacen bien. Los primeros me hirieron, me lo replanteaba todo, no tomaba la menor distancia, pero por fuerza me han enseñado a comprender que no puedo agradar a todo el mundo, y que tampoco es tan grave. Que siempre habrá alguien que critique, pero eso no significa que no esté bien.

Estoy lejos de ser la que me gustaría ser. Envidio a la gente que no se preocupa de la imagen que da, de lo que piensan los demás. Esas personas que tienen tanta confianza en sí mismas que nada puede desestabilizarlas. Yo me pongo en entredicho hasta tal punto que soy capaz de sentirme culpable aunque sea la víctima. Los hay que, para no caer mal, no se atreven a confesar que piensan lo contrario que los demás. Yo ni siquiera me atrevo a pensar lo contrario. Envidio a los que no necesitan la aprobación de los demás para quererse.

Me gustaría que la única aprobación que contase fuera la mía.

Lily

23 de mayo

Querido Marcel:

Suerte que no es posible sufrir una sobredosis de emociones, porque de lo contrario hoy estaría muerta. Confío en que te sentirías triste.

Para empezar, no quedaban cereales para desayunar, el stock que habíamos traído se acabó, de manera que he tenido que comer una especie de biscotes marrones muy delgados con mermelada, la cosa empezaba mal. Mi madre dice que aquí todo es más caro, así que hay que tener cuidado de no comer demasiado deprisa, pero estoy en fase de crecimiento, no voy a privarme, ¡ni tanto ni tan pelón, hasta allá podíamos llegar!

Después hemos tenido que ir a la lavandería para poner una lavadora, ha sido largo y aburrido, y realmente tampoco veo por qué hay que lavar la ropa si luego vas a volver a ponértela y se ensuciará otra vez. La lógica está en vías de extinción, te lo digo yo.

Más tarde hemos dado un pequeño rodeo para ir a ver las cataratas de Malselvfossen, Noé y su padre venían con nosotras, así que ha sido guay. Es una cascada no muy alta pero sí muy ancha, hace mucho ruido y el agua va superdeprisa, se arroja hacia delante como si alguien la persiguiera, en mi opinión habrá efectuado alguna tontería. Yo creo que, si te bañases ahí, quedarías tan removido que saldrías hecho un Picasso. Julien nos ha enseñado una escalera para que suban por ella los salmones, hemos intentado ver alguno, pero no es la temporada adecuada.

En un momento dado, mientras mi madre charlaba con Julien y Chloé, me he vuelto y he visto que Noé se alejaba hacia los árboles, inclinado hacia delante, y enseguida he comprendido que buscaba su peonza. Me he puesto a su lado y he buscado también, pero había rocas y vegetación, no era fácil encontrar nada. Y ya sabes lo que dicen, cuando no estás buscando algo es cuando lo encuentras. Una vez traté de explicárselo al señor Houques, el profe de mates, porque no entendía que yo no hiciera cálculos para encontrar la solución. Como recompensa, me impuso dos horas de castigo por insolencia.

Para abreviar, estaba tan concentrada que no he caído en que nos estábamos alejando, pero al cabo de un momento Noé se ha dado cuenta y le ha entrado miedo. He intentado encontrar de nuevo el camino, pero con todos aquellos árboles creo que me estaba perdiendo todavía más. Noé miraba a su alrededor, yo veía que estaba inquieto, se balanceaba con fuerza adelante y atrás, así que también yo he empezado a asustarme. Sobre todo porque, según parece, por aquí hay osos. Noé se ha puesto a gritar, se daba puñetazos en la cabeza, yo no sabía qué hacer, intentaba hablarle con mucha suavidad, pero eso no cambiaba nada, daba alaridos, me dolía mucho verlo así.

De repente he recordado lo que hacía su padre para calmarlo, es mucho más alto que yo, así que no es lo mismo, pero tanto daba, de perdidos al riachuelo, lo he rodeado con los brazos y he apretado muy fuerte. Él trataba de debatirse, pero yo aguantaba. Resultaba duro, pero no he aflojado y poco a poco he notado que el

cuerpo de Noé se relajaba, ha ido gritando cada vez menos fuerte y al final nada en absoluto. En ese momento su padre ha llegado corriendo, seguramente nos había oído. De hecho, no estábamos nada lejos, pero tengo el sentido de la orientación de un GPS averiado.

Mi madre me ha echado una rapapolvareda, pero Julien le ha dicho que no pasaba nada. Sentía muchísimo no haber tenido más cuidado, pero al menos estaba un poco contenta de haber conseguido apaciguar a Noé, eso significa que me acepta. La verdad es que me gustaría mucho verlo de nuevo cuando volvamos, no tenía grandes esperanzas, pero de todos modos le he preguntado a su padre dónde vivían. ¡Nunca lo adivinarías, Marcel! ¡Estoy tan contenta que me entran ganas de dar volteretas hacia atrás sobre el rocío! Viven en Muret, al lado de Toulouse, es decir, ¡a veinte minutos de nuestra casa! Podré volver a verlo, eso merece montones de signos de exclamación !!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Bien, pues ya eran un montón de emociones, pero figúrate, después, en la carretera, nos hemos cruzado con unos renos. Ya los había visto en el pueblo de Papá Noel, pero en libertad es todavía más bonito. Y, encima, al final hemos encontrado la peonza de Noé, había quedado encajada detrás del asiento del copiloto de su autocaravana.

Como ves, Marcel, mi corazón debe de ser muy resistente para haber soportado todo eso. Creo que ahora estoy preparada para que me digan que me ha tocado la lotería.

Muchos besos.

LILY

P. D. Lo he pensado bien, el apellido de mi futuro marido tiene que ser Copresto.[*]

ANNA

Las clases constituyen uno de los aspectos más penosos de este viaje. Todas las mañanas, Lily hace a regañadientes los deberes y Chloé argumenta para que renuncie a obligarla a preparar el bachillerato. No es infrecuente que la lección acabe en pelea. Tal es el caso esta mañana, con mayor violencia que nunca.

—No me dejas sitio —reprocha Chloé a su hermana, casi tumbada sobre la mesa.

Ésta no reacciona. Chloé la emprende con ella.

—¿Es que no me oyes? —exclama dándole unos golpecitos en la cabeza—. ¡Te comunico que no estás sola!

—Chis, estoy estudiando la lección —rezonga Lily.

—¡Mamá, dile algo!

—Lily, deja sitio a tu hermana.

No hay respuesta, Lily parece absorta en su libro. Trato de encontrar una solución:

—Chloé, no tienes más que sentarte en la cama, no has de escribir nada, ¿verdad?

—¡Vale, eso es! —refunfuña—. ¡Siempre me toca a mí hacer el esfuerzo! Francamente, estoy harta de ir siempre por detrás de la favorita...

—¡Chorradas! —protesta Lily incorporándose—. ¡Yo no soy la favorita!

—Chicas, haced el favor de calmaros.

—¡Desde luego que sí, lo sabes y bien que te aprovechas! —prosigue Chloé, roja de rabia—. Así son las cosas desde que naciste, ¡siempre voy por detrás de la princesa Lily!

—Bueno, Chloé, ya vale, no tengo ninguna favorita, como tú dices, dejad de pelearos sin parar, resulta agotador.

—Estoy dispuesta a dejar de pelear —replica Lily—, pero para eso que deje de ser idiota.

Chloé se levanta y se inclina sobre su hermana.

—Ah, ¿resulta que la idiota soy yo? ¡Menudo chiste! Tienes el cociente intelectual de un alga, pobrecita mía, ¡ni siquiera sabes juntar dos palabras sin cometer una falta! ¡Lo que hay que oír!

Habla con grandes aspavientos, como para dar mayor énfasis a sus palabras. Lily la mira sin decir nada.

—Chloé, ya...

—¡Sin coña, estoy harta de ti! No sirves para nada, aparte de criticar a papá y ser el centro de atención: «¡Oh, Lily es tan adorable, tan divertida!». ¿Pues sabes una cosa?

Clava en su hermana una mirada llena de odio. Me acerco a ella y la agarro del brazo.

—Chloé, haz el favor de calmarte, estás diciendo cosas malvadas que luego lamentarás. Basta ya.

Pero ya no me escucha. Abre la boca, percibo su vacilación, pero la furia puede más.

—Habría preferido ser hija única. Que no existieras.

—¡Chloé! Te prohíbo que...

Le importa un bledo lo que le prohíba o no. Ya se ha largado de la autocaravana, dejándonos plantadas como dos árboles que todavía siguen en pie después de una tormenta.

—También yo habría preferido ser hija única —espeta Lily, antes de abismarse de nuevo en la lección.

Contrariada, me dejo caer en la banqueta.

A mí me habría gustado tanto no ser hija única...

Tras el fallecimiento de mi madre, cuántas veces no habré lamentado no tener hermanos para compartir mis recuerdos... Me habría gustado tanto no ser la única que recordase sus besos, que estampaba en mi cuello cuando me daba las buenas noches, las diversas voces que adoptaba para contarme cuentos, sus tacones que resonaban en el patio del colegio, las notitas que me deslizaba en la cartera, su suave mano en mi mejilla... Mi padre lloraba a la mujer, la abuela lloraba a la hija. Habría deseado tanto tener a alguien con quien llorar a «mamá»...

Más tarde, mucho más tarde, supe que esperaba un niño. Fue el embarazo lo que le provocó un coágulo.

Yo no quería tener un hijo único. Niña, niño, moreno, pelirroja, ojos azules o marrones, tanto me daba. Sólo albergaba dos deseos: tener al menos dos hijos, a fin de que nunca estuvieran solos a la hora de conservar recuerdos, y no morir antes de que se hallaran en edad de cicatrizar sin la ayuda de una mamá.

Mis hijas se pelean, se hacen trizas, se rechazan, pero se quieren, y no están solas.

Cojo el móvil y salgo de la autocaravana. El sol acaricia las montañas. Esta tarde llegaremos a las islas Lofoten, un archipiélago conocido por sus paisajes mágicos, y el buen tiempo parece querer acompañarnos.

Hago la llamada, la voz de mi abuela me apacigua de inmediato. Parece feliz de oírme.

—¿Cómo estás, cariño mío?

—Bien, abuelita, siento no haber podido llamarte en toda la semana, ¡aquí los días son apretados!

Como siempre que la llamo, le cuento las últimas etapas, le describo los paisajes que ella conoció. Me escucha con atención, casi puedo ver la sonrisa en sus finos labios.

—¿Cómo van las chicas? —pregunta.

—Me da la impresión de que bien, Chloé habla cada vez más conmigo, está a flor de piel, pero creo que eso forma parte de ella, lo vive todo muy intensamente.

—¡Me pregunto a quién habrá salido! —me pincha.

—Es verdad, se me parece mucho, más de lo que creía. Pero, al contrario que la suya, mi

adolescencia fue fácil.

—¡Ah, eso sí!

Me habría gustado vivir una explosiva crisis de adolescencia, rebelarme, oponerme, hacerme notar, ponerme a prueba, equivocarme, pero no me autoricé a ello. Ni ruido, ni olas, me hacía muy pequeña para que me olvidaran. No cargar las tintas. Avanzar de puntillas. Ya habían sufrido bastante. Todos habíamos sufrido bastante.

—¿Y la pequeña Lily? —quiere saber.

—Se ha acercado a un niño, Noé. Parece sentir gran apego por él, y tengo la sensación de que disfruta del viaje. Bueno, te estoy diciendo que parecen estar bien, pero lo cierto es que acaban de pelearse y soltarse cosas terribles. Sé que se les pasará, que es algo normal entre hermanas, pero todas las veces se me parte el corazón.

—Cielo, están obligadas a vivir juntas las veinticuatro horas del día, ¡si no se tirasen de los pelos, resultaría inquietante!

—Tienes razón. Al menos hablan, lo que no sucedía en casa. Y tú, abuela, ¿cómo vas?

Suelta una risita.

—¡Oh, en mi caso, ya sabes, cada día es una prima, encima no voy a quejarme! Pero mejor hablamos de ti. ¿Has encontrado lo que saliste a buscar?

Hago una pausa, no me había planteado la pregunta en tales términos. ¿He encontrado lo que salí a buscar?

—Caliente, caliente, abuelita.

Las crónicas de Chloé

Mamá me preguntó si lo pensaba de verdad. Contesté que no, para que no se sintiera culpable, pero en realidad sí que creo que prefiere a mi hermana. Sabe ocultarlo, ni siquiera buscando detecto el menor indicio, pero en el fondo lo sé, porque no puede ser de otro modo, Lily es más amable que yo. Tiene buen carácter, siempre está de buen humor, es divertida, en suma, todo lo que yo no soy. Es la hija que toda madre sueña con tener.

Sed sinceros: tenéis dos pares de zapatos, unos cómodos, bonitos y a la moda, los otros incómodos, feos y anticuados. ¿Cuáles os gustan más?

—¿Te consta que no tengo preferencias? —insistió.

—Sí, mamá, lo sé, lo sé.

Al pasar por el lado de Lily, dije «lo siento», pero hizo como si no me oyera.

Tampoco yo consigo no quererla. Ignoro si porque es mi hermana, tal vez estemos programados para apreciar a las personas de nuestra misma sangre, aunque conozco varios ejemplos a mi alrededor que demuestran lo contrario. Así que quizá sea porque es como es.

Acabábamos de llegar a Lødingen, en la isla de Hinnøya, tras haber tomado estrechas carreteras sinuosas bordeadas de montañas y cascadas. Es cierto lo que dicen: en Escandinavia el trayecto es tan bonito como el destino. El viento había disipado las nubes, el paisaje era tricolor: azul, verde y blanco. Mamá se sentía fatigada de haber conducido, estaba descansando un rato antes de ir a visitar los alrededores, y Lily escribía en su cuaderno rojo, así que salí a dar una vuelta. Julien y Noé habían ido a admirar las maniobras de los ferris, Françoise y François, al igual que Marine y Greg, aún no habían llegado. Diego estaba sentado al sol en una silla plegable.

—Edgar está echando una siesta —me indicó, ofreciéndose a cederme el sitio.

Rehusé y me senté en el suelo con las piernas cruzadas.

Es curioso cómo a veces uno se siente cercano a personas con las que apenas ha intercambiado unas palabras. Es lo que ocurre con Diego. Hay algo en su mirada, una dulce melancolía, que hace que te entren ganas de quererlo. Cargó la pipa, la encendió dando varias caladas y expulsó un denso humo blanco.

—Recibo poemas anónimos —solté para entablar conversación.

Me observó con párpados temblorosos.

—He recibido tres —añadí—, alguien los escribe y los deja sujetos en la manija de la autocaravana, pero no sé quién es. Al principio creí que era una broma, pero no estoy segura.

—¿Qué dicen esos poemas?

—Son muy breves y bastante ingenuos, es alguien que me confiesa su amor. Forzosamente, uno de nosotros. ¿Se le ocurre algo?

Frunció el ceño y las arrugas se le marcaron un poco más.

—Algo se me ocurre, sí, pero me lo guardo para mí. Nunca he tenido alma de delator. Ahora bien, no creo que se trate de una broma, sino de alguien que se atreve a hacer realidad un sueño.

Asentí con la cabeza y prosiguió:

—¿Tú tienes sueños, pequeña?

—¿Qué quiere decir?

—Que si tienes algún sueño en la vida.

—Tengo varios —respondí antes de pararme a pensarlo.

—¿Y cuáles son?

—Me gustaría encontrar a mi alma gemela, tener hijos y ser feliz con ellos.

Sonrió, dio una profunda chupada a la pipa y expulsó el humo. El olor un tanto caramelizado tenía algo de reconfortante.

—¿No tienes ningún sueño personal? ¿Que sólo te ataña a ti?

No tuve que buscar mucho rato antes de que la respuesta se impusiera.

—Me gustaría vivir en Australia.

—Entonces tienes que ir.

—No puedo. Mi madre me necesita aquí, debo ganar dinero, así podré ayudarla. Si algún día le va un poco mejor, ya veremos.

Suspiró.

—No conozco muy bien a tu madre, pequeña, pero he conocido a las suficientes para saber una cosa: una madre no puede ser feliz si uno de sus hijos no lo es.

Clavaba la mirada en el vacío con una vaga sonrisa en los labios.

—¿Sabes?, Madeleine y yo queríamos tener tres hijos, pero sólo tuvimos uno, lo cual ya es una suerte. Lo mimamos mucho, nuestro mundo giraba a su alrededor. Durante veinte años fuimos padres y únicamente padres. Lo cual no nos hizo desdichados, al contrario, ese hijo nos devolvía centuplicado el amor que le dábamos; era alegre, cariñoso, divertido, generoso... A los veinte años nos anunció que se iba a vivir a Canadá, y nuestro mundo se derrumbó. Madeleine sufrió una depresión, yo busqué la manera de seguirlo: necesitábamos un trabajo, un piso, no era tan complicado. Fue la psicóloga a la que iba Madeleine quien nos hizo cambiar de opinión. Nuestros hijos no nos pertenecen, somos como tutores de plantas que las ayudan a crecer. Un hijo que emprende el vuelo supone una recompensa. Por supuesto, no lo conseguimos de un día para otro, resultaba difícil dejar de verlo todos los días, tuvimos que buscarnos otros objetivos, otras ocupaciones, pero supuso una gran felicidad verlo convertirse en un hombre realizado.

De pronto se queda mudo, perdido en sus pensamientos.

—¿Sigue residiendo en Canadá? —le pregunto.

—Sí. Le gustaría que fuese a vivir a su casa, pero no quiero.

—¿Por qué?

Se ajusta las gafas de sol sobre las de ver.

—Porque uno no tiene hijos para acabar convirtiéndose en hijo suyo.

ANNA

He comprado cinco pequeños troles en una tienda de Svolvær. Es el souvenir típico que encuentras por todas partes en Noruega. El primero lo pondré en el salón, cerca de la tele, dos están reservados para mi padre y Jeannette, y el resto son para las chicas. Uno muy gracioso con el pelo alborotado para Lily, un guerrero para Chloé. En un primer momento elegí dos idénticos, a fin de que no vieran en la distinción ninguna preferencia. Pero luego cambié de opinión.

Siempre he estado atenta a darles lo mismo. Tuve mucho cuidado en hacerles regalos de valor equiparable para su cumpleaños, en no pasar más tiempo con la una que con la otra. Controlé mis atenciones como el tiempo de palabra de un candidato a las elecciones presidenciales. Sufrí tanto con la sensación de abandono que hice todo lo necesario porque mis hijas no la experimentaran. Pero fracasé. Un día leí que los primogénitos entraban inevitablemente en competencia con los hijos que venían detrás, que era ineludible hiciera uno lo que hiciese. Asumo mi parte de responsabilidad, es posible que, precisamente por intentar ofrecerles la igualdad de trato, no haya logrado preservar su individualidad.

Chloé y Lily son diferentes. Les corresponden troles diferentes.

Me suena el móvil en el momento en que cierro a mi espalda la puerta de la tienda. Me quito los guantes y hundo la mano en el bolsillo de la parka. Al ver el nombre que aparece en la pantalla dudo si contestar, pero, como diría Lily, eso supondría retroceder para mejor batir el hierro.

—Hola, Mathias.

—Hola, Anna —susurra—. ¿Estás bien?

—¿Qué quieres?

—Que encontremos una solución, no busco pelea. Sólo deseo el bienestar de mis hijas.

Hago una pausa para calmarme.

—Mathias, ni siquiera me apetece hablar contigo, es un delirio.

—Nada de delirio, únicamente un padre que se preocupa.

Tengo ganas de gritar. Hago una profunda inspiración.

—Sabes que si me dejaras volver —prosigue— no habría necesidad de llegar a esto.

—Me das asco. Tus hijas te la sudan, sólo piensas en ti mismo. ¡Hace siete años, maldita sea! ¿No puedes pasar página?

Permanece silencioso largo rato. Dejo de caminar y me cambio el móvil de mano. Me tiembla. Su voz es más dura cuando prosigue.

—Como tú quieras. Voy a llamar a mi abogado y le diré que inicie el procedimiento. Perderás, no te quepa duda, dispongo de los medios y los argumentos para demostrar que soy el mejor progenitor de los dos. Después llamaré a las chicas y les haré saber que desde hace siete años me obligas a mentirles. ¿Cómo crees que se lo tomarán, eh, querida mía? ¿Cómo crees que reaccionarán cuando se enteren de que, de no ser por ti, podrían haber visto a su padre mucho más a menudo?

Trago saliva, que me quema la garganta. Imaginar sus labios crispados mientras pronuncia esas palabras me provoca náuseas. Oigo su respiración entrecortada, está al acecho de mi reacción. Aguarda mi miedo.

—Como quieras, Mathias —acabo por responder mientras intento controlar el temblor de mi voz—. Pero si les dices la verdad, me veré obligada a hacerlo a mi vez.

Lily

27 de mayo

¡Madre mía, Marcel, qué pasada! Nunca adivinarías lo que he visto hoy, me he pellizcado la mano tan fuerte para asegurarme de que no estaba soñando que me he reventado una vena. Pero no pasa nada, puedo morir tranquila, porque ¡¡¡¡HE VISTO BALLENAS!!!!

¡Vaya por Dios, creía que ibas a dar saltos de alegría!

Vale, allá voy. Ayer tarde estaba leyendo un cuento a Noé (era en noruego, no entendí gran cosa) y oí a su padre explicar a Françoise y a François lo que había que hacer para ver ballenas. La sangre se me atascó en las venas, escuché con atención y más tarde se lo repetí todo a mi madre, pero ella echó a perder mi alegría. Te hago un resumen: según parece, sale muy caro y somos realmente pobres, dos cosas que no combinan bien. Pero de ninguna manera podíamos perdérnoslo, quizá sea la única vez en mi vida en que tenga ballenas cerca, no será en las calles de Toulouse donde pueda encontrármelas, o de ser así no estarán en muy buena forma.

Supliqué, bailé la danza de la seducción tal como hacen los pájaros, hasta propuse vender mis meñiques para conseguir dinero, nunca he entendido para qué sirven. Entonces captó que yo tenía verdaderas ganas y aceptó. Más tarde me preguntó si prefería que me pusieran anestesia antes de cortármelos, creí que hablaba en serio, no le vi la gracia.

Cruzamos las Lofoten en un minibús hasta Andenes, el camino era bonito, pero yo sólo pensaba en las ballenas. Nos entregaron un mono muy feo, pero que nos protegía del frío, el agua y el viento. Puedo asegurarte que con eso Jack no habría muerto en *Titanic*, pero tampoco es seguro que hubiera pescado a Rose. Subimos a una barquita, mi madre precisó que era una zodiac, lo recuerdo porque me pregunté por qué le habrían puesto ese nombre, puede que al que la inventó le gustase consultar el horóscopo. Éramos ocho, los otros eran una pareja de ingleses con tres adolescentes, creo que por eso Chloé refunfuñó a la hora de ponerse el mono.

Sospechaba que era propensa al mareo desde que había estado a punto de vomitar por la manera de conducir de mi madre, pero allí no sólo estuve a punto. Había un montón de olitas, es como lo de las malas notas: más vale una grande que un montón de pequeñas. El viento era muy frío, a lo lejos veíamos la nieve en las montañas, habrá que avisar a los noruegos de que pronto estaremos en verano. Al cabo de un rato, Magnus paró la barca, había varias aletas negras avanzando al mismo tiempo, al parecer eran medio delfines, medio ballenas, resultaba divertido, como estar en un reportaje. Los miramos largo rato, sólo se les veía el lomo, no quisieron mostrar el resto. Después Magnus recibió un mensaje y nos alejamos un poco más, yo volví a vomitar, mi madre me acarició la espalda e insistió en que mascara un chicle.

Marcel, ¿estás preparado? Voy a contarte EL encuentro. La vi antes de que la barca se detuviese. Lanzó su chorro, mucha gente cree que es un chorro de agua, pero he visto tantos documentales sobre ellas que sé que en realidad se trata de gas y vapor de agua. Fue algo mágico, maravilloso, fantástico, de hecho, no existen palabras para describir cómo fue. Fue, eso es todo.

Sólo se le veía el lomo, parecía casi varada, nos encontrábamos a pocos metros, me apetecía zambullirme para ir a nadar con ella, pero mi madre debió de sospecharlo, porque me dijo que el agua estaba aún más fría que el aire. La ballena se deslizaba lentamente y de repente se sumergió, la cola permaneció erguida fuera del agua unos segundos. Los breves segundos más hermosos de mi vida, Marcel, estuve a punto de llorar, ¿te das cuenta?

Después vimos otra, y una tercera al volver. Te lo juro, siguen en mi cabeza, y espero que se queden ahí. De todos modos, son demasiado grandes para escabullirse por mis orejas.

He anunciado a mi madre que más adelante quiero trabajar con ballenas. Se ha echado a reír. No sé a qué edad perdemos nuestros sueños, pero espero que no me pase nunca.

Hala, te dejo, tengo que ir a contárselo a Noé.

Cordialmente,

LILY

P. D. Al parecer, tanto en Inglaterra como en Noruega ponen la misma cara que nosotros cuando están sorprendidos.

ANNA

Marine y Greg me han propuesto una nueva velada de tarot, a Chloé y Lily les ha costado disimular su alegría por librarse de mí. He fingido tomármelo bien.

En el momento en que entro en su autocaravana están en plena videoconferencia. En la pantalla, una mujer con un niño en el regazo, que lleva un pijama de Buzz Lightyear, les está hablando.

—Es su prima Pauline —me susurra Greg, haciéndome una seña para que me siente.

La conversación no dura mucho, lo suficiente para oír a Pauline felicitar a Marine por su embarazo.

—¡Me alegro tanto por vosotros! ¡Ya verás, es una pura felicidad, y vais a ser unos padres estupendos!

—¿Voy a tener un primo? —pregunta el niño con voz aguda.

—¡Sí, Jules, un primo o una prima! —exclama Marine.

—¡Yo prefiero un primo!

Todos se echan a reír, y luego Pauline los pone al día en pocas palabras: las clases de danza africana que la vuelven loca, su hijo que siempre encuentra una excusa para meterse en su cama todas las noches, el viaje a Bahamas de sus padres, y la conversación concluye con la promesa de las primas de llamarse muy pronto y un sonoro beso del pequeñín.

—¿Quieres una tisana? —me ofrece Marine acariciándose el vientre con las manos.

Sonrío, ella toma conciencia de su gesto y se levanta para poner agua a calentar. Greg me hace un guiño.

—No quiere confesarlo, pero ya lo quiere.

Su mujer se encoge de hombros al tiempo que trata de evitar que las comisuras de sus labios tracen una curva ascendente.

—¡Tonterías! He consultado en Google, ni siquiera mide cinco milímetros, ¿cómo quieres que ame a algo del tamaño de una hormiga?

—Sólo me quedo con que has consultado en Google —replica Greg—. ¿Has buscado también sugerencias de nombres?

Ella se ruboriza. Greg se parte de risa.

—Bueno, vale —admite Marine—. Puede que me haya hecho un poco a la idea de ser mamá.

¡Tampoco es como para lanzar cohetes! Anna, ¿un terrón, como siempre?

—¡Sí, gracias! ¿Sabes?, tu prima tiene razón, no he conocido una felicidad mayor que la que experimento con mis hijas. A veces, sólo con mirarlas, siento cómo se me hincha de alegría el corazón, es inexplicable.

—Vale, vale —me interrumpe Marine mientras deposita una taza humeante ante mí—. No intentes que me centre en otro tema para soslayar el que te concierne. ¿Y bien?, ¿qué tal va con Julien?

Greg me dirige una sonrisa afligida. Pregunto inocentemente:

—¿Cómo que con Julien?

—¡Deja de hacerte la estrecha! No tengo muchas aptitudes, pero sé detectar cuándo ocurre algo entre dos personas. ¡Y en este caso se huele la atracción a diez kilómetros!

Doy un sorbo abrasador. Tres golpecitos en la puerta interrumpen mi turbación. Greg abre a Julien, que se precipita en el interior seguido de un soplo de aire frío.

—He esperado a que Noé durmiera profundamente —indica al tiempo que deposita en la mesa un monitor de bebés—. ¿Y bien?, ¿preparados para perder?

Encadenamos las partidas, las risas locas y las confidencias hasta que el sueño se invita a la fiesta. Cuando Marine se duerme sentada, con las cartas en las manos, llega la hora de largarse. En el momento en que me encasqueto el gorro en la cabeza, emerge del sueño, sin siquiera ser consciente de que había desconectado.

—¿He ganado? —pregunta.

—¡Por supuesto! —le miente Julien mientras se abrocha el abrigo.

Satisfecha, se levanta y me rodea el cuello con los brazos para besarme.

—Haríais una pareja encantadora —me susurra.

Le doy un beso en la mejilla y salto a la fría niebla.

—Espera, te acompaño —se ofrece Julien enlazando el brazo con el mío.

Mi autocaravana está aparcada en la otra punta del área. Caminamos despacio.

—¿Y bien?, ¿lamentas haber aceptado viajar con el grupo? —indaga.

—Pues sí, resulta muy penoso codearse con gente tan insoportable.

—Tienes razón. Marine y Greg son especialmente desagradables.

—No los soporto. Pero el peor sigue siendo el organizador, ¿cómo se llamaba?

Él asiente con convicción.

—¡Ah, sí, el tipo ese con su hijo, Julien! Completamente de acuerdo, tampoco puedo con él...

—Es odioso, siempre dispuesto a hacer un favor. ¿De qué va esa gente que quiere ayudar a los demás a cualquier precio? Es espantoso.

—En efecto. Habría que restablecer la pena de muerte.

Me parto de risa. Hemos llegado ante mi puerta. La niebla nos envuelve como si fuera algodón. Julien se vuelve hacia mí sin soltarme el brazo.

—He oído lo que te ha dicho Marine —murmura.

Pillada de improviso, balbuceo:

—Se le ha metido ese rollo en la cabeza. No sé...

—Tal vez vea cosas que los demás no ven —aventura mirándome de hito en hito.

El corazón se me embala. Libero el brazo con suavidad.

—Buenas noches, Julien.

—Buenas noches, Anna. Que tengas bonitos sueños.

En el momento en que mi mano agarra la manija, siento la de Julien que me acaricia la mejilla con ternura. Abro la puerta y me encierro en la autocaravana, con el cuerpo presa de estremecimientos.

Las crónicas de Chloé

François me pidió que ayudara a Louis a hacer ejercicios de expresión escrita. Su hermana no está muy dotada en lengua, y además mamá se ha jactado de mis buenas notas. No me apetecía nada pasarme medio día con un niño de nueve años, hasta que su padre me ofreció una bonita suma. Mis ganas no salen caras.

Nos instalamos en su autocaravana, Louis sacó el cuaderno y lo abrió por la última página. Un poema de Prévert aguardaba a que imaginásemos la continuación.

—¿Qué quieres contar? —le pregunté.

Me miraba fijamente con sus grandes ojos negros como si no comprendiera la pregunta. Las ideas se atropellaban en mi cabeza, estaba tentada de agarrar el boli y sustituirlo, de proseguir el poema, de escribir otros.

—No lo sé —contestó.

—¿Has entendido la poesía?

El chiquillo negó con la cabeza, rojo como un tomate. A su edad yo ennegrecía cuadernos de borrador enteros con mis pensamientos. Cuando los profesores me preguntaban qué querría hacer más adelante, contestaba «escribir historias».

Expliqué a Louis lo que se esperaba de él y empezó a redactar ocultando las palabras con el brazo.

Miré a mi alrededor. Louise, tumbada boca abajo en la cama, veía una serie en el móvil de su padre. Françoise pelaba zanahorias, que François iba cortando en rodajas.

Mis padres cocinaban juntos. Cuando papá volvía del trabajo, se reunía con mamá en la cocina, se quitaba la americana y la corbata y preparaba la cena con ella. Yo me sentaba cerca y los escuchaba contarse cómo les había ido el día. Reían mucho. Papá solía estrecharla entre sus brazos, se besaban, se daban a probar los platos. A menudo revivía esas imágenes cerrando los ojos por la noche, antes de dormirme. Intentaba encontrar un motivo. Una niña de diez años no puede entender que sus padres se separen cuando el día anterior se estaban besando.

Hice preguntas, las respuestas siempre eran vagas. Durante meses, cada vez que oía la llave en la cerradura, confiaba en que fuera papá, que regresaba. Deseaba oír su voz en el salón, ver su americana colgada en el respaldo de la silla, quería oler el aroma de su desodorante en el cuarto de baño. Quería que nuestra familia volviera a estar completa.

Lily tenía cinco años, no se daba cuenta de nada. Nunca la oí reclamar a papá. Nunca la vi llorar. Recuerdo algunas crisis de ira, se despertaba por la noche gritando, pegaba a sus compañeras en el colegio, se enfrentaba con mamá, pero la cosa no duró mucho.

Sigo sin comprender qué los llevó a separarse, pero abandoné la idea de volver a ver a papá y a mamá darse a probar los platos entre risas.

—¡He terminado!

Louis vuelve el cuaderno hacia mí con aire satisfecho. Parecía haber entendido la consigna, la continuación del poema era coherente, las rimas estaban bien puestas, la letra era...

La letra.

El rotulador azul.

La sangre afloró a mis mejillas. No tenía la menor duda. Frente a mí, con una ancha sonrisa en los labios, mi pequeño poeta anónimo aguardaba mi opinión sobre sus líneas.

ANNA

Cuando nos echamos a la carretera, hace casi dos meses, había añadido a mi lista mental de actividades previstas el kayak en los fiordos. Era el tipo de sueño que uno se dice que jamás se cumplirá, sería una locura.

Es una locura.

Estamos en ello.

Antes de partir he preguntado a mis hijas cuál de ellas quería subir conmigo. Cada una ha señalado a la otra. Así pues, nos hemos hecho a la mar en embarcaciones individuales, y es a solas como trato de dominar el zagual desde hace diez minutos.

Chloé permanece cerca de mí. Sin duda se ha compadecido cuando me ha visto retroceder en lugar de avanzar. El sol se refleja en sus rizos pelirrojos, no cesa de extasiarse.

—Espera, quiero hacer unas fotos —declara mientras posa el zagual de través en el kayak.

Saca la cámara de fotos de la bolsa impermeable.

—Ten cuidado de no caerte.

—No te preocupes, sé lo que hago.

Nuestros kayaks están parados, el ruido del zagual hendiendo el agua da paso al silencio. Un silencio absoluto. Un silencio inquietante. El corazón me late en los oídos, las hormigas invaden mis mejillas. A nuestro alrededor, las oscuras montañas hacen corro, tocadas con sus sombreros blancos. El paisaje se refleja en el agua, impecablemente lisa. Somos minúsculas. Se me acelera la respiración.

—¿Y si iniciara una pequeña crisis de angustia ahora mismo? —propone mi cerebro emocional.

—No, gracias, ni hablar del peluquín —responde mi cerebro razonable.

—A ver, se encuentra en el mar, rodeada de montañas amenazadoras, lejos de todo. ¡Es el momento ideal!

—Muy amable por tu parte, pero está intentando contenerla.

—¡Demasiado tarde! Ya he enviado hormigas a los dedos junto con taquicardia.

—Pues ya puedes ir llamándolas, porque no piensa dejarlas pasar.

—¡Eso ya lo veremos! Sabes muy bien que siempre gano. Hala, añado unos sofocos.

—Escúchame bien, ricura. Vas a dejarle aprovechar el momento y llamar de vuelta a tus

amiguitas en el acto, de lo contrario te empezará a silbar la nariz.

Chloé me mira.

—¿Estás bien, mamá?

—Perfectamente, cariño. Es fantástico.

La observo mientras guarda el panorama en su tarjeta de memoria. Poco a poco, mi corazón recupera el ritmo normal.

—¡Sonríe!

Obedezco sin dificultad. Si no corriera el riesgo de ir a parar al agua, bailaría de alegría por haber vencido a mi angustia. Aunque me conste que no se ha ido muy lejos y que espera, agazapada en un rincón, el momento oportuno para hacerse presente.

—¡Qué guapa estás en la foto! —exclama Chloé—. ¿Me haces una?

Acerco el kayak al suyo, agarro la cámara e inmortalizo a mi hija y su sonrisa, que tanto había echado de menos.

—Bien, tenemos que irnos, ¡nos estarán esperando!

Chloé guarda sus cosas y vamos a reunirnos con el grupo, tan rápido como me lo permiten mis competencias en el manejo del zagual. A lo lejos, las siluetas están inmóviles, salvo la de Lily, que nos hace grandes aspavientos con los brazos. Trato de acelerar, pero mi maniobra tiene como resultado hacerme girar a la izquierda. Enderezo y decido ser paciente. A mi izquierda, noto la mirada de Chloé clavada en mí.

—¿Qué pasa? —le pregunto volviendo el rostro hacia ella.

—Mamá, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¡Por supuesto!

Hace una pausa, lo cual no me tranquiliza mucho, y por fin se lanza:

—Ahora que soy mayor, ¿puedes decirme por qué abandonaste a papá?

ANNA

La primera vez me rompió la nariz.

Fue dos meses antes de nuestra boda. Volvió nervioso del trabajo, no dejaba de rezongar contra su jefe, que lo había colmado de reproches injustificados. Traté de consolarlo, pero rechazaba secamente mis intentos. Vivíamos juntos desde hacía seis meses y estaba descubriendo una nueva faceta de su personalidad, cuando me había acostumbrado a su ternura y su buen humor. Las primeras semanas incluso me planteé si no sería demasiado amable, si no me convendría más un hombre con carácter.

No le hizo gracia que tratara de disculpar a su jefe. Su puño salió disparado, no tuve tiempo de protegerme. Ni siquiera de comprender lo que ocurría.

Una nariz rota sangra mucho. Me suplicó que abriera la puerta del cuarto de baño. El agua corría por el lavabo mezclada con mi sangre, miraba fijamente aquel ballet acuático sin conseguir esbozar el menor gesto.

Me pidió perdón. Era culpa suya, no debería haberlo hecho, jamás había ocurrido antes. Me amaba, me amaba tanto que deseaba morir.

Dijimos que me había dado contra una puerta. Todo el mundo se echaba a reír, pero bueno, Anna, ¿es que ya no vemos las puertas?

Se lo montó bien para hacerse perdonar. Multiplicaba las declaraciones, se mostraba atento, cariñoso, colmaba mi necesidad de ser amada mejor de lo que podría haber esperado. El puñetazo se convirtió en un recuerdo. Un pequeño accidente en nuestro camino, no lo bastante importante como para impedirnos avanzar.

La segunda vez evitó el rostro.

Chloé tenía tres meses. Necesitaba sentir mi presencia en todo momento y yo se la ofrecía dichosa. Él me preguntó si lo seguía queriendo. Un padre afectuoso, un marido benévolo, el hombre al que me sentía afortunada de haber conocido... Me parecía tan evidente que respondí, con una gran sonrisa, «por supuesto que no». No tuve tiempo de añadir nada más, sentí su puño hundirse en mi vientre, todavía no recuperado.

Pasó un mes en casa de su madre. Me había mostrado categórica: jamás volvería a vivir con él. Me llamaba varias veces al día, yo no contestaba, me dejaba mensajes. No comprendía lo que le pasaba, tenía miedo, miedo de sí mismo, no quería ser violento, era más fuerte que él, la culpa

lo consumía. Inició una terapia, empezó a practicar deporte. Me amaba demasiado, temía que descubriera que no era tan buen hombre y que dejase de quererlo. Aquello lo superaba, lo lamentaba muchísimo.

Lo perdoné y durante mucho tiempo me felicité por ello. Había logrado vencer al monstruo que intentaba ocupar su lugar. Tenía fallos, pero ¿quién no los tiene? Tampoco yo era de trato tan fácil todos los días. Desde que trabajaba a media jornada en un restaurante, solía estar cansada por la noche. Se podía dar el caso de que alguna vez lo rechazase, de que olvidara demostrarle que lo amaba.

Había recuperado a mi alma gemela, al hombre que lo sabía todo de mí, el hombre que me hacía reír, vibrar, soñar.

Fue un domingo por la mañana, Chloé había pasado la noche en casa de la vecinita, Ayna, y Lily aún dormía. Tenía cinco años. Me levanté para prepararme, trabajaba en el turno de mediodía. Él seguía acostado. Me retuvo por el brazo.

—¿La tiene más grande que yo?

No entendí de qué hablaba, creí que era una broma, me eché a reír. Tiró de mí con brutalidad, haciéndome caer en la cama, entonces se puso a horcajadas sobre mí y apretó las manos en torno a mi cuello. Sus ojos permanecían clavados en los míos, ya no los reconocía. Me debatí, pero era más fuerte que yo. Apretaba. Y apretaba. Ya no podía respirar. Veía al hombre al que amaba y que me estaba matando. Aflojó la presa antes de que perdiera el conocimiento.

—Pedazo de puta, vas a pagarlo.

Le golpeé los brazos, el torso, le arañé las mejillas, los muslos. Cuando me permitió liberarme, rodé por el suelo y repté hasta la puerta. Una fuerte patada en las costillas me cortó el aliento. Al otro lado oía a *Brownie*, nuestra perrita, arañar la puerta.

Me levantó tirando del cabello y me golpeó la cabeza contra el armario. Estaba aturdida, pero todavía logré decirme que iba a matarme. Me sentía aterrorizada. Pensaba en Lily y en Chloé, que se quedarían solas con él. ¿Quién encontraría mi cuerpo? ¿Lily? ¿Chloé? ¿Como yo el de mi madre?

Golpeó por segunda vez, más fuerte. Estaba doblada en dos cuando de pronto la puerta se abrió. *Brownie* se metió por ella meneando el rabo. Lily estaba en el vano, con el cabello alborotado. Asustada.

Traté de incorporarme para tomarla en mis brazos, pero él fue más rápido. Me asestó una última patada en la espinilla y apretó el rostro de nuestra hija entre los dedos.

—Si hablas de esto, tu madre lo pagará.

Vivimos en casa de mi padre durante una semana. Se lo conté todo. Jeannette y él se quedaron estupefactos. ¿Quién iba a pensar que aquel ser encantador, que se rebelaba contra las injusticias, era un hombre violento?

Me suplicó que le diera una última oportunidad. Se sometería a tratamiento, haría que lo ingresaran en un hospital, encontraría una solución para que jamás volviera a ocurrir.

Fui yo quien dio con la solución para que jamás volviera a ocurrir. Tenía que irse.

La cosa no fue fácil, intentó el chantaje emocional, la compasión, las amenazas contra sí mismo, contra mí, contra las niñas. Se fue a vivir a casa de su madre, a Marsella. Cuando

volvimos al piso, *Brownie* había muerto. El veterinario me dijo que tenía el hígado y el bazo reventados.

Sonrío a Chloé, que rema sin dejar de mirarme. Aguarda mi respuesta.

—Nos separamos porque ya no nos entendíamos, tesoro.

Las crónicas de Chloé

Recibí un nuevo poema. Estaba en el sitio habitual cuando volvimos al área de las autocaravanas tras pasar la tarde en Nusfjord. Pequeña novedad: ahora aparecían corazones sobre las íes. Si me hubiera quedado alguna duda, se habría volatilizado.

Je t'offrirais de beaux bijoux,
des fleurs pour ton appartement,
des parfums à vous rendre fou
et, juste à côté de Milan.[*]

Je ferai un domaine
où l'amour será roi,
où l'amour será loi,
où tu seras reine.[**]

Según parece, el pequeño Louis se ha quedado sin inspiración.

Entré la primera en la autocaravana, encantada con las fotos tomadas en el pueblo de pescadores. Las casitas rojas y amarillas se reflejaban en las plácidas aguas del pequeño fiordo, parecía una postal.

Lo primero que hice fue comprobar si Kevin había contestado a mi mensaje enviado esa misma mañana:

> Pronto volveré, espero que nos veamos. Pienso en ti a menudo. Besos.

Había contestado, y era bastante claro:

> Déjame en paz.

Arrojé el móvil sobre la banqueta y salí sin pronunciar una sola palabra. Necesitaba aislarme, reflexionar. Atravesé el aparcamiento y caminé a lo largo de la carretera, sin saber adónde ir.

Abajo, la vista del fiordo y el pueblo era impresionante.

Como la mala suerte había decidido ensañarse conmigo, me tropecé con Louise, sentada en la hierba con la cabeza hundida en el hueco de los brazos. Seguí adelante tratando de hacer el menor ruido posible, pero la muy plasta tiene el oído fino. Sobresaltada, me miró.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Nada.

—¿Y por qué te cubres la boca con la mano?

—Por nada, te digo.

Estaba muy colorada. Tal vez la mala suerte no radicase donde yo creía. Me senté a su lado.

—¿Se te ha caído un diente?

Meneó la cabeza con el ceño fruncido. Insistí:

—Entonces ¿qué pasa? Déjame ver, no vas a poder vivir con la mano delante de la boca.

Se encogió de hombros y los ojos se le llenaron de lágrimas. Muy despacio, apartó la mano y el estropicio apareció ante mi vista.

El rostro de Louise lucía un precioso bigote marrón.

—¿Qué es eso?

—Pues he querido depilarme, pero la cera estaba demasiado caliente. Así que me ha salido una costra.

Traté de no burlarme. Os prometo que lo intenté. Pero habría que haberla visto, con su aspecto alelado y el bigote en forma de costra. Tampoco vosotros os habríais resistido.

Fue una risita muda, contenida, que podría haberse quedado ahí si Louise no se hubiera carcajeado a su vez. Lo malo es que eso le tiró de la costra, le dolió, de manera que reía y gemía de dolor al mismo tiempo, mientras se sujetaba las comisuras de la boca con los dedos. Ya no pude resistirme. Me subió del vientre, hizo que cedieran mis barreras de compasión, explotó, una risa loca y estridente, intensa, que hace que te duela el estómago y te salten las lágrimas. Louise lloraba de hilaridad.

Cuando por fin nos calmamos, varios minutos más tarde, estábamos tumbadas en la hierba y teníamos las mejillas empapadas.

Volví a sentarme y me enjugué el rostro.

—Tienes suerte, está de moda.

—Los senos pequeños también —replicó.

Tal vez no fuera tan poco interesante, después de todo.

Al volver al área, actuamos como si no acabáramos de pasar una hora charlando. Diego estaba fuera, fumando, me acerqué a saludarlo. Lo que había dicho sobre los padres y los hijos seguía dándome vueltas en la cabeza.

—¿Baja de ánimos? —me preguntó.

—Es soportable. ¿Y usted?

—Bien, mejor que Edgar, que se pasa el tiempo durmiendo. Espero que no nos abandone antes del regreso.

Debió de compadecerse de mis ojos como platos, porque sonrió.

—¿Y bien?, ¿qué es lo que te atormenta? ¿Algún asunto del corazón?

—Podríamos llamarlo así...

Dio una profunda calada a la pipa y expulsó el humo con la vista clavada en el fiordo.

—¿Sabes, pequeña?, si pudiera revivir toda mi existencia consciente de cuanto he aprendido, me sentiría mucho más feliz. A menudo uno se tortura por pequeñas cosas. Lo que considera negativo no lo es forzosamente, y a la inversa.

—¿Qué quiere decir?

—A los veintidós años tuve un grave accidente de bicicleta. Sufrí varias fracturas, pero lo que más me apenaba era no poder asistir esa misma noche a un baile en el que llevaba días pensando. Debía encontrarme allí con una joven que me gustaba mucho, Lucie. A lo largo de todo el día traté de convencer a los médicos de que me dejaran salir, pero fue en vano. Los maldije. Lucie intimó con un muchacho del pueblo vecino y no volvió a contestar a mis cartas. Estaba desesperado, creía que mi vida se había ido al garete. Un mes después conocí a mi Madeleine. Ese mismo año mi hermano, al que estaba muy unido, fue nombrado jefe de la vidriería donde trabajaba. Supuso una gran alegría, nadie en nuestra familia había alcanzado jamás ese nivel. Empezaba más temprano por la mañana y acababa más tarde, pero nada lograba empañar su entusiasmo. Una tarde, en el camino de regreso, se salió en una curva. Murió en el acto. Ejemplos como ésos los tengo a docenas. Si no me hubiera lastimado, no habría conocido a mi esposa. Si no hubiesen promocionado a mi hermano, tal vez habría vivido mucho más. A lo largo de toda nuestra vida juzgamos lo que nos ocurre, nos alegramos, nos lamentamos. Sin embargo, hasta el último momento no sabremos si había motivo para albergar uno u otro sentimiento. Nada permanece inalterable, todo evoluciona. No estés triste hoy, porque lo que ahora te sucede puede dar lugar a una gran felicidad.

Escuché las palabras del anciano con atención, su sabiduría era contagiosa, y luego volví a la autocaravana preguntándome si lo que me había dicho era algo bueno o algo malo.

ANNA

Es medianoche. Y la última vez que vemos el sol a estas horas. Mañana dejaremos Bodø y volveremos a cruzar el círculo ártico.

Las autocaravanas están instaladas en un aparcamiento situado en la cima de una colina que domina la ciudad y el mar. Las chicas y yo hemos querido aprovechar al máximo. Sentadas en la roca, protegidas del frío bajo un mullido edredón, admiramos el mágico espectáculo del sol que se niega a irse a la cama. No hablamos. La emoción no requiere palabras.

—¿Puedo instalarme con vosotras? —pregunta la voz de Julien a nuestra espalda.

—Ocupa mi lugar, ¡estoy reventada! —responde Lily poniéndose de pie—. ¡Buenas noches!

—Yo igual, y además todavía tengo que escribir en mi blog —añade Chloé antes de estampar un beso en mi mejilla y seguir a su hermana.

Dudo si imitarlas, pero no querría ofender a Julien. Permanece plantado a mi lado, parece vacilar, de manera que levanto el edredón y se acomoda a mi lado.

—Aquello es la isla de Landegode —me informa señalando las montañas que ocultan parcialmente el sol.

—¿Puedes decirle que nos está molestando?

—Veré lo que puedo hacer —responde muy serio.

Pega la boca al monitor de bebés.

—Hola, Landegode, aquí el director general del Centro de Conservación de la Belleza del Mundo. Hemos recibido quejas porque has aparcado justo delante del sol, te agradeceré que busques otro sitio, de lo contrario me veré obligado a enviarte a mi mejor agente, la señora Anna, para que te ajuste las cuentas. Y puedo decirte que no se anda con chiquitas. ¿Ves la Atlántida? Pues bien, es ella. ¡Te deseo una feliz velada!

Se guarda el artilugio en el bolsillo de la cazadora y se vuelve hacia mí.

—Arreglado, prepara sus cosas y se larga.

—Muy bien, director Julien. En el peor de los casos, si no obedece, siempre podrás hacerle una llave de *jiu-jitsu*.

Sonríe. La luz dorada hace que le chispeen los ojos. Clava la mirada en la mía, no consigo apartar la vista. Poco a poco, su sonrisa se borra, sus ojos me recorren las mejillas, bajan a mi boca, me acarician los labios. Mucho rato. Muchísimo. Una oleada de calor invade mi cuerpo.

Julien acerca despacio su rostro al mío, el deseo me impulsa hacia él, pero de pronto tomo conciencia de que pueden vernos. De manera que echo atrás la cabeza y ambos volvemos a sumirnos en la contemplación del sol de medianoche.

LILY

30 de mayo

Querido Marcel:

¡Espero que estés bien!

Oye, creo que mi madre ha contado cosas sobre mí a Françoise, es muy raro, vino a verme para decirme que no debía dejarme manejar, que el acoso era una cosa grave, que también ella, cuando iba al colegio, era el chivo exploratorio. Me contó su vida, al principio la escuchaba por quedar bien, pero después lo hice porque lo que decía era interesante. Le aclaré que no me acosaban, que me importaba un comino que las gemelas me chincharan; respondió que ella también afirmaba lo mismo, pero que en realidad sí le hacía daño. Como a mí. Realmente no pensaba eso de ella. De manera que le pregunté cómo se las había arreglado y me enseñó dos trucos. Te los escribo, nunca se sabe, tal vez puedan servirte algún día.

El primero: si otro diario es malo contigo y tienes miedo, imagínatelo con gastroenteritis.

El segundo: en lugar de responder con maldad (o no responder en absoluto), hay que exhibir una gran sonrisa y soltar un halago. No veo en qué puede ayudar eso, pero Françoise me juró que funcionaba.

Cuando se marchó, mi hermana vino a verme, yo creo que lo había oído todo, pero no dijo nada. No dejaba de hablar del tiempo, de la carretera, que era preciosa, saltaba a la vista que quería hablarme de algo pero no se decidía, y finalmente acabó por conseguirlo. Me confesó que no pensaba lo que había dicho el otro día, que la alegraba tener una hermana y todavía más que esa hermana fuera yo. Traté de no sonreír demasiado, no fuera a creer que soy una hermana fácil, pero al menos le contesté que también yo estaba contenta de que esa hermana fuese yo.

Por cierto, a la vuelta tendrás que recordarme que busque una tienda donde se pueda comprar *brunøst*. Es un queso marrón, sabe un poco a caramelo, está tan rico que podría comer sólo eso toda mi vida. Mira, te pongo un poco en la página, pruébalo, ya me dirás qué tal.

Hala, te dejo, acabamos de hacer un alto para ver una cascada, espero que esta vez haya salmones que salten (y quizá osos).

¡Besos, Marcel!

LILY

P. D. No sé quién habrá inventado todas esas palabras raras en noruego, con tantas «ø», «å» y «æ», pero en mi opinión no bebía sólo agua.

Las crónicas de Chloé

—¿Te cae bien Julien?

Mamá no se esperaba esa pregunta. Me la hace repetir.

Estamos a bordo del ferri que nos lleva a Vevelstad, sentadas en el exterior, calentándonos las manos con un bol de sopa. Zigzagueamos entre las pequeñas islas, el paisaje es grandioso, con esas inmensas nubes blancas que flotan en el cielo.

Mamá da un sorbo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, tengo la sensación de que te cae bien. ¿No?

Se encoge de hombros, pero su expresión turbada no llama a engaño.

Desde que dejó a papá nunca le había hecho esa clase de preguntas. Nunca lo había hecho porque no quería saber la respuesta.

Por supuesto que desearía verla feliz. Pero papá no lo soportaría. Me lo ha confesado en varias ocasiones.

Siete años después, reavivar los sentimientos de mamá sigue siendo su único objetivo. Cada vez que lo tengo al teléfono, me habla de las cartas que le envía, de los ruegos que dirige a alguien que ni siquiera está seguro de que los oiga, me cuenta sus recuerdos, le tiembla la voz, percibo su angustia, me salta a la garganta. Se siente solo en su casa, lejos de la mujer de su vida, lejos de sus hijas. Eso me destroza.

Sé que algún día encontrará a alguien. Sé que no será papá. Resulta terrible ser consciente de que la felicidad de uno de tus padres mermará la del otro.

Mamá gusta a los hombres. Veo cómo la miran. Vi el número de teléfono dejado debajo del limpiaparabrisas. Oí al guardia jurado del supermercado soltarle que era encantadora. Imagino que habrá tenido algún rollo en estos siete años. Amoríos, aventuras. Jamás ha dejado traslucir nada. Es la primera vez que me entran dudas.

He reparado en cómo mira a Julien. Dirá lo que quiera, pero hay algo que falta cuando mira a Edgar o a Diego.

Tras unos segundos de reflexión, acaba por responder:

—Me cae bien, me hace reír. ¿A ti no te hace reír?

—Mamá, deja de contestar a mis preguntas con otra pregunta, es un coñazo.

—Una pena, porque tengo una que hacerte. ¿Te molestaría que estuviera en pareja?

—¿Con Julien?

—Con quien sea, deja ya lo de Julien.

Lo pienso.

Desde hace dos meses mis certezas han quedado patas arriba. He pasado más tiempo con mamá que en los últimos años. Papá merece ser feliz, pero ella también. Ya sea sola o con algún otro.

—Tal vez resultara un tanto difícil al principio, lo admito. Pero me acostumbraría.

Sonríe, y aprovecho para añadir una precisión:

—¡Pero, por piedad, que no sea el hombre que susurra a las autocaravanas con sus camisas de leñador!

ANNA

Tenía once años cuando mi padre me presentó a Jeannette. Mi madre llevaba tres años muerta.

Vino a buscarme al colegio y me anunció que íbamos a cenar al restaurante. Nunca comíamos en un restaurante.

Por entonces trabajaba mucho, yo pasaba a menudo la noche en casa de mi abuela. Nos habíamos creado un mullido nidito de costumbres, en su casa tenía la sensación de que nada podía ocurrirme. Todas las tardes eran parecidas. Llegaba a casa, me ponía las zapatillas, las prefería un tanto desgastadas, se deslizaban mejor por el embaldosado. Mi abuela me había preparado la merienda, un vaso de leche caliente, una crepe o un gofre y azúcar glas, que elaboraba ella misma batiendo el azúcar en polvo. Cuando me caía en el hule que cubría la mesa, lo untaba con la yema del dedo y lo lamía con delicia. Luego me ayudaba a hacer los deberes y, si teníamos tiempo antes de preparar la cena, crucigramas. A veces me dejaba rellenar las cuadrículas, pero la mayor parte del tiempo mi función consistía en buscar las definiciones en el diccionario. Entonces pasábamos a la cocina. Tenía mi propio delantal, rojo con estampado de flores malva. Iba dándole los ingredientes que me pedía, me dejaba batir los huevos, extender la masa, untar de mantequilla los platos. Siempre tenía miedo en el momento de encender el horno, raspaba la cerilla y la acercaba al agujerito mientras mi abuela mantenía apretado el botón para que saliera el gas. Entretanto la comida cocía, iba a ponerme el pijama y ella cerraba los postigos, después nos acomodábamos en el sofá para ver los concursos. La casa se llenaba de aromas divinos, el estómago me rugía. Hablábamos mucho durante la cena. Me gustaba que me contase sus recuerdos, me gustaba saber cómo era de niña, me gustaba que me hablara de sus padres, del abuelo, que había muerto cinco años atrás. Por encima de todo, me encantaba que me contase cosas de mi madre, su infancia, su risa, y aquella noche de diciembre en que les anunció que me llevaba en el vientre. Me dejaba leer antes de dormir. La abuela había redecorado de arriba abajo la habitación de mi madre a mi gusto. Elegimos juntas el papel pintado y los muebles. Me daba tres besos en la mejilla y luego me decía «Buenas noches, cariño mío», y eran buenas porque la abuela estaba allí.

Esa noche estaba previsto que durmiera en su casa, pero mi padre me esperaba a la puerta del colegio. Pasamos un momento por la nuestra, se puso mucha colonia y después fuimos al restaurante. Era una mesa para tres, pero no sospeché nada hasta que ella llegó.

Llevaba una blusa roja y esbozaba una sonrisa incómoda. Me tendió un paquete, mi padre me animó a abrirlo sin demora. Era un cuaderno.

—Tu padre me ha dicho que escribías poemas.

Cené hamburguesa con patatas fritas y un helado de chocolate, que no estaba muy allá. Jeannette era agradable, hablaba mucho, como para no dejar que se instalara la incomodidad. Estaba divorciada y no tenía hijos, su sonrisa se volvía discreta cuando lo evocaba. Trabajaba en la guardería de un parvulario, mi padre y ella se habían conocido en la sala de espera de un médico. Ella se había hecho un esguince en el tobillo izquierdo, él en la muñeca derecha, vieron en ello una señal.

A la hora del postre cubrió con su mano la de mi padre. Éste la retiró despacio.

Nos despedimos en la acera, me dijo que se alegraba de haberme conocido, le contesté que yo también. En el coche, mi padre me preguntó qué pensaba de ella, y no le mentí: parecía muy maja y tenía unos bonitos ojos.

Llevaba mucho tiempo sin silbar en la ducha, me alegré por él. Me estrechó con fuerza entre sus brazos antes de irse a la cama.

—Buenas noches, cielo —dijo.

—Buenas noches, papá —respondí sonriente.

Cerró la puerta de mi habitación, me metí en la cama y lloré toda la noche.

ANNA

—¡Hola, Jeannette!

—Cariño, ¿cómo estás? ¡Papuchi, ven, Anna está al aparato!

Oigo la voz de mi padre acercándose al teléfono.

—Pregúntale si ha recibido mi mensaje —dice a Jeannette.

—Espera, pondré el altavoz —responde ésta.

—Anna, ¿has recibido mi mensaje? —repite, con la boca claramente pegada al micro.

—Sí, sí, lo he recibido, lo siento mucho, no me he tomado el tiempo de llamaros...

—Mejor así, eso significa que todo va bien —replica mi madrastra—. La última vez que hablamos estabais en las Lofoten, ¿seguís ahí?

Les cuento las últimas etapas, el sol de medianoche, el kayak, exigen toneladas de detalles.

—Pensábamos ir a Italia en nuestro primer viaje en autocaravana, pero haces que nos entren dudas —suelta mi padre.

—Nada nos impide hacer los dos...

—¡Ah, ésa es mi adorable Mamuchi! —dice él con una risita.

—¡Yuju, sigo aquí! —intervengo antes de que la cosa degenere—. Yo os recomiendo Escandinavia, los paisajes cambian de un kilómetro al otro, no sabes dónde mirar. Hasta conozco a alguien que podría acompañaros.

Los minutos siguientes los dedicamos a planificar su próxima partida, están sobreexcitados. Mi padre acaba por volver a sus ocupaciones, no sin antes haber reiterado las recomendaciones concernientes a su vehículo.

—¿Y las chicas? —pregunta Jeannette.

—Muy bien, tengo la impresión de estar redescubriéndolas, es un verdadero placer vivir con ellas.

—Hiciste bien escuchándote a ti misma, tesoro. ¿Has hablado con ellas?

—No. Todavía no. Te dejo, tengo que ir a la lavandería, no nos queda ropa limpia.

—Vale, da un besazo a tus hijas de mi parte. Y para ti otro muy muy fuerte. Estoy impaciente por volver a verte, ¿sabes?

—Yo también. Besotes, Jeannette.

Lily

1 de junio

Querido Marcel:

¿Qué pasa, colega? No contestes, no tenemos tiempo, he de contarte algo realmente tan demencial que hasta yo lo encuentro demencial.

Estábamos tranquilamente en Trondheim, paseando por Old Town, Chloé iba fotografiando las fachadas históricas y el puente de Gamle Bybro cuando, de repente, ha tenido una idea que habría hecho mejor en no tener. Quería ir a Ikea, porque era una pena visitar Escandinavia sin entrar en uno. He estado a punto de empujarla al agua. Ya es bastante agobiante ir de tiendas en Francia, me sentía al fondo del precipicio.

Mamá se ha mostrado de acuerdo y, por mucho que he intentado hacerlas cambiar de opinión, que les he repetido que era una tienda sueca y por lo tanto deberíamos haber ido en Suecia, he visto que no estaba a la altura. Y no lo digo porque no haya crecido nada este mes.

Ikea en Noruega es lo mismo que Ikea en Francia, sólo que, para la gente de aquí, los nombres de los productos realmente significan algo.

Hemos dado una vueltecita, he intentado tumbarme en una cama a la espera de que hubieran terminado, pero en los ojos del vendedor he visto muy claro que me convenía largarme. Su mirada no necesitaba traductor.

Yo creo que han mirado TODOS los artículos de TODOS los estantes. Me faltaba poco para despeñarme desde lo alto del armario Sniglar cuando de pronto he detectado algo que ha vuelto a darme ganas de vivir. No daba crédito a mis ojos, y eso que no son unos mentirosos, de manera que he pedido a Chloé que viniera a ver, y sus ojos han dicho lo mismo que los míos.

Bien, dejo de poner a prueba tu paciencia, veo que ya no puedes con tanto suspense, parece que estuviéramos al final de un episodio de *Se ha redactado un crimen*. Era la sección de marcos y pósteres, había un montón, de todos los tamaños, de todas las formas, hasta un gran biombo en el que se podían fijar veinte fotos, me daba risa porque habían puesto la misma repetida veinte veces. Lo demencial era precisamente esa foto. Me he dado cuenta de que la había visto en alguna parte, pero he tardado varios minutos en recordar dónde.

¿Estás preparado, Marcel? ¡Cuidado, es muy fuerte, no vayas a sufrir un síncope vasovaginal!

Vale, te lo digo.

Es la foto de las esposas de Edgar y de Diego. Dos mujeres ya no muy jóvenes que ríen delante de un lago, son ellas, no cabe la menor duda.

Te lo juro, esta historia es demasiado rara, no logro comprenderla, pero Chloé y yo hemos decidido que vamos a investigar. Somos buenas detectives, hemos jugado al *Cluedo* a menudo.

De hecho, nos hemos puesto a pensar, y no hay treinta y cinco soluciones.

Pequeño uno: Ikea ha robado la foto de Madeleine y Rosa, y eso es muy, pero que muy gravísimo, sobre

todo porque se trata de una publicidad engañosa, dado que en realidad las dos están muertas.

Pequeño dos: Edgar y Diego no conocen a las mujeres de la foto y eso es muy, pero que muy gravísimo, porque no entiendo nada.

Pero no te preocupes, Marcel, daremos con la solución, llega a buen puerto quien sabe ir más lejos sin correr más.

Besos.

LILY

P. D. Esta mañana le he cogido la mano a Noé mientras mirábamos la peonza y él se ha dejado hacer.

Las crónicas de Chloé

Yo pretendía que nos mostrásemos discretas a la hora de descubrir el secreto de esa foto. Por desgracia, no parece que seamos detectives realmente privados. Los abueletes lo entendieron en cuanto pedimos ver de nuevo el rostro de sus esposas.

—¿Por qué queréis ver la foto? —preguntó Edgar.

—Sólo para no olvidarlas —contesté.

Me miró con desconfianza. Entonces intervino Lily:

—Hemos encontrado la misma foto en Ikea.

Edgar frunció el ceño.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa que estamos listos —replicó Diego.

—Ah.

Nos invitaron a entrar y nos acomodamos en la banqueta. Lily se había puesto las gafas de sol, le parecía que así resultaba más impresionante.

—¿Qué es lo que sabéis?

Le hablé de la foto idéntica hallada en un biombo, los dos hombres me escuchaban con la cabeza gacha. Diego se levantó, cogió la foto y la depositó en la mesa.

—Es verdad, éstas no son Madeleine y Rosa —admitió con voz temblorosa.

—¡Alto, no digas nada! —gritó Edgar.

Su amigo lo tranquilizó apoyando la mano en su hombro y prosiguió:

—Resultaba demasiado doloroso ver sus rostros constantemente, de manera que optamos por una imagen neutra por si alguien deseaba verlas.

Lily se bajó las gafas y frunció el ceño.

—¡Pare la carreta, Ben-Hur! ¿Nos toman por tontas del tarro?

Edgar se mostró de acuerdo:

—La verdad es que tu historia no se sostiene. Cuéntaselo, creo que podemos confiar en ellas.

—¡Sí que pueden! —les prometí.

Mientras nos servía un vaso de zumo de naranja, Diego nos confesó su historia.

Desde la muerte de su mujer, a su hijo le preocupaba saberlo solo e insistía en que se reuniera con él en Canadá. El hombre se negaba, no quería ser una carga. Tampoco deseaba darle motivos

de preocupación, por eso tres meses atrás se había mudado a una residencia de ancianos.

—Abandonar el hogar que albergaba todos mis recuerdos fue un verdadero suplicio —admitió con un suspiro—. Pero era el precio que había que pagar por la tranquilidad de mi chico.

Fue allí donde conoció a Edgar, residente de la habitación contigua desde el fallecimiento de su esposa, casi un año atrás. Él no tenía elección: su hija y su yerno habían decretado que no podía seguir solo en casa tras haber prendido fuego al microondas al prepararse la pasta.

Unieron sus soledades. El reloj de arena se desgranaba lentamente, los días transcurrían despacio, las conversaciones caían en la monotonía. Sólo esperaban una cosa: la liberación.

Ésta no hizo acto de presencia tal como habían imaginado, sino en forma de una autocaravana.

—El director de la residencia de ancianos vino a exhibir su nueva adquisición ante los empleados y los residentes —contó Edgar—. Observábamos el espectáculo desde el patio, era la atracción del día. En un momento dado, todos desaparecieron en el interior del edificio. Aprovechamos para ir a admirar la bestia más de cerca. Fue entonces cuando todo dio un vuelco.

La llave estaba en el contacto y los papeles en el salpicadero. Diego agarró el volante, Edgar se acomodó en el asiento del copiloto. Por el retrovisor vieron correr al director largo rato, aún seguían riéndose.

No habían planificado nada. No tenían ningún sitio adonde ir. Sólo una autocaravana último modelo y el corazón a todo gas.

—Circulamos durante horas sin un objetivo concreto —prosiguió Diego—. Estábamos excitados como chiquillos. Por suerte, llevaba mi bolsa conmigo, con las gafas, los medicamentos y la tarjeta bancaria. Nos detuvimos cuando se encendió el piloto de la gasolina, pero era imposible abrir el maldito depósito. Afortunadamente, un hombre acudió en nuestra ayuda. Con una camisa de cuadros.

Julien acababa de echarse a la carretera para su nuevo periplo. De inmediato captó que algo no iba bien. Los abueletes se confiaron a él. Enternecido por su historia, los informó de que al día siguiente debía reunirse con otros campistas de autocaravana para un viaje por Escandinavia. Les propuso unirse al grupo, a condición de que avisaran a su familia.

Edgar narró la continuación:

—Lo pensamos toda la noche. Al amanecer, tras haber comprado algo de ropa, llamamos a nuestros hijos desde el móvil de Julien. Los había avisado el director. El hijo de Diego estaba que no vivía por nosotros; en cuanto a mi hija, se sentía loca de rabia por lo de la autocaravana. Nos imploraron que volviésemos, afirmamos que lo haríamos. Pero no precisamos cuándo.

Lily se había quitado las gafas y bebía sus palabras.

—Pero entonces ¿no era un viaje que debían hacer con sus mujeres? —quiso saber.

—No exactamente —replicó Edgar—. Mi Rosa detestaba el frío y a Madeleine no le gustaba viajar. Cuando Julien nos habló de esto, nos dijimos que sería la manera más hermosa de concluir nuestra estancia en la Tierra. En el fondo no mentimos del todo: cuando nos reunamos con ellas, estoy seguro de que nos felicitarán.

Nos quedamos en silencio largo rato. Ellos perdidos en sus recuerdos, nosotras sumidas en la sorpresa.

—¡Eso no explica la foto enmarcada! —acabé por exclamar.

Edgar meneó la cabeza.

—La mañana en que viniste a tomar un café con nosotros acababa de comprarla en Ikea, en Estocolmo. Era la coartada perfecta para que creyeran nuestra historia, temíamos levantar sospechas.

Entonces intervino Diego:

—Comprendedlo, jamás en mi vida he robado nada, ¡ni siquiera un sello! Tengo la impresión de ser un fugitivo, temo ver aparecer a la policía en cualquier momento, estuve a punto de tener un ataque cuando en la aduana registraron nuestros vehículos. Necesitábamos una historia sólida, no debíamos hablar de la residencia de ancianos, lo único que hicimos fue alterar un poco el relato. Dos viudos que realizan el viaje organizado con sus esposas, eso impediría a la gente hacer demasiadas preguntas. Después de todo, no tenemos ninguna noticia, ignoramos si nuestros hijos han logrado calmar los ánimos o si la Interpol nos sigue la pista. Confieso que no resulta desagradable, a menudo nos decimos que hacía mucho tiempo que no nos sentíamos tan vivos. Pero, de todos modos, tenemos miedo de que nos descubran.

Hizo una profunda inspiración y acto seguido nos miró de hito en hito con aprensión.

—¿Vais a denunciarnos?

Lily frunció el ceño.

—No soy una pelota —protestó.

Diego se echó a reír, imitado al instante por su acólito. Mi hermana se sumó a sus risas, sujetándose las costillas. Sin que me lo esperase, mi voz se elevó junto con las suyas, y nos desternillamos a coro durante largos minutos.

Más tarde, cuando los dejamos, pensé que los humanos estaríamos bien jodidos si no poseyéramos la facultad de reír. Nos veríamos obligados a exhibir constantemente nuestras verdaderas emociones.

ANNA

Los niños se han acostado, hasta los mayorcitos. El tema de la velada es «Acción o verdad». La mayoría de nosotros hemos intentado zafarnos inventando ocupaciones urgentísimas, pero el entusiasmo de Julien las ha convertido en ocupaciones secundarias.

Como la temperatura se ha suavizado, nos hemos instalado fuera, apartados de los vehículos. La noche no caerá hasta muy tarde. Las rodillas de los más frioleros están protegidas con mantas, arden las velas, y todas las copas, excepto la de Marine, están llenas de *aquavit*, el aguardiente local. Me coloco sólo con olerlo.

Julien da vueltas a la rueda que ha fabricado para decidir el destino de Françoise; se detiene en «acción». Saca uno de los papelitos en los que hemos anotado prendas que hay que pagar, así como preguntas.

—Tienes que contar un chiste con acento quebequés.

Françoise se toma su tiempo para pensar, arguyendo que no conoce ninguna historia divertida, y se lanza.

—Es un gato que entra en una farmacia y dice: «Querría un jarabe para mi tos».[*]

Levanta la barbilla, claramente orgullosa de sí misma. Espero la continuación, antes de comprender que ha terminado. Necesito varios segundos para captarlo. Echo una ojeada a mi alrededor, la incredulidad se lee en todos los rostros.

—¿Te consta que el acento quebequés no es así? —pregunta François a su mujer.

—¡Lo sé, pero sólo conozco el acento marsellés! ¿Acaso no era divertido mi chiste?

—¡Sí, sí! —aseguramos todos a coro.

Satisfecha, se atiza una copa de licor y gira la rueda para Greg.

—¡Verdad!

Saca un papel, Greg espera la pregunta con aprensión.

—Revélanos tu último sueño.

—¡Ah! —exclama, visiblemente tranquilizado—. Fue la noche pasada, soñé que caminaba por una callejuela oscura, solo, las tiendas estaban cerradas, no había un solo coche, ni un avión, ni un pájaro. No sabía adónde me dirigía, y de repente llegó una hermosa rubia, aureolada de luz, me tomó la mano con suavidad, la seguí y ya no estaba perdido. Eras tú, Marine, amor mío.

Marine se parte de risa.

—No pasa nada, corazón, ¡puedes decir la verdad! No me sentiré molesta.

—Vale, de acuerdo. Soñé que me comía una hamburguesa en un tobogán y que un conejo me predecía que iba a llover.

Saca un papel sin esperar nuestras reacciones.

—¡Edgar, verdad! Cuéntenos su más bello recuerdo.

El anciano hace una profunda inspiración, ahondar en su memoria parece resultarle doloroso.

—El momento más hermoso de mi vida fue cuando conocí a mi Rosa. Tenía veinticinco años. Al ir al trabajo, todas las mañanas pasaba por delante de la escuela en la que daba clase. Siempre sonreía, con esa sonrisa que te caldea cuando estás tiritando. Tardé tres meses en atreverme a saludarla de lejos, y otros tres en decidirme a entablar conversación. La esperé una tarde, a la salida, con un ramo de rosas y me ofrecí a acompañarla. No vivía lejos, hicimos el trayecto a pie. Llegados a su casa, lo sabía todo de mí y yo nada de ella, de manera que le propuse repetirlo al día siguiente. Jamás olvidaré su mirada en el momento en que me acerqué a ella con las flores en la mano. Jamás.

La tristeza se cierne sobre la mesa. Diego posa la mano en el hombro de su amigo. Con un sorbo de alcohol elimino la bola de angustia que se está formando en mi garganta.

—Edgar, ¡le toca accionar la rueda! —dice Julien.

El anciano obedece, Marine debe llevar a cabo una acción.

—Nombra diez títulos de canciones sustituyendo una palabra por otra.

No se para a pensar, sospecho que es ella la que ha redactado la prenda. Uno a uno, contándolos con los dedos, enumera los títulos.

—Qué polla la de aquel día.

»Cuando calienta la polla.

»Cada loco con su polla.

»La polla ciega tus ojos.

»Suavemente me matas con tu polla.

»Noches de blanca polla.

»Cuando una polla se va.

»Por el amor de una polla.

»Tu nombre me sabe a polla.

»19 pollas y 500 noches.

Se interrumpe con una sonrisa orgullosa en los labios. Diego da chupadas a su pipa en silencio, Edgar aparta la vista, a Françoise las cejas le tocan la raíz del cabello y su marido está rojo como un tomate. Greg se parte de risa, y no puedo evitar imitarlo.

Entonces me llega el turno.

—¡Verdad! —suelta Marine desdoblando el papel—. ¿Qué persona de las que rodean la mesa te parece más atractiva?

Suelto una risita, convencida de que me está gastando una broma. Pero no es así.

—Julien —contesto antes de que el valor me abandone.

—¡Ajá! ¡Estaba segura! —exclama Marine.

—Digamos que la elección es limitada. Edgar y Diego son un encanto, pero la pregunta alude

a la atracción. François y Greg están casados, sólo quedaba Julien.

El susodicho pone mala cara. Trato de corregir mi torpeza:

—¡Oh, no quería decir que no me atraigas, Julien! Sólo aclaraba por qué te había elegido, eso no significa que...

Me interrumpo, las justificaciones agravan mi caso. Otro lingotazo de *aquavit* acalla mi sentimiento de culpa. Marine llora de risa. Acciono la rueda.

Una hora más tarde Edgar ha imitado a Jacques Chirac, Greg se ha puesto los calzoncillos por fuera de los pantalones, Diego ha contado su primera vez, Françoise ha representado el anuncio de un desodorante, François se ha abierto el mentón al intentar un salto peligroso, Marine ha pelado una manzana con los dientes, yo he confesado mi mayor embuste, Julien ha dado la vuelta al aparcamiento imitando a un oso famélico y otras muchas acciones y verdades han desfilado.

La botella está vacía, nosotros estamos llenos. Le toca ahora a Marine contar la vez en que pasó mayor vergüenza.

—Bien, os lo resumiré, caminaba por la calle, todo el mundo me miraba, me dije que había hecho bien en ponerme la faldita de flores, me las daba un poco de guapa, andaba como si fuera una *top model*, lo que pasa es que al cabo de un rato la *top model* se dio cuenta de que llevaba la falda remetida en las bragas y se le veía el culo.

Todos nos desternillamos imaginando la escena, yo intento consolarla:

—Lo de llevar la falda remetida en las bragas es algo que ocurre con frecuencia...

—Vale —replica—, pero ¿ocurre con frecuencia que unas tiras de papel higiénico se hayan remetido también? ¿Y que aleteen por detrás como una cola?

Las risas redoblan, las mías surgen a su vez, me duele el estómago, y el aire falsamente ofendido de Marine, que lucha por no unirse a nosotros, todavía empeora la cosa.

—¡Bien, te toca a ti! —me suelta sin esperar a que nos calmemos—. ¡Acción!

Pesca un papel y lo lee:

—Debes besar a tu vecino de la derecha en la boca.

Vuelvo la cabeza para comprobar que mi vecino de la derecha sigue siendo el mismo que el minuto anterior, evidentemente se trata de Julien. De inmediato, nos ponemos serios.

Me inclino hacia él sin pensar y le doy un beso en la mejilla.

—¡En la boca! —articula con dificultad Françoise.

Suelto una risa tonta. Mis ideas parecen un tiovivo, pero un tiovivo al que todavía le queda algo de sentido común.

—¡Enséñame el papel, Marine!

Finge no oírme.

—¡Marine!

—¿Qué?

—Enseña el papel, por favor.

—¿Qué papel?

—Basta. Te has inventado la acción.

—Tonterías.

—¿Sabes que si mientes durante el embarazo el niño pesará más de seis kilos al nacer?

—Tonterías.

—Es verdad —interviene Julien muy serio—. Y tendrá la nariz de madera.

No puedo contener la risa, él tampoco. Edgar se levanta todavía más despacio de lo habitual.

—¡Me retiro a mis cuarteles! —declara entre dos hipidos.

—¡Pero Anna no ha pagado la prenda! —se subleva Marine.

Me levanto a mi vez dirigiéndole una gran sonrisa.

—Yo también me voy a la cama, ¡buenas noches a todos!

Julien me imita, luego Françoise y François. Marine se queda sentada con los brazos cruzados. Me inclino hacia ella y le rodeo el cuello con los brazos.

—Buen intento.

—Lo conseguiré antes de que acabe el viaje —masculla.

—Eres realmente adorable.

—Uf..., vale. Tienes suerte de caerme bien.

Le susurro unas palabras al oído, se le ilumina la cara y lanza un gritito de alegría. La beso y me dirijo hacia mi autocaravana. El suelo se bambolea. Un brazo se enlaza con el mío. Julien.

—Te acompaño, al parecer andan cerca osos famélicos —me susurra.

—Tienes razón, y también hay quebequeses con acento marsellés.

Atravesamos el área tratando de caminar en línea recta, cogidos del brazo, y finalmente retira el suyo al llegar ante mi puerta.

—Bueno, esto..., buenas noches —murmura.

—Buenas noches, Julien.

Busco la llave en el bolsillo del abrigo, él no se mueve. Levanto la vista hacia él, me mira con expresión grave. Su mano se posa delicadamente en mi mejilla y la acaricia con el pulgar. Cierro los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, me sonríe, se da la vuelta y se aleja hacia su vehículo. Dejándonos allí a mí, mi embriaguez y mi deseo.

Las crónicas de Chloé

Cuando mamá nos anunció que íbamos a seguir la carretera del Atlántico, no comprendí por qué parecía tan excitada. Ahora lo sé.

Es una carretera de ocho kilómetros de largo que atraviesa el océano descansando aquí y allá en pequeñas islas. Por tanto, alternan puentes con arrecifes, siempre con vistas a las olas, los fiordos y las montañas. Circulábamos sobre el mar. El agua bailaba a nuestro alrededor, las salpicaduras rociaban el parabrisas, mamá conducía despacio para que aprovechásemos al máximo, pero el máximo no era suficiente. Llegadas al final, dimos media vuelta para tener doble dosis.

Estábamos haciendo el recorrido por tercera vez cuando de pronto sonó el móvil. Era papá. Contesté yo.

—¡Hola, papá! ¡Nunca adivinarías dónde estamos!

—Hola, cariño, cuéntamelo todo, ¡por tu voz se diría que está muy bien!

Le describí el paisaje en directo, dándole todos los detalles, quería que estuviera un poco con nosotras. Suspiraba de ganas. Le prometí enviarle un montón de fotos.

—Qué estupendo, cielo. Bien, tal vez no sea buen momento, pero te llamaba para decirte algo.

Me tapé el oído libre con el índice para oírlo mejor.

—¿Es algo grave?

—No, no, no te preocupes. Es sólo que...

Hizo una profunda inspiración. Yo estaba muerta de miedo.

—Es sólo que, finalmente, no voy a pedir vuestra custodia.

—Vale —respondí—. Creo que es mejor, sobre todo porque podremos ir a verte a menudo, ¡ahora que tienes casa!

—Es un poco complicado...

—¿Qué quieres decir? ¿El qué es complicado? No nos recibías en tu piso porque era demasiado pequeño, pero ahora puedes, ¿dónde está el problema?

Lo oí sorber por la nariz.

—Lo siento mucho, cariño, me gustaría tanto recibiros varias veces al mes, en realidad siempre he querido hacerlo...

—Entonces ¿por qué no lo haces?

Mi voz se había vuelto aguda.

—Porque tu madre me lo impide.

Susurró la última frase, era casi inaudible, pero me laceró el corazón. Miré a mamá, tenía las manos crispadas en el volante.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No tengo ni idea. Hace años que lucho por veros, pero ella no quiere. Prométeme que no le hablarás de ello, tesoro, no haría más que agravar las cosas. Temo que incluso me impida llamaros.

—Te dejo, papá, muchos besos.

—¡Prométemelo!

No se lo prometí. Colgué apretando los dientes. Miraba fijamente las olas, deseaba que se embravecieran, que se estrellaran contra las rocas, que estuvieran en fase con lo que yo sentía. Mamá permanecía muda. Traté de callar a mi vez, de no traicionar a papá, pero no lo conseguí. Mi voz la agredió.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Por qué he hecho qué?

—¿Por qué has impedido a papá que nos viera? ¿Por qué no quieres que vayamos a su casa?

Posó la mano en mi muslo.

—Cariño, yo...

—Pero, joder, entonces ¿es cierto? ¿Dice la verdad?

Había hablado a gritos. Se me nublaba la vista. Confiaba en que me dijese que se trataba de un malentendido, que él estaba equivocado, que no me había privado voluntariamente de mi padre durante todos aquellos años, pero no fue eso lo que dijo.

—Vamos a parar un poco más adelante y hablaremos de esto con calma. Nunca he querido hacerte sufrir...

—¡Me importan un bledo tus explicaciones! ¡Nunca te perdonaré lo que nos has hecho!

Se me saltaron las lágrimas, se deslizaban por mis mejillas, por mi cuello, pero no arrastraban consigo mi angustia. Lily volvió la cabeza hacia mí y clavó la mirada en la mía.

—Chloé, ¿lo has olvidado? —dijo—. ¿De verdad has olvidado que papá pegaba a mamá?

ANNA

La música está puesta a tope en la autocaravana. Las chicas y yo cantamos a voz en grito el repertorio de Francis Cabrel. A fuerza de oírmelo escuchar cuando eran pequeñas, se saben las letras de memoria.

Nos disponemos a tomar la mítica carretera de los Trolls. Hemos dado un pequeño rodeo, pero era impensable perdérnosla. En la primera curva, paramos la música y nos quedamos sin voz y sin aliento.

La carretera es sumamente estrecha y serpentea por la ladera de la montaña, es alucinante. A nuestra derecha, un embravecido torrente nos acompaña.

—¡Oh, mira! —grita Chloé.

He perdido un tímpano, pero no pasa nada. Frente a nosotras, pareciendo surgir de la roca oscura, una inmensa cascada se arroja al vacío. Resulta majestuoso.

Chloé apoya la cabeza en mi hombro. Desde nuestra conversación de anteayer, está más cariñosa que nunca. No entré en detalles, pero respondí a sus preguntas. Nunca había sospechado nada, se siente destrozada. La imagen que se hacía de nuestra familia ha volado en mil pedazos. Cometí un error al guardar el secreto. También Lily ha querido demostrarme que estaba de mi parte, me ha regalado un puñado de guijarros «muy suavecitos», como cuando era pequeña. No podía imaginar que pudiera recordar aquella escena. Y, sin embargo, no ha olvidado nada.

Las curvas sumamente cerradas se van encadenando, no sabemos adónde mirar de lo espléndidas que son las vistas. A nuestra derecha el orgullo de la roca afilada, a nuestra izquierda el vacío y, allá abajo, el valle verdeante.

Dejamos atrás dos poderosas cascadas que bajan a toda prisa por la montaña a pocos metros de nosotras. La tercera nos deja boquiabiertas. El agua se estrella, salta de roca en roca, cae, se abisma en el vacío, escupiendo a su paso nubes de espuma con un estruendo ensordecedor. Es tan hermoso que me entran ganas de llorar.

—Os quiero —suelta Chloé.

—Yo también os quiero —respondo.

—Yo igual —dice Lily.

Y allí, exactamente en ese preciso instante, una oleada de felicidad me invade. Estamos ante un espectáculo excepcional, en un entorno mágico, nos sentimos bien, estamos juntas. ¡Qué bien

hice en reventar mi burbuja!

LILY

5 de junio

Querido Marcel:

¿Estás bien? Yo sí, salvo porque he comido salchichón de reno creyendo que era salchichón del reino. Es una publicidad engañosa, cuando he descubierto el intríngulis he estado a punto de vomitar.

Hemos visitado la *stavkirke* de Urnes, es una iglesia de madera en pie. Ya veo que tampoco tú entiendes muy bien lo que eso significa, lo cual me tranquiliza. Figúrate, todo el mundo se ha echado a reír porque he preguntado si la madera se sentaba cuando estaba cansada. Bien, para tu buena gobernación, que sepas que las llaman así porque utilizaron postes para levantar las paredes, la nave y el tejado. ¿Ves cuántas cosas aprendes conmigo, eh? Bien, pues la hemos visitado, es la más vieja de Noruega, todavía más vieja que la yaya, así que le he hablado de usted. Era realmente muy bonita para su edad, aunque por dentro resultaba pequeña, pero no he tardado en salir porque Noé prefería quedarse fuera.

Nos hemos sentado en la hierba, mirábamos el fiordo sin decir nada, no hacía falta. Quiero mucho a Noé, ¿sabes? Aparte de mi familia, es la primera vez que quiero tanto a alguien que no es un animal. No miente, es amable, y a mí me parece divertido. El otro día hacía ruidos raros, me partí de risa y él continuó, estoy segura de que lo hacía adrede para oírme reír.

Mi madre no se dedicaba a charlar con Julien, se quedó con Chloé porque estaba triste. No quería decir por qué, pero al final no pudo evitarlo, porque el dolor hace más daño por dentro que por fuera. Lo cierto es que se enteró por Facebook de que su chico, Kevin, tenía una nueva novia, así que ni te cuento. Desde entonces trata de no pensar en ello, pero salta a la vista que no lo consigue, de lo contrario no se pasaría el rato diciendo que nadie la querrá nunca, que es un desastre, fea, estúpida y que acabará sola.

Además, enterarse de lo que mi padre le hacía a mi madre todavía ha empeorado las cosas, está convencida de que todos los hombres sólo sirven para hacerla sufrir. Tal vez no debería habérselo contado, pero llevo años oyéndola repetir que todo es por culpa de mi madre, que si pobre papá, y blablablá, de manera que tuve a gula restablecer la verdad.

Al parecer, mamá creía que yo lo había olvidado porque era muy pequeña, pero cuando ves a tu madre con sangre por toda la cabeza, te aseguro que no lo olvidas. No vi mucho a mi padre desde entonces, pero todas las veces trataba de averiguar si me acordaba. Debía de parecerle extraño que no me mostrara cariñosa como Chloé. No creas, quizá no parezca que soy así, pero a mí no me la juegan.

Cuando nos fuimos de la iglesia, en el barco, Chloé se echó a llorar. No sé muy bien qué hacer cuando eso ocurre, así que no hice nada, pero cuando volvimos a la autocaravana, te saqué de debajo de la almohada, te abrí por la fecha del 1 de mayo y se lo di a leer.

Ya ves, Marcel, puede que durante este viaje no haga progresos en mates, pero lo que es en hermanismo, sí.

Reciba un cordial saludo, suya afectísima,

LILY

P. D. Tengo un pelo en la axila izquierda.

Las crónicas de Chloé

Lily me ha dado a leer una página de su diario, pero no lo he entendido todo, se dirige a un tal Marcel.

Esto es lo que había escrito el 1 de mayo.

Querido Marcel:

Debo hablarte de mi hermana, Chloé. Bueno, ya te he hablado de ella, pero ahora un poco más.

Mi hermana es la persona a la que conozco desde hace más tiempo, justo después de mi madre y mi padre, lo que equivale a decir que hace un pitorrón de años que nos soportamos. Por eso discutimos a menudo, y también porque es un coñazo. Reniega, llora, grita, monopoliza el cuarto de baño durante una hora por las mañanas, me toma por idiota y nunca quiere jugar a que finjamos hablar inglés con fluidez. Pero de todos modos, podría haber sido la hermana de una asesina en serie o de una profe de mates, así que tampoco me quejo demasiado.

Tiene un montón de cualidades, y no sólo el físico.

Actúa muy bien: deberías haberla visto ayer, cuando anunció a mi madre que estaba embarazada, estuve a dos dedos de la mano de concederle un Julio César.

Es amable: finge no ver las facturas que mi madre esconde en el armario (como yo) y siempre se acerca a comprobar si estoy bien antes de irse a la cama.

Es inteligente: ganó un concurso de escritura el año pasado y siempre trae buenas notas del instituto. Además, sabe recitar el abecedario eructando.

Es generosa: un día me cedió una patata frita.

No sé cómo se las arregla para no ver todo eso, porque yo lo veo mejor que sus ojos o su cabello. ¿Sabes?, cuando estoy harta de ser rarita, como dicen en el colegio, me gustaría mucho ser como ella. Pero, si lo repites, me veré obligada a arrojarte a la hoguera.

Besos, Marcel.

LILY

P. D. Mathias *te envía un saludo.*

Hice una foto de la página, temía no creérmelo al volver a pensar en ello. Lily se reunió conmigo en la cama.

—No sabía que pensabas eso de mí —le dije.

—Pedí a Marcel que no te lo dijera, el muy pelota.

Sonreí. No volvió a hablar, pero el mensaje había sido transmitido. Aquella página era el «te quiero» que no sabía pronunciar.

Pensé de nuevo en los poemas de Louis, ingenuos, simples, usurpados, pero enternecedores por su sinceridad. Cartas anónimas, que no esperaban reciprocidad alguna.

Un niño de nueve años y una niña de doce acababan de darme una lección. Hay quien puede quererme sin esperar contrapartida.

ANNA

Cuando Marine llamó a la puerta de la autocaravana esa mañana, lo entendí enseguida. Tenía los ojos rojos y las manos apoyadas en el vientre.

—¿Os vais?

No pudo contestar. Asintió con la cabeza y se deshizo en lágrimas. La invité a entrar.

—Vale, pero rápido —dijo sorbiendo por la nariz—, tengo que ayudar a Greg a recogerlo todo. No queremos ponernos en camino demasiado tarde. ¿Volveremos a vernos?

Las chicas saltaron de la cama, Lily con esa expresión de cejas tan suya que indicaba que no estaba contenta.

—¡Claro que volveremos a vernos! ¡Toulouse y Biarritz no están tan lejos!

—¿Por qué no acabáis el viaje? —quiso saber Chloé.

—He tardado mucho en hacerme a la idea de tener un bebé, pero ahora estoy preparada. Tengo ganas de volver para anunciarlo a todo el mundo y ocuparme de todo.

Marine estrechó a mis hijas entre sus brazos.

—¡Cuánto voy a echaros de menos!

Me uní a ellas luchando por no llorar.

—Ha sido realmente fantástico conoceros —murmuré, y noté que la mano de Marine me apretaba el brazo.

Justo antes de su partida, nos acercamos a despedirnos. Todo el grupo se había reunido delante de su autocaravana. El cielo estaba enfurruñado, resultaba coherente.

Tardaron tiempo en arrancar. Los abrazos se eternizaban, las promesas se encadenaban, surgían los recuerdos. Olía a final.

Tenía la impresión de despedirme de unos viejos amigos. Sin ellos ya no sería igual. Lily soltó que los mejores se iban los primeros, Françoise fingió ofuscarse, pero todos rieron. La risa es el mejor forro de las lágrimas.

Finalmente, su vehículo se alejó. En su lugar quedó un vacío inmenso. Volví a nuestra autocaravana a fin de guardarme mi baja moral para mí. Apenas hube entrado, mi móvil anunció un nuevo mensaje. Era Marine.

Lo olvidaba: ¡que seas muy feliz con Julien!

Ya la echaba de menos.

El día prosiguió con la visita a Bergen. A Lily le encantó el barrio de Bryggen, con sus casas adosadas de colores y sus callejuelas con pavimento de madera, incluso decretó que habría que cubrir todas las carreteras con madera, dolería menos cuando uno se cae de la bicicleta. Chloé no dejó de extasiarse cuando subimos en funicular hasta la cima de una colina que nos ofrecía unas extraordinarias vistas de la ciudad, esta niña ha nacido para viajar. Hicimos un alto en el mercado del pescado, donde compramos bocadillos para la comida. Estaba convencida de que Lily iba a echarse a llorar cuando vio que podían ser de ballena.

Las chicas se han dormido pronto, yo no consigo conciliar el sueño. Pienso en Marine, en Greg, en esas personas con las que te encuentras y que tienen mayor impacto en tu vida que aquellas con quienes la compartes. Pienso en los caminos que se cruzan, en los que se descruzan. En mis hijas, que un día se marcharán. Más pronto que tarde. Necesito aire.

Cojo el móvil y tecleo el mensaje. La respuesta llega al instante. Tampoco él conseguía dormir.

Me pongo el abrigo y las botas y salgo sigilosamente. Julien ya está fuera, el pijama le asoma por debajo de los vaqueros.

—¿Cuál es la urgencia? —pregunta.

—Me ha dado un bajón.

Sonríe.

—¿Caminamos un poco?

—Vale.

El camino no está iluminado, pero el día juega a prolongarse.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Ver crecer a mis hijas. Sé que es una estupidez, que no podemos hacer nada, pero cada vez que pienso en ellas de pequeñas, me entran ganas de llorar. Todo ha ido tan deprisa...

—Te entiendo, es verdad que el tiempo vuela. Tengo la impresión de que Noé nació ayer.

—Eso es exactamente. Me embarga la sensación de no haber sabido aprovecharlo y el día en que se irán de casa está a la vuelta de la esquina. No logro hacerme a la idea.

En el momento en que esas palabras salen de mi boca, tomo conciencia de la situación.

—¡Oh, perdón, Julien, lo siento muchísimo! Qué gran torpeza quejarme de mis hijas porque se están volviendo autónomas...

—Es cierto que yo tengo más bien la inquietud contraria, sin duda mi hijo no lo será jamás, no se irá de casa, y eso también me impide dormir a mí. ¡Pero, pese a todo, puedo entenderte! Siento nostalgia asimismo de los meses en que lo llevaba en brazos y no me pisoteaba.

Sonrío.

—Cuando Lily tenía cinco años, su maestra nos anunció que era autista. No se relacionaba con sus compañeros, casi no hablaba, jugaba con piedras y detestaba que la tocaran. Pasé mucho miedo, pero al cabo de varios meses los especialistas descartaron ese trastorno. Visto con

perspectiva, creo que sobre todo tenía miedo de que la rechazasen, pero también, cosa que me avergüenza, de que no fuera una niña como las demás.

—¿Sabes?, tampoco es tan terrible. Al contrario. Cuando recibimos el diagnóstico de Noé, mi mundo se derrumbó. Necesité tiempo para aceptar que mi hijo no sería como los demás. Nos da miedo la diferencia, por eso la rechazamos. Al final fue él quien me mostró el camino. Le traen sin cuidado las burlas, es impermeable a la maldad. No sufre, hasta creo que es feliz. De manera que, sí, tal vez nunca pueda enseñarle a construir barcos de Lego o a echarse novia, pero está locamente enamorado de su peonza, le encanta mirar el recorrido de la luna en el cielo, lo apasionan los relámpagos. Me ha enseñado muchas cosas.

Seguimos caminando en silencio. Procedo a mascar mi ignorancia, a digerir mis prejuicios, también yo podría decir que Noé me ha enseñado mucho. La felicidad de mis hijas debe ser lo único que cuente.

Propongo dar media vuelta, nos hemos alejado mucho.

Julien no contesta. Se planta frente a mí y me mira con intensidad. Su rostro está a pocos centímetros del mío. Posa la mano en mi mejilla, con el pulgar me acaricia los labios. Sus ojos brillan de deseo. Se acerca, noto su cálido aliento en la piel. Desliza la mano hacia mi nuca y la insinúa entre mis cabellos. Me estremezco. Me atrae hacia sí, y cierro los ojos cuando su boca encuentra la mía.

Las crónicas de Chloé

Papá no dejaba de telefonear, pero yo no contestaba. Envió un SMS para decir que estaba preocupado, que debíamos dar señales de vida. Lo llamé, y pudo ver que estaba vivita y coleando.

—No me apetece hablar contigo por el momento. Necesito tiempo para digerirlo.

Al principio lo negó.

Aquello era falso, él era incapaz de levantar la mano a nadie, ni siquiera conseguía aplastar a una araña, así que... Era mamá la que mentía, había dado con una nueva manera de separarnos. Se echó a llorar, pero lo dejó cuando le revelé que Lily recordaba perfectamente sus amenazas.

—No pasó a menudo —murmuró.

—A menudo ya es demasiado. ¡Y mataste a *Brownie*! Me das asco.

Me prometió que había cambiado, que ya no era el mismo hombre, que se había dado cuenta de sus errores. Le temblaba la voz. A mí no, pero sí el corazón. Tenía ganas de hacerle una caricia y al mismo tiempo de escupirle. Le guardaba rencor y lo compadecía. Colgué pidiéndole que no volviera a llamarme, ya lo haría yo cuando estuviera preparada. Me repitió que me quería. Contesté que yo también, pero no en voz alta.

Mamá accedió a que me paseara sola por Bergen. Opté por tomar el autobús, el área de autocaravanas se encontraba a media hora a pie y no me apetecía andar. En la parada estaba Louise. Me dije que, a fin de cuentas, media hora tampoco era un tiempo excesivo. Desde nuestras risas locas con lo de su bigote nos entendemos mejor, pero no tanto como para pasar el día juntas. El problema fue que, cuando me vio, me propuso acompañarme. De manera que hicimos el camino juntas, y el resto también.

Nos apeamos en el Byparken, un parque lleno de flores y de bancos, y les sacamos unos cigarrillos a unos chicos. Había uno que no dejaba de mirarme, eso me gustó.

—¿Tienes a algún tío? —me preguntó cuando nos sentamos.

—Tenía uno, pero se acabó.

—Mierda. ¿Se acabó de acabar, acabar?

—Pues sí. Se ha colgado en Facebook con su novia.

—Puf.

—Pues sí. Y tú, ¿tienes a alguien?

—Sí, desde hace tres años, nos casaremos el año que viene.

—¡Enhorabuena! Aunque no me sorprende.

Enarcó las cejas al tiempo que expulsaba el humo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—No sé, salta a la vista que eres una chica seria, que tiene éxito en todos los campos.

Soltó una risa y se subió la manga del abrigo.

—Tengo tanto éxito que la cagué.

Una cicatriz reciente le recorría la cara interna de la muñeca. Arrojé el cigarrillo.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque me sentía mal, tenía la sensación de encontrarme en el fondo de un abismo y que jamás conseguiría salir. Lo peor fue que me culpabilizaba porque a mi alrededor todo iba bien: tenía un novio adorable, unos padres de oro, buenas notas, pero, no sé, me sentía vacía. Como si ya nada tuviera interés. Era como si estuviera encerrada en soledad, apartada de los demás. Creo que realmente no deseaba morir, en fin, no me daba cuenta. Sólo quería que desapareciera mi tristeza.

—Imagino que tus padres no lo vieron venir, parecen de los que trabajan mucho...

—¿Estás de guasa? Curran mucho, ¡pero están superpresentes! Cuando cometí esa estupidez, lo dejaron todo para traernos a este viaje, sabían que soñaba con ver las auroras boreales. Están convencidos de que la naturaleza puede ayudarme, que la pasta que tenemos me ha ocultado el sentido de la vida.

—Diles que a mí la falta de pasta me lo oculta.

Se echó a reír, y yo también. Nuestras vidas se hallan en las antípodas la una de la otra, el dinero no es un problema para ella, se siente importante para sus progenitores, tiene a alguien que la ama, y sin embargo sus palabras podrían ser las mías. Encerrada. Vacía. Sola.

Volvimos justo antes de cenar, en autobús. A lo largo de todo el trayecto me hice preguntas. Cuando abrí la puerta de la autocaravana, mamá me sonrió, y Lily me saltó al cuello diciendo que tenía algo que contarme.

Tal vez no esté realmente sola.

Tal vez sólo sea una sensación.

Tal vez ya va siendo hora de que haga una llave de *jiu-jitsu* a esa sensación.

LILY

8 de junio

Morn Marcel:

Hvordan har du det? (significa «Hola, Marcel, ¿cómo estás?» en noruego) (ahora sé decir algunas palabras en alemán, danés, sueco y noruego) (soy polígama).

Yo bien, aunque estoy un poco triste. Pronto acabará el viaje, nos quedan sólo tres días y abandonaremos Noruega. ¿Recuerdas que cuando salimos pensaba que mi madre había perdido la crisma? Ahora me gustaría mucho que la cosa durase un poco más, ha ido todo demasiado deprisa. Pero bueno, no sirve de nada lengüetearse las heridas, no soy yo quien sujeta el reloj de arena.

Hemos pasado la noche cerca de las cataratas de Langfossen, que mi madre tenía muchas ganas de ver porque es una de las más bellas cascadas del mundo. Es verdad que era muy bonita, era muy, pero que muy altísima y se arrojaba en el fiordo. Toda aquella agua corriendo parecía mi hermana cuando llora.

Como hacía buen tiempo y no tardaríamos en separarnos, Julien propuso que durmiéramos todos juntos, en el exterior, con sacos de dormir, él tenía colchonetas de espuma. Todo el mundo dijo que sí, excepto los abueletes, porque sus huesos son más frágiles que el suelo, por eso nos instalamos cerca de su autocaravana para que al menos estuvieran un poco con nosotros. Era la primera vez que dormía al satén, ¿sabes?

Yo estaba entre Noé y mi madre, que estaba al lado de Louise, que estaba al lado de su hermano. Noé y yo mirábamos el cielo, era de noche pero no del todo, las estrellas aún no estaban encendidas porque el sol no se había apagado. Julien, que estaba acostado al lado de su hijo, no dejaba de contar chistes, y todos los mayores se partían de risa. Después empezaron a contar historias que daban miedo, yo me hacía la chula, pero no las tenía todas conmigo. Françoise contó que una anciana la había seguido por la calle hasta su casa, llamándola «Michèle», y cuando cerró los postigos, la señora la miraba desde el jardín. Justo en el momento en que contaba eso, oímos crujidos no muy lejos, la sangre me hirvió dentro del saco, no te digo más. Entonces dejé de prestar atención, agarré la mano de Noé y le cuchicheé canciones, creo que disfrutó bastante.

No dormimos mucho, y por la mañana nadie se había movido, excepto mi madre, que se había ido al lado de Julien porque él tenía almohada.

¿Sabes, Marcel?, no te diré que ahora quiera a la gente, pero lo que es con éstos, estaría dispuesta a dormir con ellos todas las noches.

Besos.

LILY

P. D. Edgar y yo hicimos un concurso de tocarnos la nariz con la lengua, estuve a punto de ganar, pero entonces él se quitó la dentadura postiza.

ANNA

Sobre el papel, la idea me pareció buena. Una breve caminata para disfrutar de una vista panorámica inigualable resultaba aceptable, incluso tentador. Todo el mundo me lo había asegurado: si me perdía Preikestolen, el acantilado que domina el Lysefjord desde más de seiscientos metros de altura, mi viaje sería un fracaso.

Todo el mundo me lo había asegurado también: la ascensión era fácil, al alcance de cualquiera.

Es obvio que no soy cualquiera. Al cabo de diez minutos ya tengo ganas de que me traigan unos pulmones de repuesto.

Las chicas, por su parte, avanzan como si fuera llano, se diría que poco les falta para silbar. Noé va casi corriendo. Por no hablar de Louis, que se toma por un galgo.

Lo cierto es que sí, los lagos, cascadas y bosques que nos encontramos parecen bonitos. Ahora bien, dado que Julien decretó que era preferible efectuar la ascensión de noche para evitar al gentío y admirar la salida del sol, sólo puedo imaginarlo. No es noche cerrada y vamos equipados con linternas frontales, pero todo lo que veo son las rocas que piso.

Al cabo de una media hora, Françoise solicita hacer una pausa. Me entran ganas de besarla. François propone que esperemos un poco.

Nunca he sido muy deportista. Mi trabajo era de índole física, y muchas veces volvía a casa con agujetas tras un duro servicio. A los veinticinco años no suponía un problema, pero ya no los tengo. Los últimos meses en el restaurante notaba que mi resistencia empezaba a aflojar. Perdía el resuello, sufría esguinces con regularidad. Sin duda poseemos determinado capital en cuestión de forma física, y yo alcancé la reserva.

—¿Estás bien? —me pregunta Julien.

—Estoy bien —respondo sin aliento—. A Preikestolen le conviene merecer su reputación, de lo contrario le partiré la cara.

Me tiende una cantimplora entre risas.

—Verás como realmente vale la pena. Ya casi estamos.

Casi.

Julien es un mentiroso. Me ha sobrado tiempo para torcerme dieciocho veces el tobillo, caerme dos veces, creer que mi fin estaba próximo un millón de veces y sentir deseos de empujar

al vacío a Louis demasiadas veces. Los senderos escarpados suceden a los montículos de piedras, el camino es cuesta arriba, siempre cuesta arriba, ya no siento los muslos, las pantorrillas, las nalgas, únicamente siento haberme levantado a la una de la madrugada para esto.

—¿Necesitas ayuda, mamá? —se ofrece Chloé.

—No, ¿por qué?

—No sé, pareces cansada.

—En absoluto, estoy en plena forma.

Estoy en plena forma para tratarse de alguien a punto de morir.

Diez minutos más tarde es Lily quien reduce el paso para situarse a mi altura. Temo que de un momento a otro me pregunte si necesito un masaje cardíaco, pero de eso nada.

—Mamá, ¿puedes llevarme la mochila? Me lastima los hombros.

La vena maternal se me anticipa, de manera que acepto y se la agarro.

—¡Cuánto pesa! ¿Qué llevas dentro?

—He encontrado un montón de bonitas piedras —replica alejándose a paso vivo.

Tres horas.

Después de tres horas de esfuerzos que deberían valerme una medalla olímpica (o una amputación), divisamos el famoso acantilado. Preikestolen significa «el púlpito», pues la cima de la roca es plana, como una terraza. Unos cuantos pasos más y la estamos hollando.

El cielo es más luminoso que cuando salimos, de un azul intenso que recuerda los ojos de Chloé. Dos hombres han dormido allí en tiendas de campaña. Dejo caer las dos mochilas al suelo y luego me dejo caer yo, con los brazos en cruz. Allá arriba, unas nubes bailan una lenta danza. Chloé se sienta a mi lado.

—¡Mamá, levántate, mira qué bonito es!

Me incorporo en el mismo momento en que los primeros rayos atraviesan el horizonte.

—Lily, ¿vienes tú también?

Ésta murmura unas palabras al oído de Noé y se reúne con nosotras.

Lentamente, el sol emerge de su escondite detrás de las lejanas montañas. El cielo arde, el paisaje se cubre de oro. A nuestros pies, el fiordo despierta. Los barcos son minúsculos, los árboles microscópicos, el viento nos azota las mejillas. Es esplendoroso. Según parece, subir a Preikestolen te cambia la vida. Se trata de una experiencia turbadora, inolvidable.

Permanezco allí un rato, con la cabeza de Chloé apoyada en mi hombro y la mano de Lily en la mía, y la emoción me embarga.

Mis hijas.

Mis bebés.

Mis Preikestolen.

ANNA

—¿Sabéis, chicas?, este viaje por carretera ha sido una metáfora de la vida.

—¿Qué es una metáfora? —pregunta Lily.

—Es como una comparación, una imagen —responde Chloé—. ¿Por qué es una metáfora, mamá?

—Porque hemos tenido el intento de robo, la avería, los ataques de pánico, las peleas, las revelaciones sobre vuestro padre, el frío, el cansancio, el miedo, pero al final únicamente nos quedará la aurora boreal, el baño en el lago helado, el sol de medianoche, el falso embarazo, las cascadas, las fachadas de colores, nuestras locas risas, la velada de karaoke, la peonza de Noé, las noches compartidas de las tres, las canciones a voz en grito en la autocaravana.

Las chicas permanecen silenciosas un instante. Chloé me rodea el cuello con los brazos y estampa un beso en mi mejilla. Lily dice sonriente:

—Tienes razón, mamá, es un bonito fotóforo.

ANNA

Es nuestra última noche antes de la travesía en ferri que nos devolverá a Dinamarca y de ahí a Francia. Nos hemos acostado tarde, tras una velada todos juntos evocando recuerdos. Lily y Chloé charlaban en la cama, creí que no iban a dormirse nunca. Es que tengo una cita.

Muy despacio, mientras vigilo su respiración, salto de la cama, me abrigo y abandono la autocaravana. Julien todavía no ha llegado. Lo espero con una sonrisa beatífica, me siento como si tuviera la edad de mis hijas.

Cuando llega de puntillas, cargado con una gran bolsa, es como si me dispusiera a escaparme con mi novio.

Decidimos no alejarnos demasiado, a fin de oír a los chicos en caso necesario. Encontramos un lugar despejado a pocos metros de nuestros vehículos y unos minutos más tarde nuestra tienda de campaña está preparada, provista de un inmenso saco de dormir, una botella de vino y chocolatinas. Hasta ha pensado en las almohadas, en atención a nuestras cervicales, que ya no son tan jóvenes.

No sé qué me excita más, si el hecho de escondernos, el hecho de estar lejos de mi vida cotidiana o el propio Julien. Tras una única chocolatina, nos saltamos encima con avidez, nuestra ropa vuela por los aires, sus manos me amasan el cuerpo, su lengua me devora, nos acariciamos la piel, me siento guapa, me pego contra él y gimo en su cuello cuando se desliza dentro de mí.

—Ha sido mágico —me susurra Julien mientras me acaricia la espalda.

—Ya lo creo que sí —respondo sin aliento, extática, con el rostro aplastado contra la tela de la tienda y una piedra en las costillas.

Nos pasamos la noche charlando, riendo, haciendo el amor. Me acurruco entre sus brazos, me atiborro de su ternura, de su dulce voz, me sacio de él antes de partir.

—Debemos irnos —murmura abrazándome con fuerza—. Noé no tardará en despertarse.

Hundo el rostro en su cuello y me demoro unos segundos, luego despliego lentamente los doloridos miembros.

—Me ha hecho feliz realizar este viaje contigo —musita incorporándose a su vez.

Le acaricio la mejilla en silencio. Una caricia que significa «a mí también», pero tengo un

nudo en la garganta que me impide hablar. Una caricia que significa «ha estado realmente bien». Una caricia que significa «hasta pronto».

Las crónicas de Chloé

Resultó duro separarnos en Kristiansand. Íbamos a tomar el ferri todos juntos para cruzar a Dinamarca y de ahí a casa, pero en el último momento mamá anunció que quería llevarnos a Lily y a mí a Oslo, a más de cuatro horas de viaje. Nuestros caminos se separaban allí. No me había preparado para eso.

Me gusta el principio de las relaciones. Conocer a gente, aprender a descubrirla, revelarme.

No me gusta el fin de las relaciones. Decir adiós, no volver a verse cuando hemos hecho parte del camino juntos.

Di un beso enorme a Diego y le agradecí sus consejos. Ignora hasta qué punto me impactaron. Si hubiera tenido un bisabuelo, me habría gustado que fuera él. Jamás lo olvidaré. Edgar parecía cansado. Les hice la promesa de que les escribiría. Sé que no la cumpliré, de manera que les di otro beso.

Françoise y François me confiaron que había hecho mucho bien a su hija, que era una chica estupenda. Traté de no dejarlo traslucir, las chicas estupendas no lloran, pero estaba emocionada.

Louise esperaba su turno, un tanto apartada. Se contenía pero su mirada era profundamente triste. Me dio dos besos y luego, con voz temblorosa, añadió:

—Ha sido guay conocerte, petarda.

La estreché entre mis brazos y la añadí a mis amigos en Facebook.

Louis me tendió un sobre. No lo abrí delante de él, pero sabía lo que contenía. Lo besé en la frente y le susurré: «Gracias, pequeño poeta». Se puso rojo como un tomate y soltó una risita.

Avancé hacia Julien y Noé, que se estaban despidiendo de mamá y de Lily.

Lily cuchicheó unas palabras al oído de Noé, acto seguido le estampó un beso en la mejilla y se alejó bruscamente hacia el resto del grupo.

Mamá intentaba sonreír. No oía lo que le decía Julien, pero no me pasó por alto que sus manos se rozaban. El hombre que susurraba a las autocaravanas me prometió que nos veríamos pronto, no viven lejos de nuestra casa y Lily cuenta con ir a jugar con Noé. No me atreví a darle un abrazo, así que me limité a comentar que eso estaba muy bien y los dejé solos mientras me decía que iba a echar de menos sus camisas de leñador.

Todos nos despidieron agitando la mano con entusiasmo cuando nuestra autocaravana tomó la carretera de Oslo. Mamá se deshizo en lágrimas. Lily también. Yo también.

ANNA

No me apetecía volver a casa. Me apetecía dar media vuelta, regresar al cabo Norte, reiniciar la ruta, pero el sobre estaba casi vacío. Vamos a tener que quitarnos el disfraz y volver a ponernos el uniforme.

Chloé intentaba consolarnos afirmando que no debíamos sentirnos tristes, sino dichosas por haber vivido aquellos momentos. Lily replicó que la vida era una gran rácana por transcurrir tan deprisa. Yo no contesté, en el fondo Chloé tenía razón, trataba de mostrarme despreocupada, pero la nostalgia me hundía los hombros. Conoceremos de nuevo numerosos ratos felices las tres juntas, no lo dudo. Sin embargo, éstos, los que acabo de compartir con la Chloé de diecisiete años y la Lily de doce, ya no existirán. Son únicos, distintos de los anteriores, diferentes de los próximos. En adelante ya sólo serán recuerdos. En varias ocasiones he intentado darle al botón de pausa, pero no ha funcionado. Jamás me saciaré de ellas.

Con el fin de regalarnos una prolongación de dos días, pensé de nuevo en un artículo que había leído sobre un parque de Oslo.

Tras haber circulado cuatro horas desgranando recuerdos, llegamos a Oslo poco después del mediodía. Nos hizo falta una hora más para encontrar un lugar donde aparcar.

—Era mejor cuando estaba Julien —soltó Chloé.

Me contuve de aprobar con convicción.

—¿Esto es el Vigelandsparken? —pregunta Lily cuando franqueamos la verja.

—Pues sí, es esto.

Seguimos el camino haciendo un alto de vez en cuando para admirar las obras. El parque está sembrado de esculturas de Gustav Vigeland, que tienen como punto común representar a mujeres, hombres y niños de elevada estatura, completamente desnudos.

—¡Qué locura, parecen de verdad! —se sorprende Chloé.

Tiene razón. Los rostros son expresivos, los cuerpos realistas. Se trata de escenas de la vida cotidiana, unas veces divertidas y otras conmovedoras, como el anciano que tiene entre sus brazos a su debilitada esposa, la pareja que recibe a su pequeñín, la mujer que consuela a otra con la mano posada en su cabeza, el niño furioso, las dos ancianas, una de las cuales se tapa la

boca con la mano como si hubiera olvidado algo, los tres humanos que forman la rueda de la vida. De cada obra se desprende una emoción, pero a Lily, a Chloé y a mí nos sobrecogen las mismas. Una madre que sujeta a su bebé al extremo del brazo extendido, con la alegría iluminándole el rostro. Otra madre que consuela a su hijo, el cual llora cubriéndose el rostro con las manos. Y, sobre todo, sobre todo, esa madre que camina, con el largo cabello revoloteando a su espalda, mientras abraza contra el rostro el torso de su hijo, el cual le rodea el cuello con los brazos y posa la cabeza en la suya. Nos paramos en seco al descubrirla. Ellas no dicen nada, pero creo que sentimos lo mismo. La fuerza de esa mujer, su angustia, el amor por su pequeño, el vínculo indestructible, ocurra lo que ocurra. El vínculo entre una madre y su hijo, entre aquella que lo amará más que nadie y el que será su mayor amor.

Volvemos tarde, tras haber cenado arenques ahumados en el puerto de Oslo y deambulado por las animadas calles en busca de una alegría que se negaba a hacer acto de presencia. El cielo hace juego con nuestro estado de ánimo, nos escupe, obligándonos a acelerar el paso. Cuando llegamos a la autocaravana, estamos empapadas. Apenas tenemos tiempo de cambiarnos cuando estalla una violenta tormenta.

—Tengo miedo —susurra Chloé, que se esconde debajo del edredón.

—No hay motivo, todo irá bien —le digo, confiando en resultar creíble.

Nos hacemos un ovillo las tres en la cama. No oigo el trueno que ruge ni la lluvia que azota el techo, tampoco veo los relámpagos. Noto los pies de Lily, que no paran de moverse, el aliento de Chloé en mi cuello, huelo la vainilla en el cabello de ambas, siento su calor contra el mío, los brazos que se me entumecen con su peso y el corazón que se me colma de felicidad.

Creo que lo hemos conseguido, hemos vuelto a encender las estrellas.

Las crónicas de Chloé

Nos levantamos pronto, teníamos previsto proseguir la visita de Oslo. No habíamos dormido mucho, la tormenta había durado largo rato.

—¡Mamá, confío en que estés orgullosa de ti misma! —me soltó Lily durante el desayuno.

—¿Por qué motivo?

—Pues porque ha habido una tormenta, estábamos completamente solas y ni siquiera has tenido un ataque de pánico.

Mamá no respondió, pero saltaba a la vista que se sentía orgullosa.

Nos disponíamos a salir de la autocaravana cuando sonó el teléfono. Mamá contestó, pero no conseguía saber con quién hablaba, no era nadie a quien conociera bien, ponía una voz un poco aguda, pero tampoco se trataba de alguien a quien no apreciara.

—Era tu director —me informó al colgar—. Tenemos que hablar.

Y entonces hablamos. El señor Martin le recordaba que el primer examen del bachillerato tendría lugar dentro de tres días y quería asegurarse de que yo no hubiera cambiado de opinión. Ella me había preguntado varias veces durante el viaje, pero me mantenía firme en mi postura. ¿De qué serviría? La única razón por la que no me negaba en redondo era porque quería complacer a mamá. No se trataba de un motivo suficiente.

—Tienes razón, no es motivo suficiente —afirmó—. Debes hacer las cosas por ti misma.

—Eso es. Lo que pasa es que, en lo que a mí respecta, no veo qué interés podría tener.

Sonrió.

—Sin duda eso te permitiría encontrar trabajo más fácilmente en Australia.

—¿Cómo?

—Te sacas el bachillerato y luego te marchas, ése es el trato.

—Pero ¿cómo sabes...? ¡No! ¿Fue Diego quien se chivó?

No lo confirmó, pero su sonrisa tampoco lo negaba.

—No pienso marcharme —declaré.

—Chloé, ni hablar de que sacrifiques tus sueños por mí. No te necesito, sólo necesito saber que eres feliz, aunque sea al otro extremo del planeta. Además, siempre he soñado con ver la Gran Barrera de Coral, ¿tú no, Lily?

—¡Y los canguros! ¡Y los koalas! ¿Cuándo te vas?

Mamá prosiguió:

—Nos ocuparemos de todo eso. Pero antes has de sacarte el bachillerato. Tenemos dos días para hacer el trayecto de vuelta, así que no perdamos ni un minuto.

Ni siquiera tuve tiempo de asimilarlo cuando ya nos encontrábamos a bordo del ferri que nos llevaba lejos de Noruega. Mantuve la vista clavada en ella hasta que empezó a desdibujarse. Quería despedirme como merecía.

Una vez en el interior, me zambullí en el móvil para no mirar de frente mis pensamientos. Tenía un mensaje de Kevin, acababa de enviarlo.

Hla, ¿cuándo vuelves?

Giré la pantalla para que mamá no lo viera, tecleé las palabras y las envié.

¡Cucú! Estaré ahí pasado mañana. ¿Por qué?

Su respuesta fue inmediata.

Me gustaría mucho verte, ¿puedo ir a tu casa?

Reflexioné varios minutos, pensé en las palabras de mamá, en las de Diego, en la mirada de Kevin, en las poesías de Louis, en el diario de Lily, en las manos de Kevin, y contesté que sí.

LILY

13 de junio

Querido Marcel:

El viaje ha terminado. Estamos muy cerca de Alemania, mi madre conduce todo el rato, casi no nos detenemos, hemos de llegar a tiempo para el bachillerato.

Estoy muy, pero que muy tristísima, ¿sabes? No digo que no me gustara la vida que hacíamos en casa, pero no era lo mismo. Mi madre siempre estaba en el trabajo, mi hermana no me hablaba y se pasaba el tiempo en su habitación, y además había que ir al colegio. Espero de verdad que la cosa cambie, mi madre nos ha prometido que no volverá a trabajar por la noche y Chloé ha evolucionado. Más vale, porque realmente iba por mal sendero.

Lo más duro ha sido despedirme de Noé. Ya lo echo mucho de menos. No hablaba, pero yo comprendía todo lo que me decía. Y sé que él también me entendía. Le dije que era el encuentro más bonito de toda mi larga vida y le di un beso; no retrocedió y me dio la impresión de que sonreía. Pero bueno, dejaré de hablar de él, porque mis ojos empiezan a tener una fuga.

Recuerdo cuando su padre nos dijo que era diferente. Se equivocó. No es diferente, es mejor.

Mi madre me ha preguntado si tenía ganas de volver al colegio, apenas queda una semana, porque después los terceros tienen los exámenes del ciclo. Lo he pensado bien y he dicho que sí. Si me quedo en casa tendré que matar el tiempo, y no me gusta la violencia.

Voy a dejarte, mi querido Marcel, tengo ganas de mirar la ruta.

Muchos besos.

LILY

P. D. Estás llegando casi al final, pero nunca te abandonaré.

ANNA

Resulta extraño volver a tu hogar y no sentirte en casa. El piso está sumido en la penumbra, hace calor. Cierro la puerta a nuestra espalda y el silencio se impone. No hay viento que silbe, ni pájaros que canten, ni motor que ruja.

—¿Qué hacemos ahora? —quiere saber Lily.

—Abrir los postigos.

Dejamos que entre el aire por todas las ventanas, encadenamos las idas y venidas entre el parking y el piso, que poco a poco se llena de bolsas, recuerdos, comida, en suma, de vida. Los troles comprados en las Lofoten encuentran de inmediato su lugar encima de la tele. Lily alinea sus piedras en la alfombra del salón.

El buzón está a rebosar, deposito el contenido en la mesa sin abrirlo. Chloé se aísla en su habitación para repasar. Sale tres minutos más tarde y se acomoda en el sofá. Miro las maletas, que esperan a ser vaciadas, y me siento a su lado.

—¿Necesitas ayuda?

—No, no hace falta. Pero tengo un poco de hambre.

Diez minutos más tarde he preparado pasta, el agua hirviendo ha salpicado aquí y allá las placas de la cocina, lo cierto es que me he acostumbrado a mi pequeña placa eléctrica. Abrimos una lata de arenques y cenamos en silencio, sentadas en el suelo alrededor de la mesita baja del salón.

Nos acostamos pronto, mañana por la mañana a Chloé le espera el examen de filosofía y Lily vuelve al colegio.

A Lily sólo le asoman la nariz y los ojos por fuera del edredón.

—¿No tienes calor?

—Sí, pero me recuerda a aquello.

Le doy un beso en la frente y le deseo dulces sueños.

—Mamá, ¿puedes dejar la puerta abierta, por favor?

Chloé, tumbada boca abajo, está sumida en sus fichas de repaso.

—Deberías dormir.

—Las leo una vez más y apago, te lo prometo.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mamá.

Al entrar en mi habitación se me hace un nudo en la garganta. Un pasillo y un salón nos separan, esta noche no oiré su respiración. La cama se me antoja inmensa, me acuesto justo en el borde.

Estoy ya casi en brazos de Morfeo cuando me llega un leve ruido de pasos. Mi puerta se abre y aparece la silueta de Lily. Luego la de Chloé. Ruedo hasta el centro de la cama y abro los brazos. Lily a mi izquierda, Chloé a mi derecha, muy pegada a mí. Ahora podemos dormir.

Las crónicas de Chloé

Me dolía la barriga. Mamá había ido a comprar pan y fruta y nos había preparado un buen desayuno, pero no pude comer nada, así que me metió un plátano en la bolsa.

Tomé el autobús con Lily, me senté con Karim e Inès, y ella con Clelia. El colegio queda antes del instituto, me mandó un beso antes de apearse.

Resultaba raro estar allí, mi cabeza aún no se había ubicado del todo. Observaba a toda aquella gente con la que compartía el trayecto desde hacía años y a la que no conocía. El moreno alto con la camiseta de *Star Wars* y los auriculares en los oídos, la chica de gafas con su aspecto tímido, la que sonreía todo el rato y cambiaba sin cesar de peinado. ¿Me habría entendido con ellos si hubiéramos hecho juntos un viaje por carretera? ¿Nos habríamos dado cuenta de que teníamos montones de cosas en común? ¿Pasamos con frecuencia por el lado de eventuales amistades?

Papá me envió un SMS para hacerme saber que pensaba en mí y cruzaba los dedos. Le di las gracias y añadí «beso».

—¡Oh, una resucitada!

Toda la clase esperaba en el patio. Se formó un corro a mi alrededor.

—¿Y bien?, ¿cómo es?

—¿Es cierto que has estado en el Polo Norte?

—¿Has visto osos blancos?

—Pero ¿por qué os marchasteis?

Respondí con brevedad, les enseñé algunas fotos, aunque no parecieron fijarse en ellas. Los oía hablar de sus planes, de los estudios que contaban con cursar, esbozar sus esperanzas y, por primera vez, tuve la sensación de que ya no éramos niños con ropas de adulto. Ya habíamos llegado. Era el momento de desplegar las alas.

«¿Podemos pensar sin el prójimo?»

Era el tema de la disertación. Mamá había asegurado que no, Lily había decretado que sí, afortunadamente yo apoyé mis palabras con más argumentos.

Di un rodeo por la panadería antes de volver a casa. Kevin estaba metiendo bollería en el horno,

nos sonreímos. Había cambiado de peinado, le sentaba bien. Nos veremos pronto.

Mamá me esperaba con datos sobre Australia. Había dado con un organismo que se ocupaba de solicitar el visado, de localizar a una familia de acogida en el lugar de destino hasta que encontrara alojamiento, así como escuelas para hacer cursos de inglés, y que proponía pequeños trabajos. Me bastaba con esperar a la mayoría de edad, al mes siguiente.

—Se trata del visado *working holiday* del que me hablaste —precisó—. Vas a clase, trabajas para subvenir a tus necesidades y el resto del tiempo ¡te dedicas a hacer turismo! Incluso puedes cambiar de ciudad siempre que quieras.

—Puedo quedarme un año, ¿no es eso?

Asintió.

Lily estaba haciendo los deberes a nuestro lado. Cuando vio que acababa de comerme las dos puntas de la barra de pan, se puso ciega de rabia.

—¡Me has birlado los cuscurros!

No contesté, pero no había terminado conmigo.

—¡Sólo piensas en ti, pedazo de egoísta!

—¡Eh, para el carro, no irás a jorobarme por un trozo de pan!

—Chicas, calmaos —ordenó mamá.

—No he sido yo —repliqué—, es Lily, que se ha puesto histérica.

—¡No me he puesto histórica, sólo digo que eres una maldita egoísta, y lo pienso de verdad!

Se largó a su habitación dando un portazo bien fuerte, por si no lo habíamos captado. Mamá se encogió de hombros.

—Espero que no haya pasado nada en el colegio.

Encontré a mi hermana en su cuarto tras buscarla un rato, estaba dentro del armario, sentada entre un abrigo y un vestido.

—¿Qué haces ahí? —le pregunté.

—Nada.

—¿Quieres que hablemos?

—No.

—¿Quieres que te deje en paz?

—No.

—Entonces ¿qué es lo que quieres?

—No quiero que te vayas.

LILY

17 de junio

Querido Marcel:

Espero que estés bien, yo así y asá al mismo tiempo.

Mi madre sigue sin deshacer el equipaje, hay cosas por todas partes, dice que no tiene tiempo, pero yo creo que no quiere porque eso supondrá admitir que hemos vuelto definitivamente.

Fuimos a devolver la autocaravana a mi abuelo, se alegró de vernos, sobre todo porque no tenía ni una raya.

Querían saberlo todo, se lo contamos casi todo, de común acuerdo guardamos el secreto sobre *Mathias*, no lo confesaré aunque pretendan sacarme las palabras con sacatapones. Estaban contentos con los troles que les hemos traído, pero no les gustaron nada de nada los arenques fermentados. Les enseñamos un montón de fotos del móvil de mi madre, hasta había vídeos de las cascadas, pero, francamente, no veo qué interés podrían tener, porque no es en absoluto lo mismo que estar allí. Es como cuando miras a alguien que está comiendo, siempre te entra hambre.

Hablando de eso, la abuelita Jeannette nos había preparado gofres, me zampé cuatro, uno con azúcar, uno con mermelada, otro con chocolate y otro con todo, pero después mi vientre me ha enviado factura. Suerte que los gofres no estaban buenos, si no, ni te cuento.

Chloé habló de Australia, empiezo a hacerme a la idea, aunque confío en que la ataque un cocodrilo y se apresure a volver. Incluso con una pierna menos seguirá siendo mi hermana.

Me gusta ir a casa de mis abuelos, pero también marcharme, porque allí nunca me siento demasiado bien. Creo que es por los enormes muebles marrón oscuro y los cuadros de lana de Jeannette. En el del salón hizo un perro, tendrías que ver su careto, debió de chuparse el cristal un pitorrón de veces. Por no hablar del gran reloj que hace tictac, y los tapetes; en pocas palabras, tengo la impresión de estar en una casa de la Edad Media y no de la tercera. Espero que, cuando me haga vieja, no sea vieja.

Como ves, estoy obligada a escribir con letra muy pequeñita, no me apetece que te acabes, pero sólo te quedan unas pocas páginas. ¿Crees que será mejor si sólo escribo las consonantes?

Besos, Marcel, ¡que sigas tan marchoso!

LILY

P. D. No añado posdata para ahorrar espacio.

ANNA

El señor Renard llega puntual, con su maletín y su sonrisa forzada.

—Buenos días, señora Moulineau —dice tendiéndome la mano—. ¿Su hija no está?

Río para mis adentros pensando en el recibimiento que Lily le tenía preparado.

—No, puede estar tranquilo.

—No estoy inquieto.

Nos instalamos en el salón. Saca varias hojas de su dosier y las extiende sobre la mesa.

—Como le expliqué por teléfono, dado que su banco bloqueó los pagos, el montante de la deuda ha aumentado. ¿Ha pensado en alguna solución, señora Moulineau?

Ayer presenté mi solicitud para una decena de ofertas de empleo, en diversos campos: mantenimiento, ayuda a las personas, secretariado. Una empresa de limpieza me llamó. La joven me indicó que mi perfil les interesaba para hacer la limpieza en casas de particulares. Los horarios son adaptables, se puede optar entre trabajar a tiempo parcial o a jornada completa, y se cobra el salario mínimo interprofesional. Mañana iré a hacer una prueba: limpieza de una estancia de arriba abajo y planchado, pero la joven precisó que se trataba de una mera formalidad.

Lo pensé bien. Con ese empleo ganaría menos que en el restaurante. Finalmente cogí el móvil y llamé antes de cambiar de opinión.

—Hola, Mathias, soy Anna.

—¡Hola, Anna! ¿Cómo estás?

Su voz era alegre, como si fuéramos viejos amigos, como si no hubiera pasado nada.

—Bien. Oye, sabes que siempre he tratado de entenderte, nunca quise ser dura contigo ni hacerte pagar nada en absoluto, yo...

—¡Vaya por Dios! ¡La cosa empieza mal!

Su voz se había vuelto más seca. Tragué saliva. Incluso desde la otra punta de Francia, incluso siete años después, tenía miedo de que su puño me alcanzara.

—Mathias, te consta que realmente las paso moradas para llegar a fin de mes, ya no consigo arreglármelas. Nunca te he pedido nada, sabía que no tenías trabajo y que las cosas también eran difíciles para ti, no deseaba agobiarte, pero según parece ahora te ganas bien la vida, de manera que...

Soltó una risa sarcástica que no era risa en absoluto.

—Tu viajecito te ha dejado sin un céntimo y ahora pretendes desplumarme, ¿no es eso?

Hice una pausa. En realidad, ¿qué esperaba?

—Mathias, sabes muy bien que no quiero ese dinero para mí. Eres su padre, aunque no vivas con ellas debes subvenir a sus necesidades. Podría haber solicitado a un juez que te obligara a ello desde el principio, pero...

—¿Cuánto? —me cortó.

—Creo que...

—Chloé es mayor, puede trabajar, pero te pasaré un tanto por Lily. Me informo y te digo algo.

Una hora más tarde me enviaba un mensaje para decirme que me pasaría doscientos euros al mes, a cambio de lo cual quería venir a verlas de vez en cuando. Acepté, a condición de estar presente durante sus encuentros.

El señor Renard carraspea y me saca de mis pensamientos. Espera mi respuesta.

—No podré reembolsarle todo de golpe como es su deseo, pero me comprometo a reanudar el pago de las mensualidades y, para compensar el retraso, puedo abonarle cien euros al mes.

Suelta un hondo suspiro.

—Señora Moulineau, llevo tres meses haciendo esperar a mi cliente con la promesa de que saldará usted la deuda.

—Lo sé, pero no tengo nada mejor que proponerle.

—Eso me pone en una situación muy complicada...

—Lo lamento de veras.

—Bien, pues tendremos que iniciar un procedimiento con el fin de obtener un requerimiento de pago —me espeta al tiempo que se levanta—. Lamento haber confiado en usted.

—Le prometo que no voy de mala fe, abonaré cada mensualidad en la fecha prevista. Estoy segura de que sabrá convencer a su cliente de que un pago garantizado, aunque sea largo, es la mejor solución.

Se dirige a la puerta haciéndome caso omiso. Es el momento de desenfundar el arma secreta que me proporcionó Françoise.

—Señor Renard, he consultado a una abogada, la cual me explicó que, dados mis ingresos y mis cargas familiares, si deposito un dosier de sobreendeudamiento ante el Banco de Francia, lo aceptarán y me concederán una moratoria a la espera de que mejore mi situación. En ese caso la deuda quedaría suspendida. No deseo llegar a eso, solicité ese crédito y me propongo reembolsarlo, pero debe confiar en mí.

Agarra el picaporte sin una palabra y luego se da la vuelta.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dice.

—Por supuesto.

—Hace casi tres meses teníamos una cita, afirmaba disponer de la suma necesaria para saldar la deuda en su totalidad, pero la anuló. Era falso, ¿no?

—No, realmente disponía de esa suma.

—¡Pues entonces no entiendo nada! ¿Por qué no aprovechó para librarse de la deuda?

Reflexiono sobre la mejor manera de formular mi respuesta, pero se me escapa por sí sola.
—Porque eso me permitió hacer algo más importante.

LILY

20 de junio

Querido Marcel:

Espero que consigas leerme. Finalmente no escribiré sólo con consonantes, sería demasiado difícil de entender, así que escribo con letra muy muy chiquitita.

Sólo quería decirte que estoy muy contenta. Esta tarde he ido a casa de Clelia. Su padre me ha preguntado si había visto vikingos y luego se ha puesto otra vez a hacer compañía a la tele, así que podíamos estar tranquilas con las ratas. Figúrate, *Ratafía* y *Rataplán* han tenido otros bebés mientras yo estaba fuera, y Clelia me ha guardado uno porque me conoce.

Ni te cuento cómo he tenido que luchar para que mi madre aceptase, por suerte guardo varios triunfos bajo la manga, he logrado hacerle entender que era muy muy importantísimo. Bueno, he tenido que prometerle que no saldría de mi habitación cuando ella estuviera en el piso, pero estoy segura de que por fuerza acabará acostumbrándose a ella. Me gustaría hacer que adivinaras qué nombre le he puesto, pero no disponemos de suficiente espacio para eso, así que te lo digo, se llama *Ralalá.* De hecho, ahora mismo está andando por tu página de la izquierda, espero que os llevéis bien. ¡Ah, por cierto!, Chloé ha telefoneado a Diego y a Edgar para saber cómo les había ido el viaje de vuelta. Hemos guardado el secreto hasta el final, pero queríamos tener noticias. Lo cierto es que, debido a la tarjeta bancaria y al GPS, todo el mundo sabía dónde estaban, ni siquiera necesitaban buscarlos. Por eso el director no los denunció, pero ya no los quiere en su residencia de ancianos. Tendrán que encontrar otra cosa, y al parecer será difícil que puedan seguir juntos. Te lo juro, Marcel, estoy supercontenta de utilizar la crema antiarrugas de mi madre, así nunca me haré vieja.

Hala, tengo que ir a acostarme, mañana hay cole (trataré de volver a dormir en mi cama). Estoy contenta, todo va bien con Juliette y Manon, hacen como si no existiera.

Besos, Marcel.

LILY

P. D. *Ralalá* te pide perdón, lo del pipí no lo ha hecho adrede.

ANNA

Mi abuela está sentada junto a la ventana, en su sillón. Nos esperaba. Se alegra de que haya adelantado un día mi visita a fin de que las chicas pudieran acompañarme. Un día menos en su apretada agenda de soledad. La estrecho fuerte contra mí, tiene las mejillas frías. Lily le da un beso y le tiende una piedrecita negra.

—¡Toma, yaya, te he traído esto del cabo Norte!

Se la ve conmovida, acaricia el guijarro como si se tratara de un diamante. Chloé le coge la mano y le susurra unas palabras al oído.

—No hice nada especial —responde ella muy bajito.

—¡Ya lo creo que sí, abuela! —intervengo—. Hiciste mucho.

Rechaza la responsabilidad con un modesto aleteo de la mano y desvía nuestra atención hacia las galletas depositadas en la mesita de ruedas.

—Servíos, ¡las ha hecho la nieta de la señora Duport!

—No, gracias —declina la oferta Chloé—, estoy tratando de cuidarme un poco, he engordado dos kilos.

—¡Y te quedan muy bien, tienes mejor cara que la última vez que te vi!

Lily aprueba asintiendo con la cabeza mientras hinca el diente a una galleta. Al instante la deja, con el rostro deformado por una mueca.

—¿Son galletas de cemento o qué? ¡He estado a punto de perder todos los dientes!

—Pues la semana pasada estaban buenas —se sorprende mi abuela—. ¡Bueno, hala, contádmelo todo! Guardo un excelente recuerdo de Noruega, ¿os ha gustado?

Dejo hablar a las chicas, mi abuela ya conoce mis impresiones, la llamaba al menos una vez por semana. Comparan sus experiencias, sus emociones casi idénticas pese a los sesenta años que las separan.

—¿Qué fue lo que preferisteis?

—Es difícil decirlo —responde Chloé—. Me gustaron de verdad muchas cosas... Tal vez la aurora boreal. O Preikestolen. ¡No, no, ya lo sé! Lo que preferí fue que estuviéramos juntas las tres.

—¡Bien, pues yo preferí las ballenas! —declara Lily.

Mi abuela se parte de risa, las chicas la imitan. Las observo saboreando la suerte de estar

rodeada de esos seres sin los que no sería la que soy. Sólo falta una, pero está en cada una de nosotras.

Nos quedamos hasta la hora de la cena, servida en el comedor, y luego doy un beso a mi abuela.

—Volveré la semana que viene, abuelita.

—¡Yo también! —exclama Lily—. Pero tira esas galletas, son peligrosas.

—Yo también vendré —añade Chloé.

Mi abuela se siente en el séptimo cielo. Nos sigue con la vista hasta que salimos de su habitación. Las chicas son las primeras en hacerlo, pero justo cuando me dispongo a cerrar la puerta tras de mí, la oigo llamarme muy bajito. Me doy la vuelta, pone cara de conspiradora.

—¿Y bien?, ¿tienes noticias suyas? —cuchichea.

—Precisamente pensaba llamarlo al salir.

—¿Vas a anunciárselo?

—Todavía no lo sé.

Se frota las manos, debajo de las arrugas tiene diez años. Le saco la lengua y cierro la puerta.

Cinco tonos de llamada. Estoy a punto de colgar cuando de pronto contesta.

—¡Hola, Anna!

—¡Hola, Julien! ¿Cómo estás?

Lily

25 de junio

Mi muy queridísimo Marcel:

Es la última vez que te escribo, y eso me pone muy triste. Tengo la sensación de que estás conmigo desde siempre, y ahora he de dejarte porque ya no tienes sitio. No debería haber escrito con letra tan grande al principio, tendría que haberte hablado con parsimónica, eso me enseñará.

Bueno, primero te cuento los últimos chismes y luego me despediré como es debido.

En primer lugar, estoy muy contenta porque este fin de semana voy a casa de Noé. Mi madre ha llamado a su padre, él cree que es una gran idea que volvamos a vernos. Me da un poco de miedo que no me reconozca, pero le susurraré canciones, como cuando dormimos al aire libre, eso debería refrescarle la memoria. En cualquier caso, estoy impaciente por verlo, porque por mucho que he buscado en el colegio, no hay dos Noé como él.

Hablando del colegio, fue muy bonito, las gemelas no me habían olvidado. Sólo esperaban el momento adecuado. Me engancharon en el vestuario del gimnasio, estaba cambiándome, llevaba los pantalones por los tobillos. Juliette soltó que yo no era más que una pelota, que por mi culpa habían expulsado a su hermana tres días. Manon añadió que habría preferido que no volviera nunca. Les contesté que no tenía nada que decirles, que no hay que confundir la gimnasia con el manganeso, pero eso las hizo reír y siguieron burlándose de mí. Todo el mundo nos miraba, pero nadie decía ni guau. Me soltaron que debía dejar de hacerme la chula, que tenía cara de pedo, sobre todo con el pelo corto, que mi madre debería haberme tirado por el váter. Por ahí sí que no pasaba, así que les aconsejé que no mentaran a mi madre, pero ellas siguieron a la suya, dijeron que estaba gorda, que era pobre, y los ojos empezaron a escocerme. Estuve a punto de replicar que su madre era tan bajita que la cabeza le olía a pies, pero de repente me vino a la memoria lo que me había enseñado Françoise. Que debía responder a la maldad con un cumplido.

Miré a Manon, que me estaba soltando cosas terribles, le dirigí una gran sonrisa y le di las gracias. Me preguntó por qué y le expliqué que su gentileza me conmovía mucho, que debería haber más personas como ella en el planeta. Todos se echaron a reír, lo cual la irritó todavía más. Su hermana me gritó que estaba loca de remate, le susurré que era muy guapa, sobre todo cuando sonreía. ¡Ah, eso sí que le cosió el pico, deberías haberla visto! Todos los demás estaban muertos de risa, las dos farfullaron varios insultos más y luego pasaron a otra cosa. Bueno, volvieron a empezar en clase de mates, la cosa no terminará ahí, no debo hacerme ilusiones, pero ahora sé cómo responder. Te lo juro, Marcel, si algún día les hacen un escáner del cerebro, tendremos sorpresas.

Bien, espero que te sientas orgulloso de mí. En cualquier caso, yo sí estoy orgullosa de ti y me alegra de verdad haber pasado cuatro meses de mi vida contigo. Cuatro meses importantes.

Voy a echarte mucho de menos, pero no te abandonaré, es sólo que ya no podré hablar contigo. Te

conservaré siempre, incluso cuando esté en una casa de viejos como la yaya, jamás te olvidaré. Gracias por todo, mi pequeño Marcel querido.

LILY

P. D. Te quiero.

Las crónicas de Chloé

Mamá trabajaba todo el día, era la primera vez desde que empezó con lo de la limpieza. La empresa ya le ha conseguido varios contratos, cree que no tardará en currar a jornada completa. Lily pasaba el día en casa de Clelia.

Me levanté tarde, hacía tiempo que no me ocurría, el estrés de los exámenes va remitiendo ahora que han quedado atrás. Fui a hacer las fotocopias para solicitar el visado y luego volví a casa para prepararme.

Me alisé el cabello, sé que le gusta así. Me puse un vestidito negro, zapatos de tacón y carmín en los labios. Llegó tarde, pero traía unos petisúes.

—Hola, Chloé.

—¡Hola, Kevin, pasa!

Miró la pared del pasillo, que habíamos cubierto de fotos del viaje. No parecía sentirse cómodo, ni yo tampoco. Me temblaban las piernas.

—¡Parece guay!

—Fue genial. ¿Quieres tomar algo?

—¿Qué tienes?

—Agua.

—Entonces, un vaso de agua.

Nos sentamos en el sofá, él posó la mano en mi muslo.

—Me alegro mucho de verte. Siento de veras lo de mi madre...

—Pues sí, se pasó veinte pueblos.

—Lo sé. ¿Me guardas rencor?

—Un poco. Pero tú sabes cómo hacerte perdonar...

Se apretó contra mí y me besó. Su mano subió por debajo de mi vestido, olía a pan caliente.

—¿Quieres que nos quedemos aquí o vamos a la habitación? —preguntó.

—Prefiero ir a la habitación.

Me siguió, y apenas hube cerrado la puerta empezó a besarme con fogosidad. Hizo volar mi vestido por los aires, yo le quité los vaqueros, me acariciaba la espalda, el sujetador quedó desabrochado con rapidez, él gimió. Devoraba mi cuello y me estrujaba los senos, yo le arranqué los calzoncillos. Lo empujé a la cama, me esperaba con mirada febril. Me cogió la mano y me

atrajo hacia sí.

—Ven.

—Espera —repliqué—. Tengo una pequeña sorpresa.

Esbozó una sonrisa excitada, salí de la habitación y me encerré en el cuarto de baño. Pocos minutos después salía corriendo de él.

—¡Kevin, ven, deprisa! —chillé—. ¡Corre! ¡Hay fuego, unas llamas inmensas, tenemos que irnos!

Se eyectó de la cama como si fuera un CD, buscó su ropa, yo le tiré del brazo.

—¡Cooorreeee! ¡Vamos a quemarnos! ¡Deja tus trapos en paz!

Lo arrastré al pasillo entre gritos, ni siquiera tuve tiempo de abrir la puerta cuando ya estaba en la escalera del edificio. Necesitó un piso para comprender. Volvió a subir, tratando de cubrirse las partes pudendas con las manos, y me dirigió una mirada interrogante. Le sonreí.

—Considérate afortunado, te he dejado los calcetines.

Cerré con llave y llamé a Louise para contárselo.

ANNA

Lily ha insistido en llamar a la puerta. Tras haber recibido doce golpes, ésta se abre y aparece Julien. Su sonrisa desencadena la mía.

Lily lo saluda buscando a Noé con la mirada.

—Está en el salón, ¡pasad!

Mi hija se adentra en el piso, yo me encuentro a solas frente a Julien. No me deja tiempo para las dudas, deposita un beso en mis labios y me arrastra al interior.

Lily se ha sentado al lado de Noé. Éste se balancea adelante y atrás.

—Noé, soy Lily, ¿me reconoces? ¿Recuerdas?, estuvimos en Suecia, en Finlandia y en Noruega, yo iba a verte a tu autocaravana, jugábamos con la peonza...

El niño no reacciona, clava la vista en la pantalla de la tele, que difunde imágenes de la naturaleza. Mi hija se levanta y se saca del bolsillo el yoyó luminoso que me ha pedido que comprara por el camino. Sin hacer caso de Noé, que le dirige una mirada, empieza a jugar.

—Ven, dejémoslos —me susurra Julien mientras me arrastra fuera de la estancia.

Nos instalamos en el balcón de la cocina, alrededor de una mesita verde.

—Estoy contento de verte.

—Yo también.

—Ha sido duro sin ti, me acostumbraste mal.

Sonrío. Posa su mano sobre la mía.

—Te quiero, Anna —murmura.

El corazón me late más fuerte, como cada vez que me lo dice.

—Yo también te quiero. Con toda mi alma.

Me acaricia la mano.

—¿Crees que ha llegado la hora de anunciárselo?

—Eso creo, sí. Mi abuela ya no puede más, está ansiosa por conocer su reacción.

—¿Crees que se lo tomarán bien?

—Estoy segura. Me da la impresión de que te aprecian mucho. Bueno, puede que Chloé te pida que tires tus camisas.

Se echa a reír.

—¿Sabes a qué día estamos? —pregunta.

—Por supuesto que lo sé.
—Feliz aniversario, amor mío.
—Feliz aniversario, cariño. Un año ya...

Dos meses antes

ANNA

5 de abril

Al llegar al área de Hamburgo, sabía que Julien se encontraba allí. Me costó contener la risa al ver la cara que ponía. Yo me estaba peleando con el depósito del váter de la autocaravana.

—¿Anna? Pero ¿se puede saber qué haces aquí? —me preguntó con una inmensa sonrisa.

—Ten cuidado, mis hijas están mirando por la ventana. Escuché tus consejos, debíamos irnos. Y he aprovechado para darte una sorpresa.

—No imaginas las ganas que tengo de estrecharte entre mis brazos.

Julien era el jefe de cocina de L'Auberge Blanche. Durante cinco años habíamos trabajado juntos. Apreciaba a aquel grandullón, siempre a punto para soltar una historia divertida en plena agitación del servicio, pero nunca nos tomamos el tiempo de conocernos realmente. Hasta aquella mañana de noviembre en que llegó con la mirada vacía. Su mujer acababa de abandonarlos a Noé y a él, estaba hecho polvo. Me reconocí en su aflicción, mi propia familia había explotado dos años atrás. Poco a poco, entre confidencias y silencios, nos hicimos amigos. Nuestras heridas nos acercaron, nuestras superficies estriadas se atraían como el velcro. Me ayudaba a limpiar la sala, yo lo ayudaba a ordenar la cocina, arreglábamos el mundo mientras trabajábamos y no era raro que prolongásemos la conversación después del cierre.

Cuando Julien dejó el puesto para ocuparse plenamente de su hijo, tres años atrás, sentí un vacío que me hizo pensar que era algo más que un amigo. Sin embargo, para entonces yo ya iba de cabeza, me resultaba imposible comprometerme en una relación. Por no hablar de la armadura en la que me había encerrado, y que no estaba dispuesta a quitarme. Ni siquiera sabía si mis sentimientos eran compartidos.

Seguimos manteniendo un contacto lejano. Él viajaba con su hijo, yo luchaba con mis hijas, nos enviábamos mensajes de vez en cuando. El año pasado vino a cenar al restaurante. Durante el servicio se me cayeron tres platos de lo turbada que me sentía. Se quedó después del cierre. La complicidad no tardó en reaparecer. Como antes, me acompañó al coche y me dio las buenas noches antes de cerrar la portezuela. Con la diferencia de que esa vez no fue en la mejilla donde me besó.

Los meses siguientes nos vimos algunas veces y nos llamamos con frecuencia. Yo dedicaba

todo mi tiempo libre a mis hijas, no nos quedaba gran cosa para compartir, pero aprovechábamos plenamente esos raros momentos. No se requirió mucho tiempo para que mi armadura saltara por los aires. Julien no era Mathias. Me respetaba, no intentaba imponer su opinión, me escuchaba, le bastaba con saberme feliz. Me dejaba la última pastilla de chocolate. Con él no necesitaba pensar cada palabra que decía, no me echaba atrás en cuanto levantaba el brazo. A su lado me sentía bien.

Cuando me anunció que de nuevo iba a hacer un viaje por carretera con Noé, lo envidié. Me propuso que lo siguiera, sería una buena ocasión para presentarnos a nuestros respectivos hijos, argumentó, pero lo cierto es que era una locura. No obstante, al final los motivos para partir acabaron imponiéndose a los motivos para quedarse. Eso sí, no quería formar parte del grupo. Seguirlo a distancia a fin de no estar sola en un país desconocido, saber que Julien no andaba lejos si surgían problemas, de acuerdo, pero el propósito era pasar tiempo con mis hijas, no hacer unas vacaciones organizadas. Sin embargo, ellas no me dejaron elección.

De manera que emprendimos el viaje que iba a cambiar nuestras vidas.

Dos meses más tarde

Las crónicas de Chloé

Lo sé, hace mucho que no os escribo, pero tenía un buen motivo: estaba preparando mi partida.

Ha llegado el gran día. Dentro de tres horas me subiré a un avión hacia mi nueva vida.

Mamá no me deja ni a sol ni a sombra. Trata de que no trasluzca que está triste, pero de tanto repetir que se siente feliz siembra la duda. Creo que habría preferido que no me sacara el bachillerato para poder anularlo todo.

Lily ni siquiera intenta fingir, desde esta mañana ha vertido el equivalente del mar de Noruega.

Si me hubiera ido el año pasado, sin duda no habría resultado tan difícil dejarlas. Ahora es como si nos separásemos justo cuando acabamos de reencontrarnos. Estas últimas semanas la vida en casa es más grata. Durante el día, Lily está en el centro de ocio y mamá en el trabajo. Yo disfruto del piso, escribo, intercambio SMS con Louise, preparo mis efectos personales, callejeo con Inès evitando cautamente pasar por delante de la panadería. Todas las noches mamá, Lily y yo cenamos juntas y nos atizamos una película. Dicho así, parece un anuncio, pero perded cuidado, todavía hay momentos en que me contengo para no soltarle horrores a mamá ni arrojar a Lily al contenedor de basura. Me basta con pensar que durante un año estarán lejos de mí para mantener a raya la crisis. Cuando uno ve el final, se centra en lo esencial.

Papá me ha llamado esta mañana para desearme buen viaje. Le he prometido ir a verlo a mi regreso. Un año debería ser suficiente para sentirme preparada.

Kevin me envió mensajes con insultos durante varios días, antes de acabar cansándose. Después estuvieron Malo, que esperó pacientemente dos semanas antes de que lo invitara a mi habitación, y Sami, que no esperó. Avanzo con lentitud. Como diría mi hermana, poco a poco hila la vieja un coco.

—¿Estás lista, cariño?

Mamá se ha plantado en el vano de mi puerta, con una sonrisa falsa en los labios. Es hora de irnos. Paseo una última mirada por mi habitación y cierro la puerta a mi vida de adolescente.

—Un año pasa rápido —reitera, como para convencerse a sí misma.

—¡Haremos videollamadas!

Lily asiente con la cabeza.

—¡Y si nos hacemos ricas iremos a verte! ¡Espero que veamos koalas y canguros!

Noé y Julien nos esperan en el coche. Suerte que nos acompañan al aeropuerto, no quiero ni pensar si hubieran tenido que volver solas. Suerte que están ahí, sin más. No podía soñar con dejar a mamá y a Lily en mejor compañía. Solemos subestimar el poder de las camisas de leñador.

—¡Tengo una buena noticia! —suelta Julien mientras abre el maletero—. Marine acaba de llamarme, estaba comprando cosas para la niña. Ha conseguido plazas para Diego y Edgar en la residencia de ancianos donde trabaja con Greg. Compartirán el mismo apartamento, están encantados. Biarritz no está tan lejos de aquí, ¡hasta podremos ir a verlos!

La sonrisa de mamá se vuelve sincera por primera vez desde esta mañana. Aliviada por el feliz desenlace para los abueletes, me siento detrás, junto a la ventanilla, y miro desfilar ese paisaje que me sé de memoria. Mamá desliza el brazo por el lado de su asiento y me acaricia el muslo. Le agarro la mano y la aprieto con fuerza. Te echaré de menos, mamaíta.

Tengo miedo, por supuesto. Para alguien que sufre de una sensación de soledad, estar al otro extremo del mundo sin conocer a nadie puede resultar complicado. No obstante, intuyo que estoy preparada. Sigo sintiendo la necesidad de ser amada, no creo que me abandone jamás, pero en cambio ya no siento la necesidad de que me aprueben. Debo bastarme a mí misma.

Quiero daros las gracias, desde el fondo de mi corazón, por vuestra presencia estos últimos meses. Vuestras palabras, vuestro apoyo, vuestros comentarios me han aportado mucho. Sin conocernos, me habéis ayudado a crecer. He comprendido que somos muchos los que tenemos sentimientos similares y, sobre todo, que tampoco pasa nada si ése no es el caso.

Ya es hora de que me despida. Dejo de escribir mi vida, ahora voy a vivirla.

El blog seguirá estando disponible en línea, tal vez le resulte útil a alguien que atraviese esa zona de turbulencias que denominan adolescencia.

Y, quién sabe, quizá algún día nos crucemos de verdad, sin saberlo. Puede que en Sídney, en Toulouse o en otra parte.

Os mando un beso,

CHLOÉ

LILY

25 de agosto

Querida Josiane:

Me llamo Lily y tengo doce años. Antes llevaba un diario al que llamaba Marcel, pero se acabó. Al principio me negaba a sustituirlo, temía que se lo tomara a mal, pero te encontré en un estante, muy solita, y oí que me llamabas. Os presenté, parece que le caíste bien.

Por cierto, te llamas Josiane porque eres cuadrada, como la barbilla de Josiane, la señora de la cantina.

Bien, ya he hablado bastante, se trata de un momento grave. Vamos camino del aeropuerto. Mi hermana se va a Sídney, en Australia. En internet dicen que está a diecisiete mil kilómetros a vuelo de pájaro, me pregunto cómo lo saben, puede que entregaran un doble decímetro a un pájaro para que lo midiera. En resumen, mi hermana se hallará lejos. Confío en que sigamos estando en la misma longitud de ola. Vale, de acuerdo, nos peleamos mucho (es normal, mi hermana suele equivocarse a menudo y yo a menudo tengo razón, una cosa no pega con la otra), pero también la quiero mucho.

Vamos en el coche de Julien porque es más grande, así cabemos todos. Noé está a mi lado, mira la carretera. Lleva el guijarro tan suavecito que le regalé en la mano, nunca lo suelta. ¡Me puse supercontenta cuando mi madre nos anunció que Julien y ella eran pareja! Los vemos casi todos los fines de semana, paseamos por el bosque, vamos al lago, o a veces no hacemos nada y también es guay. Me gustaría mucho que viviéramos juntos, pero mi madre dice que hay que tomarse tiempo para hacer bien las cosas. No lo entiendo muy bien, porque se pueden hacer mal las cosas aunque te tomes tu tiempo, pero al parecer está decidida. De manera que pienso disfrutar de nuestra familia reducida a la espera de tener una gran familia. Ahora Noé es como mi hermano, salvo porque no tenemos riñones compatibles. Me enseña muchas cosas, ¿sabes? Antes, cuando la gente decía que yo era diferente, no me hacía mucha gracia, tenía la sensación de participar en un juego de los de «encuentra al intruso». Pero al final prefiero seguir siendo diferente. No quiero volverme nunca como los demás. Es una estupidez ser los demás cuando eres tú mismo.

Hala, Josiane, te dejo, prefiero estar con mi hermana mientras la tenga aquí.

Besos.

LILY

P. D. No puedo más con este calor. Esta noche he dejado la nevera abierta para que refrescase, a mi madre no le ha hecho demasiada gracia, la verdad.

ANNA

Es la hora de embarcar. Julien y Noé se han despedido de Chloé y se han alejado de nosotras para dejarnos solas. Esbozo una sonrisa, como si no me estuvieran pisoteando el corazón.

Hace dieciocho años depositaban sobre mí un ser de cuarenta y nueve centímetros, que de inmediato ocupó todo el espacio. En el instante en que mi hija lanzaba su primer grito, yo ya temía aquel en que se marcharía. Un metro y quince centímetros más tarde, en ello estamos. Confío en que conseguiré avanzar sin caer en el vacío que va a dejar.

Acaricio la mejilla de mi chiquitina, ella se asegura de que nadie me haya visto hacerlo.

—Va a ser genial, tesoro mío.

—Lo sé —responde enjugándose una lágrima que se le ha escapado—. Pero voy a echaros de menos.

Lily se arroja en brazos de su hermana, la estrecha con fuerza y retrocede casi de inmediato.

—Toma, es un amuleto —murmura poniéndole en la mano una piedrecita blanca—. La recogí en el aparcamiento del barrio, así tendrás en casa un poco de la nuestra.

Mi Pulgarcito del amor.

Chloé acaricia la piedra y se la guarda en el bolsillo, luego señala con la barbilla a Julien y a Noé.

—Ellos colmarán mi ausencia, ¡todo irá bien!

—Nadie colmará tu ausencia, Chloé.

—¡Que te crees tú eso! En un año debes de haberte apegado a él —dice entre risas.

Él me mira de lejos con expresión preocupada. Sabe por lo que estoy pasando.

Rememoro el instante en que hicimos oficial nuestra relación ante nuestros hijos. Las chicas me lo hicieron repetir tres veces. Creían que era una broma. Repasaron la película y cada vez que un indicio les venía a la mente soltaban un grito. Una vez superada la sorpresa, aseguraron que lo habían adivinado, pero que no habían dicho nada para no estropearnos el placer.

«Última llamada para los pasajeros del vuelo de Air France mil veinticuatro con destino a Singapur, embarque inmediato por puerta diecisiete.»

Chloé clava la mirada en la mía, leo en ella una mezcla de aprensión y determinación. Se me echa al cuello y me abraza con todas sus fuerzas. Los bracitos de Lily vienen a rodearnos, permanecemos así varios segundos, cargando de amor nuestras pilas.

—Me siento tan orgullosa de la persona en que te has convertido, cielo mío...

—Ha sido gracias a ti, mamá.

Lentamente, se libera de nuestro abrazo, se enjuga las mejillas y se aleja, tras haber deslizado una foto en mi mano. La sigo con la vista hasta que su borrosa silueta desaparece y entonces examino la imagen.

Es una selfie de las tres en el Vigelandsparken de Estocolmo. A nuestra espalda se yergue la estatua que tanto nos gustó, la que representaba a una madre que abraza a su hijo contra su pecho. Lily saca la lengua, Chloé bizquea y yo río a carcajadas.

Aquel viaje no cambió nada. A nuestro regreso las facturas continuaban allí, los problemas también, yo seguía sin trabajo, Lily tenía enemigos, Chloé demonios. Las cosas no cambiaron. Pero nosotras sí.

Incluso a diecisiete mil kilómetros, estaremos juntas.

Incluso cuando ellas tengan cincuenta años, seguiremos juntas.

Poseemos algo que jamás desaparecerá.

Somos una familia.

AGRADECIMIENTOS

Hace poco una lectora me pidió que diera las gracias a las personas que me rodean por permitirme escribir. Me conmovió profundamente, porque, al igual que ella, creo que si puedo contar esas historias, si puedo experimentar esas emociones y verbalizarlas, es porque estoy rodeada de personas que me lo permiten.

Por lo general, mis agradecimientos conciernen a la contribución a un libro. Por una vez, se referirán a la contribución a mi vida.

Porque todos vamos a bordo del mismo autobús, que avanza inexorablemente...

Como una evidencia, el primer agradecimiento te corresponde a ti, mamá querida. Hace cuarenta años me subí al autobús. Tú me estabas esperando en él. Gracias por haberme dado tanto. Gracias por haber mantenido el rumbo pese a las curvas, los accidentes y las averías. Gracias por haberme enseñado a mirar por la ventanilla y a reparar en lo más hermoso. Gracias por habernos cedido la mayor parte del espacio en tu asiento. Gracias por habernos hecho viajar sin abandonar nuestro hogar. Gracias por habernos convertido a los tres en una familia y haber sabido soltarnos la mano permaneciendo a nuestra espalda, por si acaso. No podría haber soñado con mejor madre que tú.

Gracias, Marie. Según parece, pocos días antes de tu nacimiento afirmé que nunca te querría. Me equivocaba de medio a medio... Gracias por haberte reunido con nosotras en ese autobús y haberte convertido en mi hermanita pelona. Gracias por ser tan sensible, divertida, generosa, quejica, presente. El hecho de que ignores hasta qué punto eres una gran persona te hace todavía más grande. Gracias por ser la que atesora todos esos recuerdos conmigo.

Gracias, hijo mío. Cuando sepas leer, puede que estas pocas líneas te parezcan sensibleras. No puedo remediarlo, cuando pienso en ti, mi sangre se transforma en miel. El día en que subiste a bordo del autobús, lo cambiaste todo. El cielo se hizo más azul, los paisajes más bellos, mis emociones más intensas. Todo cobró sentido. Creo que aunque no fueras mi hijo, te querría con toda mi alma. Eres divertido, amable, atento, cariñoso, empático, sensible y, sobre todo, te encanta que se te peguen las sábanas. Espero que el viaje sea largo.

Gracias, A. No te quedaste mucho tiempo a bordo del autobús, pero es como si siguieras en él. Después de ti, hay algo de lo que carezco, pero también tengo algo añadido. Confío en que estés orgulloso de mí. Te echo de menos.

Gracias, amor mío. Eres la persona más benévola que conozco, gracias por haberme elegido para hacer el viaje a tu lado. Me cuesta recordar cómo era antes de que aparecieses. Gracias por reírte de mis chistes, no siempre divertidos, gracias por comprenderme incluso cuando no te es posible, gracias por escucharme hablar de mis personajes como si realmente existieran y por no llamar a urgencias, gracias por tus ideas, tu apoyo, gracias por ser feliz sólo con verme feliz, gracias por ser el marido y el papá que eres. Cuando era pequeña, creía que Ken era el hombre ideal. Ni siquiera necesitas una llave de *jiu-jitsu*, lo tumbas directamente en el tatami.

Gracias, abuelitos, por no andar nunca lejos, por mantener siempre la puerta abierta, así como vuestro corazón. Gracias por prepararme tan ricos platillos cuando estoy en fase intensiva de escritura. Gracias por vivir esta aventura con tamaña alegría. Gracias, papá, por sentirte tan orgulloso. Gracias, Mimi, por ser la tía más divertida del universo. Gracias, Yanis, Lily, Gil, Céline, Guy, Madeleine, Nicolas, François, Marwan, Laëtitia, Héloïse, Anna, Antoine, Arthur, Claudine, Marc, Gilbert, Simone, Carole y los demás, familia, os quiero.

Gracias, Marine Climent, por tus *feedbacks* de lectura, que me dan alas, gracias por ser mi amiga desde hace tanto tiempo (mi colega). Gracias, Gaëlle Bredeville, querida mía, por tu amistad, tus relecturas, tu entusiasmo, tu locura, tus tajines (¿cuándo toca el próximo?). Gracias, Serena Giuliano Laktaf, Sophie Henrionnet y Cynthia Bavarde, por haber devenido tan valiosas, gracias por vuestra benevolencia, por nuestras risas locas, por vuestra presencia en el autobús. Gracias, Constance Trapenard, por darme la impresión de ser la persona más divertida y más pertinente del planeta. Gracias, Baptiste Beaulieu, por tus bonitas palabras y tu amistad, es bueno saber que estás ahí, tan afín. Gracias, Gavin’s Clemente Ruiz, por tus fotos de traseros y por las *Guías del trotamundos*, que tanto me ayudaron. Gracias, Camille Anseaume, por ser como eres y por la amistad que me ofreces (incluso cuando me birlas la crema de cacao Basquella). Gracias, Marie Vareille, por tu lectura precisa y justa, tus valiosos consejos y nuestra cháchara.

Gracias a los equipos de Fayard, por brindarme la oportunidad de escribir lo que me gusta y porque os guste a su vez, gracias por llevar mis libros con tanto entusiasmo. Gracias, Alexandrine Duhin, a lo largo de los años te has convertido en algo más que mi editora. Gracias, Sophie de Closets, por tus notas, manuscritas o no, que me conmueven profundamente. Gracias, Jerôme Laissus, Éléonore Delair, Martine Thibet, Katy Fenech, Laurent Bertail, Pauline-Gertrude Faure, Valentine Baud, Carole Saudejaud, Ariane Foubert, Anna Lindlom, Lily Salter, Véronique Héron, Sandrine Paccher, Marie Lafitte y Marie-Félicia Mayonove.

Gracias a los equipos de Le Livre de Poche, por vuestra energía y vuestra amabilidad, y muy especialmente a mi querida Audrey Petit, la genial Véronique Cardi y las adorables Sylvie Navellou, Anne Bouissy, Florence Mas y Jean-Marie Saubesty.

Gracias, querida France Thibault, mi agente de prensa, por entregarte de tal modo para dar a conocer mis libros.

Gracias, queridos libreros. Durante las sesiones de firmas, siempre me ha conmovido constatar vuestra pasión, vuestro deseo de proponer a cada lector EL libro adecuado para él. Resulta muy valioso para nosotros saber que nuestras historias están en vuestras manos.

Gracias a los equipos de representantes, por ser los primeros mensajeros, y por aportar tamaño entusiasmo y fervor a la hora de defender mis libros.

Gracias a los blogueros, por compartir vuestras lecturas con pasión. A menudo me siento conmovida, impresionada, galvanizada por vuestras palabras cuando conciernen a mis obras. Si se trata de libros de otros, es obvio que mi banquero no os aprecia tanto.

Un agradecimiento especial para Fabien, alias Grand Corps Malade, por haber accedido amablemente a obsequiarme tu título *Il nous restera ça*, «Nos quedará eso». Finalmente fue elegido otro, pero tu regalo me conmovió. Al igual que lo hacen siempre tus textos.

Por último, sin que sirva de precedente, termino por vosotros, queridos lectores. ¿Acaso no dicen que hay que guardar lo mejor para el final?

Los que me escriben largos mensajes, los que se acercan a conocerme, los que me leen discretamente, los que prestan mis libros a sus seres queridos, los que me colocan al pie del árbol de Navidad, los que me abordan en la calle, los que recomiendan mis libros a sus pacientes, los que me envían fotos, los que se ríen de mis delirios en Instagram, los que dan con mis obras por casualidad, los que ya me leían en el blog, los que esperan los próximos títulos, los que comentan en las redes sociales, los que leen pasajes a su cónyuge, los que subrayan pasajes, los que doblan la punta de una página, los que releen varias veces, los que se identifican, los que lloran en el metro, los que se desternillan en la oficina, los que leen mis líneas en residencias de ancianos, los que se reúnen en clubes, aquellos a quienes les pispan mi libro en la playa, los que me obsequian especialidades de su zona, los que hacen descubrir mis historias a sus alumnos, los que cuentan con leerme pronto, aquellos a quienes mis palabras ayudan a superar momentos difíciles, los que tienen ganas de visitar Biarritz, los que ya no temen la vejez, los que leen en pareja, los que se envían SMS para cambiar impresiones, ésos... y todos los demás.

Cuando se publicó mi primera novela, pensé que se venderían cuarenta ejemplares, todos ellos adquiridos por mi madre. Pero tanto me daba: aquello con lo que soñaba de niña se había hecho realidad.

Varios años más tarde fueron apareciendo cuatro novelas, y todos los días recibo mensajes fantásticos (mi madre me ha prometido que no son suyos). Ni siquiera mi sueño de niña era tan hermoso.

Gracias a todos por esta aventura fabulosa, gracias por leerme, por animarme, gracias por vuestras palabras, vuestras sonrisas, vuestras lágrimas, vuestras confidencias. Gracias por haberos sentado junto a la chiquilla soñadora en el autobús. El viaje con vosotros es maravilloso.

NOTAS

[*] A raíz de un cuento de hadas tradicional, en Francia suele decirse que los niños nacen en las coles y las niñas en las rosas. *(N. de la t.)*

[*] Alusión a la fábula de La Fontaine *El cuervo y el zorro*, jugando con el significado del apellido del oficial, *renard*, «zorro», y en la que éste arrebata al cuervo mediante lisonjas el trozo de queso que lleva en el pico. *(N. de la t.)*

[*] Juego de palabras, alterado como es habitual en el personaje, entre el que sería su nombre de casada, Lily Copresto, y la expresión latina, habitual en el argot francés, *illico presto*, «en el acto», «enseguida», «*ipso facto*». *(N. de la t.)*

[*] «Te regalaría bonitas joyas, / flores para tu piso, / perfumes que vuelven loco / y, justo al lado de Milán.» *(N. de la t.)*

[**] «Crearé un territorio / donde el amor será rey, / donde el amor será ley, / donde tú serás reina.» *(N. de la t.)*

[*] En francés, las dos últimas palabras, *ma toux*, unidas, suenan como *matous*, «mininos», término familiar para designar al gato. *(N. de la t.)*

Ha llegado el momento de volver a encender las estrellas
Virginie Grimaldi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Il est grand temps de rallumer les étoiles*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Kristina Hruska / Millennium Images

© Libraire Arthème Fayard, 2018
© por la traducción, Rosa Alapont, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Canciones del interior:

© *Si j'étais un homme*, Tuta Music Inc., 1981, interpretada por Diane Tell.
© *Ne me quitte pas*, Warner Chappel Music France y Éditions Jacques Brel, 1959, interpretada por Jacques Brel.

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-670-5528-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!